

Alex MF McAnders

ATADA
A LA VIUDA
NEGRA

ATADA A LA VIUDA NEGRA

Por
Alex (MF) McAnders

McAnders Books
Derechos de autor © 2025

Atada a la Viuda Negra

Capítulo 1

Dante

Lo juro, y Dios sabe que lo amo, pero si Matteo un día apareciera muerto en una cuneta, mi vida sería mucho más sencilla. No me malinterpretes, las calles de Nueva York se teñirían de rojo con la sangre que derramaría vengándolo. Nadie toca a mi hermano. Pero incluso eso sería más fácil que estar limpiando sus desastres.

“No sabes lo que pasó” alegó Matteo, su aro recién adquirido en la nariz se convierte en lo único que puedo ver.

“No me importa lo que pasó. Eres un maldito Ricci. El hombre al que asesinaste y arrastraste por las calles era un miembro de los Yakuza”.

“Dante...”

“¡No quiero oírlo!” dije habiendo escuchado suficiente.

Mantenerme de pie con el puño sobre mi escritorio fue lo único que me contuvo de saltar sobre él y romperle su irritante nariz perfecta. Ese hombre protegía su cara en una pelea como si fuera su maldita fuente de ingresos.

“Mira, nuestros lazos familiares son lo único que me impide alimentar contigo a esos malditos tiburones”.

“No escuchaste lo que le hizo a la chica” afirmó Matteo sin contenerse.

“No me importa si la desmembró parte por parte”.

“No lo dices en serio.

“Lo estoy diciendo, ¿verdad?

“Dices muchas cosas. Pero eres más blando que yo.

“¡Te juro por Dios, Matteo!”

“¡Era la hermanita de Vincent!” gritó Matteo interrumpiéndome en seco.

“¿Qué?”

“Sí. ¿Te acuerdas de ella, ¿no? Era la niña que solía seguirme a mí y a Vincent cuando éramos niños. Parece que alguien difundió el rumor de que le gustaba duro. Entonces ese figlio di puttana la acorraló drogado y la destrozó. Tiene cicatrices de las que nunca se le quitarán.

Podía sentir la ira hervir dentro de mí solo de oírlo. La verdad es que recuerdo a esa chica. En aquel entonces tenía trenzas y adoraba a cualquiera que estuviera ligado a una familia. Cualquiera que se hubiese aprovechado de ella de esa manera merecía morir.

Matteo no estaba equivocado al deshacerse de una escoria como esa. De hecho, si me hubiese enterado antes, lo habría hecho yo mismo. Pero había formas de hacerlo que no provocarían una guerra de territorios.

A nadie le gusta, pero los Yakuza son una realidad en Nueva York y no hay manera de deshacerse de ellos. Cualquier opio que llegue a las calles es por su cuenta. El comercio global está más allá del alcance de la mayoría de las familias, excepto los Lyons y los Cléments.

Pero con la cabeza de la familia Lyon desaparecida y nadie dispuesto a tomar el mando, solo quedan los Cléments. Habrían sido los más probables para tomar el control si no fuera por dos cosas. Armand no tiene herederos masculinos, y se rumorea que ahora tiene un problema de traiciones.

Ese vacío es una oportunidad. Alguien tendrá que dar un paso adelante. ¿Quién mejor que la familia Ricci? Gracias a que papá soltó su control sobre los negocios, he logrado extender nuestro alcance. Construcción, préstamos, incluso hemos hecho progresos en los diamantes. Pero una cosa que no podemos hacer es heroína.

Para empezar, es una mierda desagradable que deja una ciudad peor de lo que la encontraste. Eso es algo que mi padre habría hecho. Pero ahora estamos en el sector del crecimiento. Construimos cosas. Prestamos el dinero que hace que la ciudad sea mejor.

Esos bastardos extranjeros están usando nuestra ciudad como su retrete. No podemos permitir que eso suceda. Pero la sangre caliente de Matteo solo les dio la excusa que estaban buscando para declarar la guerra. Eso no es bueno para los negocios Ricci.

“Mira, Matteo, hay maneras de hacer las cosas” dije calmándome.

“Sí. La manera en que lo hice me asegura que nadie volverá a pensar en hacerlo de nuevo.

El calor me invadió de repente. Con una ira ciega mi puño casi destrozó el escritorio.

“¡No! ¡Era un maldito hombre hecho y derecho! ¿Sabes lo que es un maldito hombre hecho y derecho?”

Matteo retrocedió al ver que yo había perdido los estribos.

“Sé lo que es un hombre hecho, Dante”.

“¿Qué es un maldito hombre hecho y derecho?”

“Significa que es intocable”.

“¡No! Significa que, si lo tocas, hay que rodar una cabeza. Alguien tiene que morir. Eso es todo. Sin negociación. Tu actuación mató a uno de los nuestros. Algún maldito niño va a crecer sin padre por tu culpa. ¿Te tomaste un segundo para considerar eso?

“No viste lo que le hizo a la hermana de Vincent” dijo perdiendo su arrogancia de imbécil.

“Hay maneras de hacerlo” dije sintiendo que la ira amenazaba con brotar de nuevo.

“De acuerdo, de acuerdo. Me equivoqué. La cagué. Tú podrías hacer tu magia y sacarnos de esta, ¿verdad?”

Ver humildad en Matteo era un look nuevo. Me tomó por sorpresa haciéndome retroceder en mi asiento. ¿Sería esto lo que finalmente se le quedaría grabado al hombre que no podía aprender una lección que no incluyera el gel para el cabello?

“Vamos, Dante. Puedes manejar esto, ¿no? Ese cabrón se lo merecía. Ninguno de los nuestros tiene que morir por eso”.

Lo miré viendo algo que nunca había visto en mi hermano menor. Nunca lo había oído hablar así. ¿Estaba ese cabrón ablandándose? Necesitaba un poco más de flexibilidad. Mi vida sería mucho más fácil si así fuera.

“Me vas a matar”, dije cediendo.

Matteo mostró esa maldita sonrisa que generalmente era lo último que sus víctimas veían.

“Sabía que podías manejar las cosas. Por eso tienes el trabajo complicado. Papá acertó al ponerte a cargo. Eres exactamente lo que esta familia necesita”.

“Eres un maldito lameculos” le dije, mientras mi mente giraba en busca de una solución.

“Te dejaré con eso. Si hay algo que necesites que haga, sabes que estoy aquí para ti”.

“Podrías entregarte a ellos y ahorrarme el trabajo de noquearte y llevarte”.

Matteo se paralizó sin estar seguro de si estaba bromeando.

“No bromees con eso, Dante. Uno de nuestros hombres podría escuchar y pensar que hablas en serio”.

“Oh, hablo en serio,” dije imaginando mi vida más fácil, “Incluso te pondría un lazo para que puedan abrirte bajo un árbol de navidad”.

“¿Acaso esos japoneses celebran la Navidad?

“Más te vale que no. Podría terminar mis compras muy temprano”.

Matteo me miró de reojo.

“No bromees con eso, dijo mostrando signos del loco al que no tenía más remedio que amar”.

Cualquier indicio de restitución había desaparecido. En lugar de aprender de esto, ¿simplemente se había convertido en un mejor actor? Quizás debería entregarlo a los Yakuza. ¿Alguien me culparía? Ese hombre tenía un carácter sádico que nadie extrañaría.

“Me encargaré de ello” le dije, sin saber cómo, pero seguro de que lo haría.

“Gracias. Pero, necesito decirte, no vuelvas a cuestionar mi juicio de esa manera. No se

siente bien”.

Lo miré sin responderle. Esa era generalmente la mejor manera de lidiar con su locura. Era como si hubiera dos personas viviendo en su cuerpo. Una que cortaría la garganta de un hombre por mirarlo mal. La otra, el pequeño niño asustado al que protegí de papá. No había manera de saber cuándo saldría cada uno.

Pa había dejado marcados a todos sus hijos. Ninguno de nosotros fue más afectado por ello que Matteo. Definitivamente había algo mal con nuestro viejo. Fuera lo que fuera, se lo había pasado a Matteo. De cierta manera, Matteo se estaba volviendo más como él cada día. Todo lo que me quedaba era esperanza.

Estaba seguro de que podía llegar a él antes de que el control de papá fuera completo. Todavía había un buen hombre allí en alguna parte. Hasta que lo encontrara, seguiría atando cadáveres al coche y arrastrándolos por el territorio Yakuza.

El pensamiento de lo que había hecho me invadió. “¡Mierda! ¿Cómo demonios voy a librarnos de esta?”

La respuesta me llegó tan rápido como la pregunté.

Hace dos años, cuando tomé las riendas de la familia, tuve una visita de Sato. Los Yakuza aún no habían conseguido su control sobre el comercio de heroína de Nueva York y el viejo se aferraba a lo imposible. Se decía que sus jefes estaban considerando retirarlo de manera definitiva. Así que Sato estaba luchando por su vida.

El hombre tenía visión, le reconozco eso. Vio la caída de los Lyon a kilómetros de distancia y propuso una alianza. Pero no quería solo nuestra palabra. Esos locos nunca hacían nada a medias. Quería lazos familiares. Me ofreció a su hija en matrimonio.

Mi respuesta fue, “¡Ni de coño!”

Lo admito, no fue mi mejor momento. Para ser justo, estaba pasando por algunas cosas en aquel momento. Estaba bajo mucha presión para tomar el control y vi el matrimonio como el interruptor de apagado para mi válvula de liberación de presión.

Claro, me veía a mí mismo casándome algún día. Pero, para evitar asesinar a cualquiera que me mirase mal, necesitaba ciertas salidas. Eso requería un tipo de matrimonio adecuado con una mujer que hiciera la vista gorda.

Resulta que Yuki era exactamente quien necesitaba. No la había conocido en ese momento. Creo que dijo que todavía estaba en Japón. Pero al verla en una ceremonia de corte de cinta como representante de su familia, supe que me había equivocado al rechazarla.

En la ceremonia, no la vi mirar a un hombre a los ojos ni una vez. Todo eran reverencias y humildad. La cultura japonesa es muy diferente a la nuestra. Ahora lo veo. Resulta que habría sido la esposa perfecta. Y ahora, parece que lo será.

Insultado como estaba por mi rechazo, Sato no cerró la puerta a su idea. La vida del hombre estaba en juego. No podía permitirse empezar una guerra por honor. Así que, dos años después, aquí estamos.

Número uno, Matteo nos ha puesto en deuda con los Yakuza. Número dos, su comercio global cimentaría el control de los Ricci sobre la ciudad. Y número tres, todavía no tengo esposa. Antes no era el momento adecuado. Sato entendería eso, ¿verdad?

¿La paciencia no era una cosa japonesa? ¿No por eso hacían esos diseños en la arena, ¿verdad? Mierda, no lo sabía. Si iba a casarme con Yuki, necesitaría saber estas cosas.

“No puedes casarte con los Yakuza” dijo papá desde la cabecera de la mesa durante la cena del domingo.

“¿Cómo diablos sabía él de eso?” me pregunté mirando alrededor a los chicos Ricci que llenaban sus platos como si mi matrimonio fuera noticia vieja. Solo uno de mis hermanos era en quien le confiaba esto, Lorenzo. Y como de costumbre, no estaba aquí.

“¿Te vas a casar con una Yakuza?” preguntó Matteo con una sonrisa maliciosa. “¿Cuándo

demonio pasó esto?”

“Desde que mi hermano idiota mató a un hombre hecho y derecho y yo tuve que limpiar su desastre” espeté deshaciendo su sonrisa.

“Oh”.

“Sí. Eso pensé” dije mirando a mis otros tres hermanos mientras rápidamente evadían mis ojos.

“Los Yakuza no son de fiar” proclamó papá como el oráculo en el monte.

“¿Sí, papá? Entonces, ¿qué sugieres que haga?”

“Ve a la guerra. ¿O me avergonzarás como el hijo que tiene miedo de pelear?”

“No tiene miedo de pelear, papá” dijo Matteo mostrándome de nuevo destellos de un hombre nuevo. “Dante pelearía con el mejor de ellos. Solo está peleando con ellos de una manera diferente”.

¿Acaso Matteo finalmente lo entendía?

“Solo un cobarde huye de la guerra” declaró papá.

“Y solo un tonto corre hacia ella” le dije sin retroceder.

“Te humillarán. Humillarán a esta familia, y acabaremos exactamente donde empezamos”.

El calor de la furia me cegó. Golpeando con el puño delante de mí, destrocé mi plato, tirando la comida por todas partes.

“¡Dante!” gritó mamá pensando que podía controlarlo como cuando tenía cinco años.

“¡No, mamá! Estoy harto de esta mierda” dije levantándome.

“¡Dante, siéntate!” insistió mamá.

“No quiero faltar al respeto, mamá, pero esto va a terminar ahora mismo”.

“¿Y qué es lo que vas a terminar?” preguntó papá con más calma de la que tenía derecho a tener.

Eso me dijo lo que estaba pensando. Papá estaba hecho para la confrontación. Vivía para ello. Nos convirtió en los asesinos que éramos con el lado ancho de un bate y el extremo encendido de los cigarrillos. Mientras lo hacía, nunca retrocedía, igual que no lo hizo ahora.

Mirándolo, me recordó las apuestas. Si atacas al rey, mejor que no falles. Papá nos había tenido tarde en su vida, pero no era un hombre viejo. Al menos, no lo suficientemente viejo para esperar que se apagase tranquilamente. Cuando se miraba al espejo, no veía las canas y las arrugas implacables. Se veía a sí mismo como un hombre que podría con mi desafío.

Me tranquilicé, respiré hondo y me limpié las manchas de marinara de Ma del chaleco.

“Este cuestionamiento termina ahora” le dije a papá sin necesidad de mirarlo. “Tu rol como cabeza de nuestra familia está completo. Siempre serás nuestro padre y te damos el respeto que mereces por ello. Pero cuando se trata de dirigir el negocio familiar, ese trabajo es mío ahora”.

“No te lo he dado, hijo” dijo fríamente.

Lo miré, con seguridad.

“No tienes que dármelo, papá. Me lo estoy tomando”.

Levantándome de la mesa, crucé el desordenado salón de mis padres y recogí mi chaqueta.

“Ahora, para limpiar el desorden de nuestra familia, me voy a casar. Puedes estar de acuerdo o no. Francamente, no me importa. Esta familia necesita ser guiada hacia el futuro. Y tus viejas maneras están muertas, papá”.

“Si alguno de ustedes quiere venir a la boda, les enviaré una invitación. Si no, me da igual. De cualquier manera, me respetarán. Y como nuevo jefe de esta familia, harán lo que yo diga”.

Con eso, ajusté mi chaqueta, di una última mirada a mi familia atónita y me fui.

Respiré hondo asegurándome de llenar mis pulmones con el dulce aroma de las calles de Brooklyn mientras bajaba las escaleras hacia la acera. ¿Por qué? Porque sabía que el aroma podría ser el último. Nadie hablaba a mi padre de la manera en que lo acabo de hacer. Al menos, nadie que viviera para contarlo.

El hecho de ser su hijo no hacía ninguna diferencia. Se contaba que papá una vez intentó matar a su propio hermano. Nadie podía confirmarlo porque su hermano desapareció poco después. Se pensaba que se mudó de regreso a Italia.

De vez en cuando teníamos noticias de él. Principalmente durante la temporada de vacaciones. Usualmente venía con una solicitud de salvoconducto para volver al país. Pero el hecho de que nunca lo haya conocido, habla de la capacidad de mi padre para guardar rencor.

Al cruzar la acera, empecé a creer que lo había logrado. Reclamé mi independencia y fue aceptada. Al no actuar de inmediato, había declarado que yo era el vencedor. Oficialmente tenía las riendas de la familia Ricci. Y mi primer acto oficial iba a ser casarme con la mujer que permitiría que mi verdadera vida comenzara.

“¡Dante!” escuché gritar justo mientras iba a entrar en mi auto.

Me preparé. ¿Me daría la vuelta para recibir un disparo en la cabeza? ¿A quién vería observándome? ¿Sería Matteo? Debería haber considerado el control que papá tenía sobre él.

Sin lugar a dónde correr, me armé de valor y me di la vuelta encontrándome con una sorpresa.

“¡Lorenzo! ¿Qué pasa?” pregunté, viendo al hermano que evitaba estas cenas como la peste.

“Necesitamos hablar” dijo acercándose.

“De acuerdo. No aquí,” respondí escaneando las calles y empujándolo a mi auto.

Rápidamente alejándonos, los edificios de piedra rojiza pasaron volando.

“¿Qué pasa?” dije manteniendo un ojo en el retrovisor.

“Hay un rumor por las calles. Es sobre tu próximo matrimonio”.

“¿Cómo es que mi matrimonio es un rumor en las calles? Sólo hace seis horas que cerré el trato,” dije sin gustarme a dónde iba esto.

“Si crees que lo cerraste, puede que necesites hablar con Sato otra vez”.

“¿Y eso por qué?” dije sintiendo que mi cuello se calentaba.

“No mates al mensajero, Dante,” advirtió Lorenzo nervioso, su falta de tatuajes y su delgada figura contrastando fuertemente con Matteo y conmigo.

“¿Por qué mataría al mensajero?”

“Porque Sato no planea ofrecerte a Yuki. Te está ofreciendo a Kuroi”.

Mi hermano no pudo haber dejado de notar lo pálido que me puse. Mi cara cosquilleaba mientras lentamente abandonaba mi cuerpo.

“Dante, ¿me escuchaste?”

“Te escuché”

“Está tratando de humillar a la familia,” dijo Lorenzo señalando lo obvio.

Parece que Sato no había superado que rechazara su primera oferta de matrimonio. Así es como se está vengando. Quería guerra por lo que Matteo le había hecho a su hombre. Y la única salida era que yo me casara con su hija, la Viuda Negra.

“¿No estás pensando en hacerlo, Dante?”

Miré hacia otro lado mientras las palabras de mi padre resonaban en mi cabeza. Él había tenido razón sobre Sato. ¡Mierda!

Entonces, ¿qué hago ahora? Si no lo llevo a cabo, mi padre lo usaría para socavar mi control todavía tenue sobre el negocio.

Si me casara con la bastarda de Sato, las posibilidades de terminar muerto como todos sus otros amantes eran casi ciertas.

Quizás estaba pensando esto mal. Quizás todas las cosas locas que había escuchado sobre Kuroi no eran ciertas. Quizás todo lo que circulaba sobre ella era una exageración.

Se sabe que la calle puede confundir las cosas en ocasiones. Lo que oí sobre Kuroi podría ser una de esas veces. Porque nadie podría estar tan loco como él, ¿verdad?

Capítulo 2

Kuroi

“Si tuviera un dólar por cada vez que me han metido las bolas en la boca en el momento más inoportuno”, consideré riendo.

Aunque, el que ahora me estaba abriendo la boca era culpa mía; había jurado no volver a estar atada desnuda en el maletero de un auto hace mucho tiempo. Es la única manera de mantener los recuerdos de cumpleaños especiales.

Entonces, ¿por qué estaba ahora con los ojos vendados y amordazada en lo que debía ser un clase E de dos años? ¿Quién coño lo sabe? Hace treinta minutos estaba felizmente atada a una cruz de San Andrés. Quiero decir, yo supero todos los límites. Pero si esta noche acaba con mi cadáver tirado en una cuneta, estaré muy enfadada.

Una vez que los frenos de mi carruaje se tensaron y nos detuvimos, solo pasó un segundo antes de que la luz del sol tocara mi carne desnuda. Podía sentir dos personas mirándome desde arriba. Se preguntaban qué hacer.

Como estaban en silencio, tuve que asumir que estaban hacían gestos. ¡Interesante! Eso significaba que no estaban planeando matarme y esperaban sobrevivir a nuestro pequeño encuentro. ¡Qué tiernos!

Cuando uno de ellos me agarró por las piernas y me lanzó sobre su hombro, supe exactamente a dónde iba. El cambio de la luz del sol al aire fresco lo confirmó. Si no hubiera estado cegada por la esperanza de que mi amante finalmente se hubiera vuelto creativo, lo habría notado antes.

Solo había una persona cuyo desagradable perfume se pegaba a cualquiera que estuviera en la misma habitación que él. Y la sensación de aroma que hizo cosquillas en mi nariz mientras me bajaban sobre una silla lo confirmó. Cuando me quitaron la mordaza, tragué y me humedecí los labios.

“Hola, padre” dije sin necesidad de olerlo o escucharlo para saber que estaba ahí.

“¿Por qué está desnuda?” preguntó mi padre dirigiéndose a sus hombres.

“La pregunta es, ¿por qué no lo estás tú? Es una fiesta, ¿no es así? Al menos, eso era antes de que tus hombres decidieran que era un buen día para morir”.

“La encontramos así, jefe” dijo uno de ellos con el adecuado miedo en su voz.

“Estaba ocupado en algo” informé al querido papá.

“¿Y por qué no está vestida?”

“Pensamos que era mejor mantenerla inmovilizada para evitar que, ya sabe...”

“¿Los maté? Oh, es demasiado tarde para eso” dije con una sonrisa.

“Desátenla. Vístanla” dijo mi padre mientras se dirigía a la puerta, dejando tontamente solo a los tres.

“Oyeron a mi padre” imité el tono ascendente y justo de mi padre. “¡Desátenme! ¡Vístanme!”

Ninguno de ellos se movió. Aún vendada, asumí que estaban gesticulando de nuevo.

“Lo sé. Dura elección. ¿Desatan primero mis manos? No, podría hacer demasiado con mis manos. Entonces, ¿qué tal mis pies? Pero, podría correr. Al jefe eso no le gustaría. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?” me burlé.

Después de lo que pareció ser una mirada prolongada, mi amigo asustado optó por empezar con mis pies. Tirando y jalando del nudo bien asegurado, para él debió ser tan sorprendente como para mí que las cuerdas cayeran al suelo y mis piernas delgadas se alzaran y sujetaran su cuello.

¿Dije sorpresa? Quise decir inevitable. ¿Cómo más iba a matarlo? Mis manos aún estaban atadas. Mis piernas eran todo lo que tenía.

Sintiendo el leve cambio de su peso corporal, giré, tomándolo desprevenido y haciéndole caer de espaldas. Hice otra cosa obvia después de eso, lo solté, me deslicé con las manos atadas por

debajo de mi trasero y usé la cuerda que las ataba para asfixiarlo casi hasta dejarlo sin vida.

No llegué completamente a lo de sin vida porque no soy hacía milagros. Todavía tenía un segundo hombre de quién ocuparme. Sin saber dónde estaba, podría haberme quitado la venda. Pero ¿dónde estaba la diversión en eso? ¿No me llaman la Viuda Negra a mis espaldas? ¿Cómo podrían seguir haciéndolo si mamá no los alimentaba?

Al oír una agitada respiración, me lancé por la habitación y me puse manos a la obra. Primero, le arranqué las piernas oyendo un chasquido de huesos. Le siguieron gruñidos y gemidos. Se lo merecía por ser tan frágil. Ese es el problema con los juguetes. Se rompen tan fácilmente.

Lo sé, padre, por esto es que no podemos tener cosas bonitas.

Mi padre nunca me dijo eso en realidad. Me gusta fingir. En otra vida, tenía un padre que se ponía su batín de fumar al llegar a casa y encendía su pipa. La economía, bla, bla, bla. Panzas de cerdo.

“Fui coronada Reina del Regreso a Clases en la escuela hoy, padre”.

“¿Lo fuiste? Pues, permíteme darte un apretón de manos firme. Las chicas en la escuela deben estar envidiosas de ti”.

“Oh, sí que lo están, padre. Muy celosas, imaginaba mientras escuchaba otra rotura de hueso”.

“¡Kuroi!” dijo otra voz familiar quitándome la inspiración. “¡Kuroi!”

Quitando mi pulgar del ojo del hombre, me giré hacia la voz y me puse de pie.

“¿Por qué tienes que hacer esto?”

“¿Por qué tengo que divertirme un poco?” pregunté levantándome la venda para ver a Yuki parada frente a mí. “Una chica no puede vivir solo de pan, hermana”.

“Al ver a su hermanita desnuda, Yuki apartó la mirada”.

“¿Hay algo aquí que no hayas visto antes?” dije con una risita.

“Por favor, Kuroi, vístete” dijo sosteniendo un cambio de ropa delante de ella.

“Eres tan mojigata” le dije a la mujer que probablemente nunca había visto un pene en su vida.

“No puedes seguir deshonrando a padre así” dijo como si compartiera un hecho.

“¿Por qué no?” A padre no le importa deshonrarme a mí.

“Mereces algo mejor,” Kuroi.

“Nos vemos obligados a aceptar lo que merecemos”.

“No merecías nada de esto”.

“Yuki, ¿no lo sabías? Esto es lo que pasa cuando tu madre es una prostituta”.

“No digas eso”.

“Bueno, lo era, ¿no? La prostituta de nuestro padre. Y esto es lo que le toca a los pequeños bastardos como yo”.

El silencio se extendió entre nosotras mientras me vestía.

Está bien, lo admito. No estoy de muy buen humor. Había una razón por la que los hombres de padre me encontraron donde estaba. No siempre puedo ser el rayo de sol que soy sin un poco de libertad. Padre había interrumpido mi libertad. Ahora estaba tenso.

Me vestí con el traje de seda que Yuki me había entregado, me alisé el cabello indomable y salí de la oficina del tamaño de un museo de mi padre. Cruzando el pasillo con mi obediente hermana detrás de mí, nos acercamos a mi habitación y me dirigí al espejo.

Me daba asco mirarme en el espejo. Todos mis hermanos eran finas muñecas de porcelana. Incluso mis hermanos varones. Yo era cerámica quemada. En lugar de yacer sumisa y perfecta, como una japonesa adecuada, mi cabello era un cepillo de alambre encrespado sobre mi cabeza.

Apenas pude disimular mi asco y me fijé en Yuki, mi atención se centró en Yuki, que me miraba fijamente en el espejo.

“Bueno, no te ves nada escalofriante” dije sin lograr que Yuki apartara la mirada.

“Tengo algo que decirte”.

Girando de nuevo hacia el espejo, metí los dedos en mis rizos recogiénolos.

“¿Y qué es?”

“Padre planea casarte”.

Como si me hubiera estrangulado, la sangre abandonó mi rostro.

“Le rogué que no lo hiciera”.

Mi mente dio vueltas. ¿Qué estaba pasando? ¿Casado? ¿Yo?

“Si espera que le dé un heredero...” comencé a luchar por mantenerme de pie.

“No es ese tipo de matrimonio” dijo Yuki bajando la cabeza.

“Ya veo. ¿Y qué tipo de matrimonio es?”

“Es con el jefe de la familia Ricci”.

Imaginando quién era, casi me reí. No tenía la brutal reputación de su padre, pero no era mucho mejor.

“Así que, de nuevo seré la prostituta de nuestro padre. De tal palo, tal astilla.

“No será tan malo. Y estoy segura de que no durará mucho”.

“¿Te refieres a que lo mataré?” pregunté sintiendo cómo la viuda negra descansaba sus piernas en mis hombros mientras la miraba.

Yuki no respondió. ¿Qué podía decir? En su lugar, hablé yo.

“¿Y cuándo está previsto que ocurra esto?”

“Esta noche”.

“¿Esta noche?” tosí sorprendido. “Realmente quiere que este hombre muera, ¿verdad?”

Yuki miró al suelo. Me reí. Me reí. Mi padre me estaba casando. ¿Por qué mi futuro esposo estaría de acuerdo con esto? ¿Acaso no sabe nada sobre mí?

¿Qué pasará cuando descubra que no soy una novia sumisa dispuesta a ceder a su voluntad? Si satisfago mis necesidades en otro lugar, ¿pensará que puede tratarme como su tipo trata a sus esposas infieles?

Su nombre era Dante, ¿verdad? Definitivamente era el atractivo de esa familia. Cuerpo cincelado, ojos helados y tatuajes del cuello a la muñeca. No me importaría que me tratara como a su esposa de una manera. Me pregunto cuánto tardará en darse cuenta de que no soy como mi hermana.

Quitándome la chaqueta, me dirigí al armario.

“¿Qué estás haciendo?”

Volviéndome con humor, contesté, “Es mi día de boda, hermana. Me estoy vistiendo”.

Iba a hacer de este un día para recordar.

Capítulo 3

Dante

Esto no está bien. Nada de esto está jodidamente bien. Sato me ha hecho esperar dos días para una reunión cara a cara para aclarar esta mierda del matrimonio y no me gusta nada.

Aunque las cosas están tensas después de lo que hizo Matteo, no estaba buscando morir. Puede que los rumores sobre Kuroi fueran ciertos. O puede que no. Pero si estar casado con Kuroi no me mataba, la reacción de mi padre hacia ella podría hacerlo. Voy a tener objetivos en mi espalda, especialmente por parte de mi padre. Yuki, a pesar de sus vínculos con Sato, podría haber pasado por alguien que mi padre aceptaría—alguien que encajara en el papel de mi esposa y su nuera. ¿Kuroi? Jamás.

El problema, sin embargo, es que ese hijo de puta de la Yakuza ni siquiera quiere hablar conmigo sobre ello. Sí, finge que no habla inglés, pero sé que entiende cada maldita palabra que digo. Hacerse el ignorante. Así es como te subestiman. Bueno, adivina qué, cabrón, yo también conozco ese juego y no me voy a dejar engañar.

“¿Estás bien, Dante?” preguntó Lorenzo desde el asiento del pasajero. “Tienes el semblante un poco rojo”.

“Estoy bien” le digo, definitivamente no sintiéndome bien.

Sentía como si mi cara estuviera en llamas y se me metieran bichos bajo la piel.

“¿Estás seguro de que tus contactos no tienen nada que podamos usar en esta reunión?” pregunté, esperando que un milagro me sacara de esta.

“No tienen nada”. He abordado esto desde todos los ángulos que se me ocurrieron. Sato no tiene deudas con ninguna de las familias de Nueva York. No hay trabajadores portuarios de los que dependan para sus importaciones que podamos aplastar, y con la estructura de su complejo, la exterminación no era una opción.

Miré a Lorenzo. Estaba impresionado. Realmente había considerado todos los aspectos. Si algo me pasaba, él debería ser el que tomara el mando.

Nunca podría hacerlo. Dirigir la familia requería tanto intimidación como negociaciones tras bastidores. Lorenzo era un maestro trabajando tras bastidores. Quizás incluso mejor que yo. Pero ahí era donde terminaban sus habilidades.

Para ser la cabeza de una familia, tenías que ser una persona sociable. Lorenzo no era eso. Ser una persona sociable era Matteo en pocas palabras. Pero Matteo era un martillo que veía a todo y a todos como un clavo. Si pudiera averiguar cómo combinar a esos dos hermanos, podrían ser mejores de lo que yo jamás podría ser. Pero no puedes pedir peras al olmo. Con esos dos, solo tienes que tomar lo que puedas obtener.

“Eso es decepcionante, Lorenzo. Contaba con que me ayudarías.

“Solo puedo darte lo que he encontrado. Inventar mierdas solo te mataría”.

“En esta situación, eso no es lo único”.

Al llegar a la residencia de Sato, tuve que maravillarme de ella. De alguna manera había recreado Japón en el estado de Nueva York. No funcionaba del todo. Para ser honesto, el complejo de Sato parecía uno de esos castillos americanos de los años 20 con los techos reemplazados para hacerlos parecer la típica curvatura japonesa.

El jardín era increíble, sin embargo. Había estanques y esos árboles recortados que parecían la cola de un caniche. Al frente había arena con líneas dibujadas en ella y una gran roca sobresaliendo. Y había incluso una de esas estructuras que parecen escritura japonesa. No veía cuál era su propósito aparte de verse bien. Pero todo contaba una historia.

La historia que contaba era que Sato era un hombre que hacía todo lo posible por pretender que no estaba donde estaba. Mi conjetura era que había rabia detrás de su exterior inmutable. Tenía que haber una manera de que pudiera usar eso para salir de este matrimonio. ¿Pero cómo?

“Dante Ricci y familia aquí para ver a Sato” dije al comunicador fuera de la puerta.

“Estacione. La seguridad lo encontrará allí”. Respondió alguien con acento japonés.

Me volví hacia Lorenzo.

“Aquí no pasa nada”.

“¿Estás seguro de que no será mejor solucionar esto en silencio?”

“Si estás preguntando si sería mejor contratar un asesino para un hombre con una de las mejores seguridades de la ciudad, estoy seguro” dije viendo un destello de nuestro Pa en él.

“Piénsalo” dijo inclinándose hacia adelante para ver mejor el lugar. “Podríamos poner un francotirador en una de esas líneas de árboles. O, no tiene que ser aquí. Hay techos sin vigilancia alrededor de su oficina. Con el tirador adecuado, podríamos resolver este problema en un segundo”.

Miré a Lorenzo sintiendo mi corazón latir. No cabe duda de que era hijo de nuestro padre.

“Ni se te ocurra, Lorenzo. O mejor aún, piensa en lo que viene después de eso. ¿Crees que su gente en Japón no podría relacionar su eliminación con una propuesta de matrimonio forzada? ¿Cuánto tardará el caos en desatarse?”

“Hay mejores maneras de manejar las cosas, Lorenzo. Te lo digo, tú y Matteo son exactamente iguales”.

“No me compares con ese pedazo de mierda”.

“Oye, cuidado con la forma en que hablas de tu hermano”.

“¿De qué hablas? Tú lo llamas así todo el tiempo”.

“Eso es porque yo soy el que tiene que seguir limpiando sus desastres. Cuando ese sea tu trabajo, entonces podrás decirlo. Hasta entonces, es tu hermano y lo quieres”.

“Lo que sea” contestó Lorenzo recostándose en su silla.

Probablemente no fue la mejor idea enfurecer a la única ayuda que tendría si las cosas se ponían feas. Pero Matteo necesitaba tantas personas a su lado como fuera posible. No podía dejar que Lorenzo lo descartara así.

Al salir del auto, cuatro de los hombres de Sato nos encontraron. Estaba seguro de que alguien dentro pensaba que esto sería una impresionante muestra de fuerza. La verdad era que, si estuviera decidido, estos cuatro ni siquiera me detendrían.

“¿Armas?”

“No les vamos a dar nuestras putas armas” espetó Lorenzo.

“Lorenzo, dale tu puta arma” ordené alcanzando la mía. “Estamos entrando en la casa de Sato. Tenemos que mostrarle el respeto que merece”.

Ah, sí, Lorenzo estaba enfadado conmigo. Gran puto problema. Ya se le pasará.

El interior de la casa de Sato era tan impresionante como el jardín. No había mucho que pudiera hacer con la arquitectura de los años 20, pero lo hacía funcionar. Las vigas de madera que atravesaban el techo, las baldosas de diseño minimalista y la decoración de madera, se sentía como estar en un mundo diferente.

“Por aquí, por favor” dijo el más grande de los hombres guiándome a un balcón con vistas a acres de terreno.

Ya había alguien allí. No era Sato. Alguien más. Estaba de pie con humildad, vistiendo lo que parecía ser una túnica ceremonial japonesa y tenía un libro en la mano.

“Tú, allí” dijo el tipo de seguridad de Sato, señalando para que me pusiera junto al hombre.

“Tú, allí” dijo guiando a Lorenzo a un lado.

Lorenzo me miró preguntando si debía ir. Asentí y me acerqué a quien asumí era el intérprete de Sato. Porque, por supuesto, Sato no hablaba inglés. Sí, claro.

Pasó cerca de un minuto de incómoda espera con este hombre hasta que Sato llegó. Curiosamente, no me miró. Con la mirada perdida, se colocó a más de un brazo de distancia, al otro lado del balcón donde estaba Lorenzo.

¿Qué estaba pasando? Sabía que la cultura japonesa tenía muchas costumbres como las

reverencias y demás, y mucho de eso se extendía a los negocios. Pero no sabía lo suficiente como para decir cuán raro era esto.

Se puso aún más raro cuando empezó a sonar música. Cualquier música en una negociación sería extraña. Pero estaban tocando esa música wah-wah. Sabes, es esa música que tocan en los momentos tranquilos de las películas de Samuráis. ¿Por qué la estaban colocando ahora?

Cuando alguien más entró al balcón, tuve una buena idea de lo que estaba pasando. No sé quién demonios era, pero esa persona llevaba un vestido de novia japonés. Reconocí esa mierda. Y ella estaba cargando un ramo.

“Oh, no. Sato, no” protesté sin apartar la vista de mi novia.

Sato gruñó. Fue fuerte. Creo que ese cabrón me reprendió en japonés. ¿Quién demonios se creía que era?

Estaba a punto de demostrarle lo que pensaba de aquel truco metiéndole el puño en la garganta cuando los zapatos de mi novia me llamaron la atención al golpear sobre la madera. Era el sonido de madera sobre madera.

Al mirar de nuevo a mi novia, algo en mi interior se estremeció. ¿Quién era ella? Pensaría que podría saberlo solo con mirarla. Pero el vestido, o túnica, o lo que fuera, prácticamente abarcaba la mitad de la habitación. A eso se sumaba que no había mucho que mostrar de ella. No llevaba un velo, pero el gracioso sombrero que llevaba cubría su cabello, mientras que su maquillaje pintaba su cara de blanco.

¿Era Yuki? ¿Sato había entrado en razón y me había dado a mi novia perfecta?

A medida que mi novia se acercaba lentamente, miré más de cerca. No podía estar seguro, pero parecía ella. Dios mío, era hermosa, eso sí. La bata que llevaba encima de su vestido en capas estaba bordada con imágenes de Japón antiguo en oro y azul. También había muchas aves en ella. ¿O tal vez eran grullas?

Fueran lo que fuesen, fueron los ojos de mi novia los que realmente me atraparon. Me miraban fijamente sin retroceder. Eran feroces y salvajes, y mirarlos me hizo sentir algo. Me hacían querer destrozar este lugar. Pero no para alejarme de ella. Destruiría el mundo para hacerla mía.

Cuando mi novia se plantó frente a mí y al hombre, finalmente me di cuenta de quién era el hombre. No era el intérprete de Sato. Era un sacerdote.

Esto era todo. Nunca iba a haber una negociación. Sato me había traído aquí para la ceremonia. Y cuando el sacerdote comenzó a hablar en japonés, me di cuenta de que, si no hacía algo para detener esto, en un minuto, iba a estar casado.

¿Pero con quién? ¿Yuki? No podía ser. No con ojos como esos. Oh, dios mío, esos jodidos ojos. Se me paró con sólo mirarlos. ¿Qué demonios estaba pasando?

Con los ojos de mi novia todavía intensamente enfocados en mí, asintieron. ¿Qué fue eso? ¿Qué acababa de pasar?

“Hai” dijo mi novia.

Oh mierda. ¿Era eso un “sí, acepto”?

La cara del sacerdote se inclinó hacia mí. Estaba diciendo algo y no tenía ni idea de qué demonios era. Podría haber estado pidiéndome mi testículo izquierdo hasta donde yo sabía. Y cuando dejó de hablar fue cuando las cosas se pusieron completamente locas.

“Creo que te estás casando, hermano” informó brillantemente Lorenzo.

“¡No jodas!” dije asustado.

“¿Qué quieres hacer?” dijo, agazapado como un gato. “Podríamos largarnos de aquí. Solo dime la palabra”.

“Solo dame un segundo” dije, con el corazón palpitando.

Debería largarme de aquí, ¿verdad? Esto era una mierda. No estuve de acuerdo con esto.

Por otro lado, estaban esos jodidos ojos. Me estaban haciendo algo. Quería arrancar el maldito vestido y destrozarla. Pero ¿era esta Kuroi?

La había visto antes. Piel morena. Manos delicadas. Y.... oh mierda, esos jodidos ojos. Estaba mirando a los ojos de Kuroi.

Antes de darme cuenta, lo dije. Ni siquiera recuerdo hacerlo. Solo sé que lo hice.

¿Fue Hai o Hi? Podría haber dicho “sí, acepto”.

¿Lo hice? Lo hice. Acabo de casarme con Kuroi Sato, la maldita Viuda Negra. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Antes de que pudiera averiguarlo, Yuki entró. No había confusión entre los dos. Con la cabeza baja, entró arrastrando los pies con una bandeja de tragos. Dos tragos. Era un momento extraño para ello. Pero después de lo que acababa de hacer, tomaría cualquier cosa a patadas.

Cuando Yuki se acercó, el sacerdote me gesticuló para que tomara uno. Lo hice. También lo hizo la persona de pie frente a mí. El sacerdote me gesticuló para que bebiera. Kuroi me miraba a los ojos esperando. ¿Era esto? ¿Era esto el “sí, acepto” final? Si no hacía esto, ¿podría todavía alejarme?

Con el trago en la mano, lo levanté. Mirando a esos ojos hipnóticos, levanté el vaso hasta mis labios. En sucesión reflejada, Kuroi inclinó la cabeza hacia atrás. El dulce licor resbaló por mi garganta.

“Hai” dijo Sato quien, habiendo presenciado bastante, se dio la vuelta para irse.

Eso fue todo. Lo hice. Estaba casado. ¿Qué había hecho?

Mirando a mi novia, mi mente daba vueltas. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Podría encontrar la manera de salir de esto. Estaba seguro de ello. Y mientras mi cerebro comenzaba a elaborar un sinfín de planes, mi novia se inclinó hacia adelante y me besó.

Suave, tierno. Esos eran sus labios. Sus labios, no los de ella. En un segundo, encontré su cuello en mi mano. Era pequeño, estrecho. Mi pulgar presionaba su mandíbula. Podía sentirla abrirse. Perdiéndome a mí mismo, sentí mi lengua entrar.

Vivo. Me sentía tan vivo. Cuando nuestras dos lenguas se encontraron, bailaron. Estaba tan caliente que me dolía la cabeza. Era el tipo de beso del que no había vuelta atrás. Irradiaba deseo.

Ella era pequeña. Podría haberla aplastado en mis manos. Podría haberla consumido. Quería cada pulgada de ella, poseída y marcada como mía. Mi corazón me decía eso con sus latidos. Y cuando la solté, cuando dejé de tocarla, me desperté.

“¿Dante?” dijo Lorenzo, devolviéndome a la realidad.

¡Oh, mierda! ¿Qué había hecho?

Una oleada de calor me invadió. Era abrumador. No debería estar aquí. No debería estar haciendo esto. No ahora. No frente a nadie.

No podían verme así. Nadie puede. Tenía que salir de aquí. Y girándome para encontrar los ojos impresionados de mi hermano, fue lo que hice.

Salí corriendo del balcón y atravesé la casa, corrí hacia mi auto.

“¿Dante?” me llamó Lorenzo siguiéndome.

No podía enfrentarme a él. No ahora. Solo necesitaba alejarme.

Agarrando mis llaves, salté en mi auto. Presionando el botón y a fondo el acelerador, me alejé. Si no hubieran abierto las puertas, las habría derribado. No tenía que hacerlo. Y mientras la calle arbolada pasaba rápidamente, bajé la ventana para obtener aire.

No podía respirar. ¿Por qué no podía respirar? Moviéndome en mi asiento, me costaba atar cabos. Yo era Dante Ricci. Era el jefe de la familia Ricci. No besaba hombres. Yo no...

Fue entonces cuando lo sentí. Un pinchazo en el cuello. ¿Me habían disparado?

Toqué el lugar y retiré la mano. ¿Había sangre en ella o no? No podía asegurarlo. Me costaba ver. Al mirar hacia atrás a través del parabrisas me di cuenta de lo rápido que iba.

“¡Oh mierda!” exclamé antes de desmayarme y escuchar un choque.

Capítulo 4

Dante

“¿Qué pasó?” me pregunté mientras mi mente se despejaba de la niebla. ¿Dónde estaba? Lo último que recordaba era una boda. No, espera, estaba en un auto. Huía de una boda. No, estaba huyendo de mi boda.

¡Mierda! Sí, eso es. Había ido al lugar de Sato para negociar el no casarme con Kuroi y terminé casándome con ella en el acto. Luego, ella me besó, yo hui, sentí un pinchazo en el cuello y entonces todo se volvió oscuro.

Creo que choqué mi auto. ¿Todavía estaba en mi auto?

Cuando meforcé a abrir los ojos, no encontré mi BMW. Estaba tumbado en una habitación blanca. A medida que mi visión se aclaraba, vi un monitor de pulso y un televisor en el techo. Estaba en una habitación de hospital y me sentía como una mierda.

Alrededor, solo había una persona. Era Lorenzo. Se entretenía con su teléfono cuando el sonido de mi movimiento le hizo alzar la vista.

“Dante, estás despierto. ¡Gracias a Dios!” dijo apresurándose a mi lado.

Abrí la boca para preguntarle qué coño estaba pasando, pero no salió nada.

“Relájate. Iré a buscar al doctor. Estuve preocupado por ti por un momento” dijo con una sonrisa antes de salir corriendo de la habitación.

¿Estaba preocupado por mí? ¿Por qué? ¿Pasó algo más después de que quien fuera me disparara?

Necesitaba recuperarme y rápido. Bueno, tal vez no recuperarme del todo, pero al menos necesitaba poder hablar. Probando si podía levantar la mano, la moví hasta mi pecho.

Me sentía drogado. Quizás me habían dado un analgésico. Eso significaba que podrían pasar hasta cinco horas antes de que pudiera volver a levantarme. Después de eso, podría salir de aquí y averiguar quién me disparó.

Estaba tratando de palparme el lugar donde me había alcanzado la bala cuando se volvió a abrir la puerta y entró una doctora. Era mucho más joven de lo que estaba acostumbrado a que se vieran mis doctores. También era claramente ajena a nuestra familia. Quizás eso fuera algo bueno.

“No, no hagas eso” insistió, extendiendo la mano como para detener la mía.

Sin saber la situación, bajé la mano e intenté hablar de nuevo.

“¿Qué pasó?” le dije, sintiendo la garganta como un desierto.

“Quizás necesites algo de beber” dijo la mujer india volviendo la vista hacia mi hermano.

“¿Te importaría decirle a una de las enfermeras en el puesto que le traiga algo de beber al señor Ricci?” le pidió.

“Por supuesto” respondió Lorenzo.

“Y, ¿podrías darnos un minuto cuando lo hagas?” preguntó haciendo que los ojos de Lorenzo rebotaran hacia los míos.

Le di un gesto afirmativo y Lorenzo estuvo de acuerdo. Supuse que lo que supiera la doctora, era mejor que quedara entre nosotros, al menos hasta que tuviera tiempo para eliminar a algunos posibles sospechosos.

Con mi hermano afuera, la doctora se acercó al lado de mi cama. Tenía unos ojos amables y había algo en ella que me inspiraba confianza.

“Soy la doctora Rohit. Estás en el Centro Hospitalario Garrison porque tuviste un accidente de auto” explicó.

“Choqué con algo” respondí mientras mis recuerdos afluían. “¿Fue un árbol?”

“Así es”.

“Alguien me disparó y perdí el conocimiento”.

Me miró confundida. “¿Perdón?”

“Alguien me disparó. Me dieron en el cuello. Eso hizo que perdiera el control”.

Aún confundida, la doctora me sostuvo suavemente la barbilla y giró mi cabeza. Cuando no encontró nada en un lado, inclinó mi barbilla para mirar el otro.

“¿Por qué piensas que te dispararon en el cuello?” preguntó con el ceño fruncido.

“Porque lo sentí. Fue justo aquí” dije finalmente acercándome de nuevo al lugar.

Para mi sorpresa, no solo mi cuello no dolía al tocarlo, sino que no había nada allí. Ni herida, ni vendaje, nada.

“No lo entiendo. Lo sentí”.

“Hasta donde nuestros examinadores han podido determinar, no has sufrido ninguna herida que haya roto la superficie. Probablemente tendrás un moretón en tu pecho por el cinturón de seguridad y tu cabeza podría estar un poco aturdida por el impacto con el airbag. Pero, milagrosamente, aparte de eso, estás bien”.

“¿Estoy bien?” pregunté confundido. “Entonces, ¿por qué perdí el conocimiento?”

La doctora metió las manos en los bolsillos y se relajó.

“Sí. Por eso pedí hablar contigo a solas”.

“Está bien” respondí preparándome.

Sé cuán importante puede ser la imagen en tu mundo...

“¿Qué mundo es ese?” interrumpí.

“Estoy segura de que no lo sé” dijo retrocediendo. “Pero pensé que querías que estuviéramos solos cuando te dijera que chocaste tu coche tras desmayarte por un ataque de pánico”.

De todas las cosas que podría haber dicho, ataque de pánico no estaba en mi lista. Lo procesé un momento.

“No. ¿Qué más tienes?”

“Me temo que esto no es una situación de opción múltiple”.

“Nooo. No puede ser. Yo no tengo ataques de pánico”.

“¿Has estado bajo una cantidad de estrés aumentada recientemente?”

¿He estado bajo una cantidad de estrés aumentada? Déjame ver. Mi hermano idiota mató a un hombre hecho de los Yakuza, estoy esperando que mi padre haga su jugada para destituirme como jefe de la familia y me engañaron para casarme con una mujer que ha matado a todos sus amantes anteriores.

“No más de lo habitual” le dije a la doctora sabiendo que no era cierto.

“No obstante, todos tus síntomas apuntan a un ataque de pánico agudo que te hizo sentir mareado y brevemente desmayarte, lo que te llevó a estrellarte contra un árbol. ¿Ocurrió algo estresante justo antes del accidente?”

“No que pueda recordar” le dije a la doctora.

“Ya veo” dijo la doctora considerándolo. “Bueno, todavía estamos haciendo pruebas. Pero hasta que encontremos resultados contradictorios, recomendaría reducir tus niveles de estrés. ¿Puedes tomarte un tiempo libre del trabajo? ¿Es posible ahora mismo?”

“Eso es absolutamente imposible. Y tampoco es posible que haya tenido un ataque de pánico. Espero que no hayas escrito eso en tus registros” le dije con tono amenazante como había planeado.

“Te ha traído un representante de la familia Sato. Y puedo asegurarte que te extenderemos la misma privacidad y discreción que les mostramos a ellos”.

¡Ah! Ahora lo entendía. Esta era la doctora de Sato, quien, estaba seguro, diría cualquier cosa que Sato le pidiera.

“Entiendo” dije, mi mente finalmente empezaba a funcionar. “Pero digamos que no tuve un ataque de pánico. ¿Qué más podría ser?”

“¿Qué quieres decir?”

Pensé en Kuroi.

“Hay un historial de hombres en mi situación teniendo ataques al corazón. ¿Podría haber tenido algo así?”

La doctora me volvió a mirar con esa confusión. ¿Por qué hacía eso?

“Sí, es una posibilidad. Pero, generalmente, un hombre de tu edad y condición física no sería candidato para un infarto de miocardio. Y realizamos una prueba para buscar marcadores de tal evento y todos fueron negativos”.

“Pero, ¿podría haber sido un ataque al corazón?” clarifiqué.

“Los síntomas se presentaron de manera similar. Pero, como dije, la causa más probable sigue siendo un ataque de pánico”.

“Así que, o tuve un ataque de pánico, lo cual, si es cierto, me dejaría demasiado débil para hacer un trabajo tan estresante como el mío. O, tuve un ataque al corazón bajo circunstancias muy sospechosas. ¿Es así, doctora?”

“Los ataques de pánico son muy controlables con los cambios de estilo de vida y las técnicas de regulación adecuadas” respondió evitando mi pregunta.

“Entiendo. Dígame, doctora, ¿es también posible que me dispararan con algo? No como una bala, pero tal vez un dardo o algo así. Porque definitivamente sentí que algo me golpeaba el cuello. ¿Un pinchazo en el cuello también es algo que viene con un ataque de pánico?” desafié.

“No usualmente. Pero...”

“Entonces, es posible que algo podría haberme disparado al cuello también.

“Señor Ricci, he encontrado que la causa más probable suele ser la correcta”.

“Simplemente responde a mi pregunta. ¿Es un pinchazo en el cuello también un síntoma, o como lo llames, de tener un ataque de pánico?”

“No, señor Ricci” dijo relajándose en resignación.

“¿Podría cualquier cosa asociada con un pinchazo en el cuello llevar a un ataque al corazón que no tenga lo que estabas buscando? Sabes, ¿cómo los llamaste? ¿Marcadores?”

La doctora Rohit se detuvo.

“Como dije, la causa más probable suele ser la correcta...”

“Doctora...” protesté no queriendo pelear con ella.

“...Sin embargo, sí. Un pinchazo en el cuello podría ser tanto la causa de un ataque al corazón como un síntoma de uno dependiendo de la causa.

“¿Y qué podría causar algo así?”

La doctora sacudió la cabeza renuente a responder.

“Un veneno. Pero, señor Ricci, y no puedo enfatizar esto lo suficiente. No ha habido evidencia de eso y la causa más probable...”

“Es un ataque de pánico. Lo sé. ¿Cuándo podré salir de aquí?”

“Si lo que tuviste es un ataque de pánico, podemos darte el alta tan pronto como te sientas lo suficientemente fuerte para levantarte. Si fue un ataque al corazón, entonces necesitaremos mantenerte aquí un poco más para hacer algunas pruebas más”.

Miré a la doctora y me reí.

“Entiendo. Qué tal si simplemente me doy de alta cuando me sienta bien. Nos quedamos con esa opción” dije sin darle opción.

“Como desees” dijo con una expresión que decía, “Tuviste un ataque de pánico” escrita en toda su cara.

Bien. Lo que fuera que ella necesitara creer para permitirme salir de aquí.

“¿Podrías mandar a mi hermano cuando salgas?” dije, harto de ella.

“Lo traeré de inmediato” dijo educadamente antes de mostrarse la salida.

“¿Cuál es el veredicto?” preguntó Lorenzo entrando de inmediato.

“Creo que fui envenenado” le dije dándole vueltas a la idea en mi mente.

“¡Kuroi! Pero ¿cómo? ¡El beso!”

“El beso” sin darle importancia a lo que había dicho la doctora.

“Te envenenó con el beso” concluyó Lorenzo con una risa. “Bueno, eso explicaría la cara que pusiste después de que sucedió”.

“¿Qué quieres decir con eso?”

“Parecías drogado. Era como si ni siquiera supieras dónde estabas. Luego te fuiste”.

“Sí, eso probablemente fue lo que pasó” dije recordando lentamente el beso.

¿Eso fue lo que pasó? Las cosas volvían a mi mente y cualquier expresión que tuviera mi cara no fue por una droga. No solía andar besando hombres. Al menos no delante de personas que me conocieran. Y hacer lo que hice de la manera en que ocurrió y con él...

¿Qué era lo que tenía Kuroi? ¿Serían sus labios? ¿Sus ojos? Ah, sí, la forma en la que me miraba. Era como si se deslizara en mí y se convirtiera en la pieza del rompecabezas que había faltado toda mi vida.

Pero, si fui envenenado, ¿no tenía que ser por su beso? ¿Podría esto haber sido la forma en que mató a todos sus amantes? ¿El beso de la muerte? ¿Y no fue minutos después que perdí el conocimiento?

“¿Qué vas a hacer al respecto?” preguntó Lorenzo volviéndome al presente. “Y, ¿sabías que Sato planeaba hacer eso? ¿Casarlos allí mismo? fue una locura”.

“Si hubiera sabido lo que planeaba, ¿crees que habría ido allí así?”

“No lo sé. Por un momento, parecías muy interesado en eso” bromeó Lorenzo.

“¡Ni de coño! Fue una total locura lo que hizo”.

“Entonces, no lo entiendo. ¿Por qué seguiste adelante? ¿Por qué no lo detuviste?”

Esa era una buena pregunta. ¿Por qué no lo hice? Y entonces recordé la mirada en los ojos de Kuroi.

“Lo hice porque nuestra familia lo necesitaba” mentí.

Lorenzo echó la cabeza hacia atrás con admiración.

“Eres un hombre más grande que yo, Dante” dijo mi hermanito con una risotada.

“Y que no se te olvide jamás” bromeé.

“Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? No puedes vivir con ella ni nada de eso ¿verdad? Ya intentó matarte una vez”.

Esa era una buena pregunta. No discutimos los arreglos de vivienda Sato y yo. Cuando pensé que me casaría con Yuki, obviamente imaginé que viviríamos juntos. Eso hubiera sido uno de los beneficios del matrimonio. Pero ahora... mierda.

¿Cómo sería vivir con Kuroi? Si trató de matarme, el hecho de que falló significaría que lo intentaría de nuevo. ¿Cuánto tiempo podría dormir con un ojo abierto?

Pero, al carajo, qué bien se veía con ese vestido. Como novias, debía haber tenido a la más espectacular del mundo. Desenredar ese regalo sería el punto culminante de mi vida. Me excitaba solo pensar en ello

“Es un matrimonio de conveniencia” le dije a Lorenzo. “La idea es mostrar que nuestras dos familias son una. Vivir juntos sería el objetivo”.

“¡Vaya! Mi hermano mayor se acaba de casar con la Viuda Negra” dijo Lorenzo con una risita alterada.

“No te preocupes por mí. Puedo cuidar de mí mismo. El día que deje que una loca me aparte de lo que quiero será un día muy frío en el infierno”.

Así es como los llaman, ¿no? Quiero decir, eso es lo que he escuchado.

Eso fue lo que le dije. Pero, el matrimonio era una cosa. Carajo, en los viejos tiempos, la realeza se casaba con sus primos. Sin embargo, quizás hablé demasiado pronto sobre vivir juntos.

Por muy atractiva que fuera, Lorenzo tenía razón. Me había casado con la Viuda Negra. Tal vez vivir con ella era tentar al destino.

Sí, eso era arriesgar demasiado. Ya me había casado con ella. No había nada que pudiera hacer al respecto. Pero no viviría con ella. No hoy. Nunca.

Y si Sato alguna vez preguntaba por qué, le diría porque su astuto trasero me engañó para casarme. La humillación de mi familia no llegaría más lejos que eso.

Así que eso es todo. Kuroi, pase lo que pase, nunca se mudará a mi casa. Jamás. Está decidido.

Capítulo 5

Kuroi

¿Qué se supone que debe vestir una chica el día que se muda a la casa de su esposo? Tantas opciones. Al repasar mi armario, era difícil elegir.

“Veamos” dije pasando mis dedos entre la ropa. “¿Stella McCartney, Victoria Beckham? Armani sería un clásico”.

Cuando lo vi, supe. Alexander McQueen. Elegante y feroz. Una chica debe causar una impresión en su primer día. ¿Estaría mi nuevo esposo allí? Se decía que había sobrevivido a su pequeño encuentro con la muerte y planeaba regresar a casa.

Su nueva esposa debería estar allí para recibirlo, ¿no? Enmarcada en Alexander McQueen, lo recibiría en la puerta, con los brazos abiertos.

Su nueva esposa debería estar allí para recibirlo, ¿no debería ser así? Enmarcado en Alexander McQueen, lo recibiré en la puerta, brazos abiertos.

“Está decidido, Alexander McQueen. Empaquen el resto” ordené a los hombres de mi padre que insistieron en despedirme.

Escogiendo un par de bragas negras de mi cajón, me las puse y me vestí con McQueen. Siendo la diva que soy, me maquillé al estilo Douyin. Y para completar el look, escogí una selección de plumas para mi cabello. Mirándome al espejo, quería que él me viera. Este look no podía desperdiciarse.

¿Cuántas noches podríamos compartir juntos antes de que él muriera? Casi no sobrevive al día de nuestra boda. Habría sido una lástima también, considerando nuestro beso.

Y déjame decirte, ese beso... Mi lengua ha explorado muchas bocas. Ninguna de ellas me hizo sentir así. Fue suficiente para darle esperanzas a una chica.

¿No es así como deberían comenzar todos los matrimonios, llenos de esperanza y promesa? Después de todo, yo era una novia sonrojada. Y él, mi querido Dante, era mi gran y malvado esposo.

Recordando el beso nuevamente, me perdí en el recuerdo. ¿Cómo me hizo sentir lo que sentí? Lo besé para desestabilizarlo, para desconcertarlo. En cambio, sentí algo.

¿Puedes imaginarme sintiendo algo? ¿No pasaron de moda las emociones en los 80? Sin embargo, el retro chic estaba en auge.

Con el baúl lleno de mis cosas esenciales, me llevaron en el helicóptero de mi padre y volé a la ciudad. ¿Dónde vivía mi prometido, me preguntaba? Al aterrizar en un helipuerto del centro de la ciudad, me complació saber que estaba en la ciudad. Habría odiado tener que cruzar la ciudad para ir a mis lugares habituales.

Pero ahora que era una esposa, tal vez mi vida cambiaría. ¿Seguiría yendo a los sitios de moda de Manhattan cuando tuviera deberes de esposa que cumplir? Quizás, en cambio, le haría la cena todas las noches perdiéndome en la felicidad matrimonial. Seríamos mi esposo y yo juntos enfrentando el mundo.

Mi gloriosa fantasía terminó cuando llegué a su edificio luciendo como si hubiese salido de una pasarela y el hombre de la recepción intentó detenerme para que no subiera al ascensor. ¿Pensé en cortarle la garganta mientras me decía que no estaba en la lista? Por supuesto. ¿Por qué no lo hice? ¡Hola, Alexander McQueen!

En cambio, los hombres de mi padre le rompieron algunos dedos, le quitaron la llave y me llevaron arriba. El ascensor abrió directamente a su apartamento. Mirando fijamente la decoración de sorprendente buen gusto, el espacio abierto y la vista al parque central desde las puertas corredizas de cristal de pared a pared, no me disgustó.

“Con esto me basta” dije instruyendo a los hombres que dejaran mis pertenencias en la sala de estar y se fueran.

Una vez sola, miré alrededor del lugar nuevamente. Inmediatamente vi cómo alguien podría

ser arrojado desde el balcón, deshuesado con los cuchillos de la cocina y sofocado con cualquiera de la sorprendentemente gran selección de cojines decorativos.

Para salidas, solo había una salida, el ascensor. Edificios como este requerían una segunda salida por motivos de seguridad contra incendios. Tendría que averiguar dónde estaba.

Ahora aquí estaba la pregunta más importante. ¿Tenía él cámaras de seguridad? Todos los menores de 70 años en su situación las tendrían. Mi padre, tan arraigado en el viejo país como estaba, tenía una cámara en cada habitación. Incluso en la mía.

Cuando la arrancaba, sus hombres la volvían a poner. Me molestaba hasta que descubrí cuánto disfrutaba montar un espectáculo. Lo que lo hacía mejor era que no sabía quién estaba mirando o si alguien estaba mirando en absoluto. Cuando veía que alguien reaccionaba de manera diferente hacia mí después de un espectáculo particularmente vigoroso, esperaba a que estuvieran solos y los marcaba.

Nada dramático. Simplemente les hacía un pequeño corte vertical debajo del ojo izquierdo. En unos pocos meses, la mayoría de la gente apenas notaba la cicatriz. Pero él sabría que estaba ahí y nunca lo olvidaría. Nunca arruinaron mis fantasías de nuevo después de eso.

Entonces, ¿mi esposo tenía cámaras por ahí? Dando vueltas por el espacio, tenía que averiguarlo. La sala de estar era espaciosa y de lujo en tonos crema, pero sin cámaras. La cocina era moderna y parecía sorprendentemente usada, pero, aun así, no había nada que grabara.

Había tres habitaciones para elegir. Dos eran habitaciones de invitados desocupadas con camas tamaño king, pero sin cámaras. Y finalmente, su dormitorio.

Sentí un pequeño estremecimiento al acercarme. ¿Cómo sería el dormitorio de un hombre que besa así? La respuesta: parecía sexo.

Había un aroma en el aire. ¿Era el suyo? Me atravesó, rasgando mis entrañas. Una ola de calor envolvió mi cuello y descendió en espiral, terminando entre mis piernas. Estaba tan excitada que dolía.

Más que eso, no había ni una sola cámara en el lugar. No solo en su dormitorio, en todo el piso. Solo podía haber una razón para eso. Mi esposo hacía cosas aquí que no quería que se grabaran. Y, ese beso...

Oh, iba a acostarme con él. Despojaría el Tom Ford, agarraría lo que emergiera y lo sofocaría con mi garganta. Me convertiría en uno de sus secretos. Al mirar el espacio nuevamente, no había duda, esto funcionaría bastante bien.

Al escuchar un timbre que llamó mi atención hacia el ascensor, casi me atraganté. Estaba aquí. Mi esposo había llegado. Nada me pone nervioso, pero al escucharlo, mis piernas temblaron. Mírame, la novia virgen.

Buscando el baño, me apresuré a entrar y miré mi cara en el espejo. Quería verme perfecta. Bueno, tal vez no perfecta, pero mi maquillaje tenía que estar impecable. Ajustando las arrugas de mi traje, me compuse, caminé de regreso hacia la puerta del dormitorio y me presenté ante él.

Lo vi antes de que él me viera. Aproveché el tiempo extra para posar en el marco de la puerta. Esta sería su primera impresión. La pose tenía que ser dramática. Y lo fue. Y cuando se dio la vuelta y nuestros ojos se encontraron, se paralizó.

Era como el momento antes de nuestro beso. Podía ver dentro de él. Era ira y fuego bajo una costra ardiente. En cualquier momento podría explotar. Al sentir su furia ponerse a la superficie, inhalé temblando y...

“Ugh” gruñó, dando la vuelta aburrido y dirigiéndose hacia la cocina.

¿Espera? ¿Me acaba de hacer “ugh”? La ira, la lujuria y la locura existen y él... ¿me ignoró?

“¡Oh no!” Pensé, sintiendo un escalofrío en mi cabeza.

“Hola, tu esposa está en casa” le informé, dándole una segunda oportunidad.

Él me miró de nuevo.

“Todo lo que veo es una chica vestida como un hombre”.

En un instante, me quedé ciega de rabia.

“¡Esto es Alexander McQueen!”

“No sé quién es. Y cuidado con lo que toques con todo ese maquillaje. O aprende a usar una limpiadora a vapor”.

“Fue entonces cuando mi mente flotó a otro lugar. Allí me di cuenta de que no me había complementado adecuadamente. Había pensado que traer mis cuchillos resultaría demasiado llamativo considerando mi ajustado traje. Entonces, cruzando la habitación antes de que mi esposo pudiera abrir la nevera, tomé prestado uno de los suyos del bloque de carnicero”.

Me gustaría decir que había una razón por la que elegí el que elegí, pero ya no estaba en control. La Viuda Negra había tomado el control y parecía que no sentía lo mismo que yo sobre el nuevo hombre en mi vida.

Con un rápido movimiento, ella clavó el cuchillo de pelar en la parte trasera del muslo de mi esposo. No esperaba escuchar su grito. Él tenía que saber lo que iba a pasar, ¿no? ¿No lo había pedido prácticamente a gritos?

Sin embargo, la punzada lo despertó. Aun así, esperaba que fuera más rápido. Antes de que se diera la vuelta, ella lo había atacado de nuevo. Esta vez en el costado. Tenía un punto débil por él, porque falló sus órganos. Fue más como un Prince Albert entrando por un lado y saliendo por el otro.

Solo entonces reaccionó mi esposo. Era sorprendentemente rápido para un hombre mayor. Con la hoja todavía dentro, alcanzó mi cuello agarrándolo. Inclinandome primero, me lanzó al otro lado de la habitación. Mi esposo era fuerte.

Si ese era su plan para detener a la Viuda Negra, estaba equivocado. Ya sin tener el cuchillo, ella se recompuso y se lanzó de nuevo. Arrojándose al aire, aterrizó en su cuello. Aferrándose mientras giraba, su agarre se aflojó cuando él la empujó contra la nevera.

Definitivamente era fuerte. Y cuando lo hizo de nuevo con el doble de fuerza, ella soltó su agarre permitiéndole tomarla por la garganta, levantarla por encima de su cabeza y azotarla contra el sofá.

Con sus manos apretando alrededor de su cuello, vi regresar la vida a sus ojos. Había elegido la locura. Era glorioso verlo. La visión de ello hizo que la Viuda Negra se apartara y me trajera de vuelta.

Las manos de mi esposo eran poderosas. Yo estaba indefensa. Podía matarme con solo un movimiento de muñeca. ¿Lo haría? Mientras la oscuridad tragaba mi vista, no estaba seguro.

Cuando volví a mí, las cosas estaban mucho más calmadas. Mi esposo ya no me estaba estrangulando y yo ya no intentaba matarlo. Estaba, en cambio, desesperadamente tratando de recuperar el aliento y él aplicando presión a sus mordeduras de araña.

“¿Necesitas ayuda con eso?” pregunté encontrando mi voz.

“Estás loca” dijo, apenas mirándome.

“Cariño, soy tu loca” canturreé.

“Qué suerte la mía” bufó sarcásticamente.

“Creo que arruinaste mi maquillaje” admití sin querer verme en el espejo.

“Creo que me apuñalaste en la espalda”.

“Fue una caricia de amor”.

“¿Tú llamas a eso amor?”

“¿Crees que no podría encontrar una arteria?” pregunté casualmente.

Mi esposo se detuvo, sobrio.

“No lo sé. ¿Podrías haberlo hecho?”

“Hay seis arterias que cuando se cortan terminarían muy probablemente en muerte. En el cuello, el pecho, la clavícula, el brazo, la pelvis y, oh sí, cuatro pulgadas abajo de la mordida en tu muslo”.

“¡Mierda!” exclamó.

“Como dije, una caricia de amor” le dije antes de que se levantara, se dirigiera a su habitación y cerrara la puerta tras de sí.

Esto haría que cumplir mis deberes de esposa en nuestra noche de bodas fuera un desafío. Parece que recibí la “charla” para nada.

Esperando que solo necesitara ordenar su habitación antes de invitarme a entrar, me acomodé en el sofá y esperé a que regresara. Miré su puerta toda la noche. Nunca salió. Aún allí y despierta cuando el sol se asomó entre los rascacielos, finalmente oí el ruido de su puerta.

Al sentarme, estaba segura de que parecía un desastre. Debería haberme limpiado. Llevaba el maquillaje de ayer y un traje arrugado. ¿En qué estaba pensando? Esto no era manera de mantener a un hombre.

Dejando mi desaliño a un lado, puse mis manos en mi regazo y me hice la imagen de la elegancia. No había manera de que pudiera resistirse a esta dama, pero de alguna manera lo hizo. Saliendo de su habitación completamente vestido, apenas me miró. Cuando lo hizo en respuesta a mi entusiasmo, levantó un dedo congelándose.

Seré honesta, no supe cómo reaccionar a eso. Para cuando decidí, ya estaba entrando en el ascensor.

“¿Te gustaría que te hiciera un café?” pregunté a una puerta de elevador que se cerraba.

La verdad era que no tenía idea de cómo hacer café. El café era una de esas cosas que aparecían completamente formadas en tazas o vasos. Pero no podía ser tan difícil de averiguar, ¿verdad?

Sospechando que mi amado se había ido por el día, me dejé caer en mi asiento y bajé la cabeza entre mis manos. Sintiendo cómo se deslizaban, recordé cómo me veía. Al examinar mis manos, estaban cubiertas de base. Tenía que limpiarme.

Para hacer eso, consideré ir al baño de Dante. Pensé mejor en ello. No era porque él no me quisiera allí. Simplemente no quería dejarlo hecho un desastre. Así que elegí uno de los baños de la habitación de invitados y recogí mis cosas.

Limpia, entré a la ducha. Desnuda ante el mundo, la realidad de mi vida se coló en mí. Enfrentada a ella, no me gustó lo que vi. Por suerte, el pensamiento no permaneció mucho tiempo. Y saliendo de la ducha sin vestirme, realicé otra visita por mi nuevo hogar lo que terminó conmigo trasladándome en su cama.

Definitivamente era su aroma el que olía. Era embriagador. Envolviendo mis brazos alrededor de su almohada y tirando de ella hacia mí, intenté rodearlo con mis piernas. Necesitaba que me tocara. Anhelaba sentir su gran mano agarrar mi trasero y hacerlo suyo.

Tumbada allí como una perra en celo, no había alivio excepto el sueño. Había estado despierta toda la noche esperando que viniera a mí. Nunca lo hizo. Tendría que enseñarle una lección por eso. Después de todo, yo era su esposa. No era manera de ser tratada.

Sin embargo, al despertar sintiéndome descansada, la venganza ya no estaba en mi mente. ¿Fue June Cleaver quien dijo que atrapas más moscas con miel? O, ¿dijo que el camino al corazón de un hombre era a través de su estómago?

De cualquier manera, necesitaba adoptar un enfoque diferente. Sería la esposa perfecta. Con perlas y tacones altos, hornearía un guiso. No podía ser tan difícil, ¿verdad? Solo tenía que llamar al chef, decirle lo que quería y se hacía.

Más urgente que la comida era el atuendo que usaría. Tenía las perlas perfectas. Lamentablemente, estaban en casa de mi padre. Y la idea de dejar este lugar para ir a buscarlas no me convenía.

Si me iba, ¿podría volver a entrar? Por supuesto. Era la esposa de Dante, después de todo. Cuando volviera, él estaría feliz de verme.

Aun así, entrar en el ascensor se sentía como un viaje de ida.

“Yuki, ¿puedes hacerme un favor?” pregunté por teléfono.
Cuando Yuki llegó, traía algo más que mis perlas.
“Tengo un regalo para ti” dijo con una de sus delicadas sonrisas.
“¿Un regalo de boda?” dije tomando la caja.
Desenvolviéndola, lo que encontré trajo una sonrisa a mi rostro. Era de alta costura y muy mío.
“¡Me encanta!” le dije inmediatamente, extrañando a mi hermana.
“¿Cómo fue tu primera noche?” preguntó con tristeza en sus ojos.
“¿Cómo mujer casada? Todo lo que soñé” dije continuando la fantasía.
Sentándose a mi lado, Yuki puso su mano en mi muslo.
“Kuroi, siento que Padre te haya hecho esto”.
“No, está bien. Realmente creo que esto podría ser algo bueno”.
Yuki me miró a los ojos.
“En serio, Yuki. Las cosas han comenzado un poco accidentadas, pero quizás él sea el indicado” dije tratando de ver allá de la evidencia contraria.
Yuki lentamente escaneó la habitación. Todas mis cosas aún estaban justo dentro de la sala de estar. La cocina parecía la escena de una pelea con cuchillos. Y había gotas de sangre sobre la alfombra.
Cuando su mirada regresó a mí, bajé mis ojos. Con una elegancia que solo podía pretender tener, Yuki enderezó su espalda y se volvió hacia mí.
“¿Sabes por qué padre te llamó Kuroi?” preguntó como si vertiera alcohol en una herida abierta.
“Creo que todos saben por qué me llamó así” dije mientras mi pulgar intentaba por última vez quitarme la oscuridad de encima.
“No fue por tu piel oscura” dijo para mi sorpresa. “Fue para marcarte como la mancha oscura en su honor. Eras el precio que pagó por un momento de debilidad”.
Me estremecí al escuchar lo que nunca quise oír.
“Lo perdió todo por mantenerte. Hubo quienes le dijeron que te arrojara al mar. Incluso nuestros hermanos se lo dijeron. Pero no lo hizo. Te mantuvo. Y sabía que para que sobrevivieras, tendría que enseñarte tu lugar”.
“Pero eras testaruda. Como el bambú petrificado, no te doblarías. Por eso te hizo una oiran. Era para enseñarte tu lugar. Era para ayudarte”.
Las palabras de Yuki atravesaron dejándome en carne viva.
“¿Qué me estás diciendo que haga?” pregunté regresando a ser el joven de 14 años que fue arrancada de mi hogar.
“Para crecer en el campo, el bambú debe doblarse”.
“¿Estás diciéndome que me someta? ¿A quién? ¿A mi esposo? ¿Padre?”
“Debes doblarte” repitió mi hermana sumisa.
¿Estaba mi hermana en lo cierto? En nuestro mundo, ciertamente había prosperado. Con su comportamiento gentil y sus palabras suavizadas, había llegado a ser la favorita de Padre. No había nada que él no hiciera por ella. Ella lo tenía agarrado por los pelos.
¿Había poder en la sumisión? ¿Podría tener ese poder? ¿Me daría eso a Dante? ¿Cómo qué? ¿Mi amante? ¿Mi amor? ¿Podría alguien amar a una mancha negra como yo?
Las palabras entre Yuki y yo ya no eran necesarias. El silencio nos envolvió. En lugar de discutir con ella, intenté algo nuevo. Me agaché. Más que nada fue para unirme a ella mientras recogía lo que había dejado la pelea con mi marido y mi cuchillo. No estuvo tan mal.
¿Podría someterme hasta el nivel de mi hermana? Probablemente no. Yuki lo había convertido en una forma de arte. En todos los sentidos, era una japonesa adecuada. Y ¿qué era yo?
No importa. No era lo que era. Era lo que podría llegar a ser. Me convertiría en mi hermana.

Bajaría los ojos cuando los hombres hablaran. Me inclinaría en presencia de mis mayores. Y sería la esposa perfecta para un hombre como Dante Ricci, mi esposo y superior.

Capítulo 6

Dante

Transformar la organización de mi familia en un conjunto de negocios legítimos tiene sus ventajas. Una de ellas es que puedo ir a una oficina. Eso es especialmente bueno ahora porque me aleja del lunático con el que me casé.

No me malinterpretes, ver a Kuroi con ese traje y su maquillaje fue casi más de lo que podía soportar. Me costó muchísimo no atravesar la habitación y follármelo hasta perder el sentido. El hombre tiene una manera de hacerme sentir cosas que sé que no debería.

Pero es difícil imaginar tener algún tipo de vida juntos mientras esquivo sus puñaladas. Hay que reconocerle que es rápido. No podía simplemente mantenerlo a distancia para alejarlo. Me hizo trabajar duro para lograrlo. Tuve que perder los estribos para evitar que me matara.

Lo más loco es que no creo que estuviera tratando de matarme. Tenía razón, había varias arterias a las que podría haber ido si realmente quería acabar con mi vida. Eso me confundía, porque si trató de matarme con un beso venenoso en nuestra boda, ¿por qué evitaría un golpe letal cuando tenía otra oportunidad?

No tenía sentido. Por supuesto, nada tenía sentido con ese lunático. Lo único seguro era que no podía darle la espalda. También tendría que visitar a los hombres de Sato por lo que le hicieron a Franko, el encargado de mi edificio. El hombre tiene una familia y necesita ganarse la vida.

No puede venir a trabajar todos los días con miedo de que haciendo su trabajo le rompan los dedos. Ahora no solo tengo que pagar sus facturas médicas y su tiempo libre para que vuelva, sino que su propina navideña tendrá que ser tan cara como un auto pequeño. Dios, ¿cuánto me costará estar casado con Kuroi?

“He oído que los hombres de Sato atacaron a tu portero anoche” dijo Matteo cuando entré a mi oficina y lo encontré ahí.

Me detuve rápidamente para evaluar qué estaba pasando. No había tenido la oportunidad de contarle al resto de mi familia sobre la boda. Estaba demasiado ocupado recuperándome de un intento de asesinato.

Y anoche, después de salir del hospital, estaba preocupado por cómo iba a decirle a Sato que Kuroi y yo no viviríamos juntos. Eso fue, por supuesto, antes de llegar a casa y encontrarlo ya allí, luciendo como lo más asequible que jamás había visto.

“Hubo un incidente. Me estoy encargando de ello” informé a mi hermano antes de dirigirme a mi escritorio. “¿Qué haces aquí?”

“Papá me envió a ver cómo estás. No tuvo suficiente tiempo para verte en el hospital” dijo Matteo jugando al juego sutil con un nivel de habilidad que no pensé que tuviera.

“No había necesidad de pasar por aquí. Fue una estancia breve”.

“Una estancia breve porque estrellaste ese precioso auto tuyo contra un árbol. ¿Qué te hizo hacer eso? El Dante que conocía habría necesitado que le dispararan para hacer algo así”.

Al escuchar su referencia a recibir un disparo, miré a Matteo. ¿Era este un nuevo nivel en su juego sutil?

¿Por qué dijiste eso?” pregunté sospechosamente.

“¿Decir qué?”

“Que necesitaría que me dispararan para estrellar mi auto”.

“Porque lo harías. Amabas ese auto. Actuabas como si fueras capaz de recibir una bala por ese auto” explicó mientras buscaba cualquier indicio de que él pudiera haber estado detrás del pinchazo en el cuello que sentí antes del accidente.

“No amaba tanto el auto” le dije al no detectar nada.

“Entonces, ¿qué pasó?”

Como no me gustaba por dónde iba su interrogatorio, así que me instalé en mi escritorio y

comencé mi jornada.

“Lo que pasó fue que choqué”.

“¿Pero por qué? Hicimos que alguien consultara al médico, pero ella no decía nada”.

“¿Hicimos?”

“Sí, ya sabes, papá y yo”.

“Así que ahora son tú y papá. Después de todo lo que nos hizo a los dos, ¿es allí donde todavía reside tu lealtad? ¿Después de todo el desastre que he tenido que limpiar por tus meteduras de pata?”

“Oye, nunca te pedí que hicieras las cosas que has hecho” dijo a la defensiva.

“Nunca fue necesario. Eso es lo que significa ser familia. Nos cuidamos el uno al otro. Sería bueno que lo recordaras”.

“Lo recuerdo” dijo Matteo retrocediendo un poco.

“Bien” dije centrándome en mi computador con la esperanza de que se viera obligado a salir.

Pero, hablando de limpiar mis desastres. Papá y yo nos preguntábamos qué pasó con la idea que tenías de casarte con alguien de Sato.

¿Lo sabría? Tenía que saber algo. Si sabían a qué hospital fui, no sería difícil para ellos averiguar qué más hay cerca de allí y luego unir las piezas de por qué estaba allí.

¡Mierda! Iba a tener que contárselo a todo el mundo. Y no había forma de que pudiera evitar decirles que el jefe de la familia Ricci acababa de casarse con una mujer.

“Sí, está resuelto” dije con indiferencia.

“¿Cómo? ¿Cuándo pasó esto?”

“Ayer. Hubo una pequeña ceremonia en casa de Sato”.

El silencio que se prolongó me hizo levantar la vista. Matteo estaba más que atónito, estaba pálido.

“¿Qué quieres decir con que hubo una pequeña ceremonia en casa de Sato?”

“Lo solucioné”.

“¿Lo solucionaste de tal manera que ahora estás casado?”

“Sí. Lo solucioné” dije intentando elevar mi voz para hacerle parecer el idiota por hacerme repetirlo, pero mi corazón no estaba para eso.

“¿Así que mi hermano mayor, el jefe de la familia Ricci, se casó sin ninguno de los familiares presentes?”

“Por supuesto que no. Lorenzo estaba allí”.

Matteo, que se había levantado para hablarme al otro lado de mi escritorio, se dejó caer en una silla. Se agarró a la cara como si su cabeza estuviera dando vueltas.

“¿Qué? No es gran cosa. Causaste un problema, y como de costumbre, me encargué de ello. ¿Qué hay de nuevo en eso?”

“La novedad es que te has casado”.

“Sí” confirmé empezando a confundirme un poco sobre de qué estábamos hablando.

“Mi hermano mayor, que siempre imaginé que estaría a su lado el día de su boda, se casó y el único que estaba allí era Lorenzo”.

“Matteo, no es gran cosa”.

“¿No es gran cosa? Dante, los Ricci solo nos casamos una vez. ¿Entiendes? ¡Una vez! Y ahora, la persona a quien más admiro en este mundo está casada, ¿y yo no estaba allí para dar fe de ello?”

“¿Dar fe de ello? ¿De qué estás hablando, Matteo? No es gran cosa”.

Al mirarlo, vi que sus ojos se volvían vidriosos. ¿Qué estaba pasando? En una ocasión lo vi casi golpear a un hombre hasta la muerte. Vi a nuestro padre casi golpearlo hasta matarlo. Y ni siquiera entonces lloró. Empezaba a pensar que tal vez había hecho algo mal.

“Está bien” dijo Matteo recomponiéndose. “Entonces, ¿puedes al menos decirme quién es

mi nueva cuñada?”

Mi pecho se tensó como un tambor. ¿Su nueva cuñada? La idea de que yo pudiera estar con un hombre ni siquiera le pasaba por la cabeza. No sabía si podría hacer esto.

“Es un poco más complicado que eso”.

“¿Más complicado? ¿Cómo puede ser más complicado?”

No había manera de escapar de esto, especialmente con mi nuevo marido que se había mudado conmigo. Miré los papeles en mi escritorio sin poder mirarle a los ojos.

“Mira, lo que hiciste fue malo. Tenía que detener una guerra. ¿Quién sabe cuántas personas terminarían muertas si no fuera hecho esta jugada?”

“¿Qué estás diciendo?”

“Lo que estoy diciendo es que no me casé con Kuroi”.

Matteo se sobresaltó. “¿Kuroi? ¿Te refieres a la maldita Viuda Negra? ¿Qué demonios, Dante?”

“No te creas esa mierda de la Viuda Negra. La he conocido. Es una mujer perfectamente razonable”.

Como prueba, podría agregar que ni siquiera cortó una arteria cuando me apuñaló varias veces la noche anterior.

“¿Mujer razonable? Dante, ¿nunca has oído? ¡Esa chica es una psicópata! Sí, no es fea si te gusta su tipo”. Matteo se detuvo. “Dante, ¿te gusta su tipo?”

“¿Y qué tipo es ese?”

“Ya sabes, chicas no italianas” Matteo dijo manteniéndolo vago.

¡Mierda! Eso fue una pregunta directa. Había logrado evitar este tipo de preguntas toda mi vida. Te casas con una mujer negra y de repente todo estalla.

“Me conoces, ¿verdad, Matteo? Me conoces. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para proteger a esta familia. Necesitamos esta conexión”.

“No la necesitamos tanto”.

“Matteo, ¡la necesitamos! No sabes en el tipo de lío que tus arrebatos nos metieron”.

“Que te obliguen a casarte con alguien que no quieres nunca valdría la pena. Una era cosa cuando pensaba que era Yuki. Podía verlos juntos. ¿Pero Kuroi? No solo no es el tipo de chica que Papá esperaría que lleváramos a casa, sino que esa te mataría mientras duermes. Nada vale eso. Quiero decir, si no te va el chocolate” dijo sugestivamente.

“Lo hecho, hecho está. ¿Me oyes? Y, en segundo lugar, ahora que es mi esposa, no puedo permitir que andes desprestigiándola así. ¿Me oyes? Si la irrespetas, me estás faltando al respeto a mí.

“¿Desprestigiándola? ¿Qué dije?”

“Describir su raza de esa manera es faltarle al respeto. Si lo haces de nuevo, me estás faltando al respeto a mí. ¿Me oyes?”

Matteo me miró asombrado.

“Dije, ¿me oyes?”

“Sí, claro. Lo que digas, Dante” dijo mi hermano luciendo muy confundido.

Ambos nos quedamos en silencio un momento. No sabía lo que estaba pensando, pero ya lo había dicho.

La verdad es que no solo es un nuevo rostro que necesito ver en mi cama, es un rostro que se parece al de Kuroi. No voy a decir que siempre me hayan atraído las mujeres de piel oscura, pero todas con las que he estado tenían el hermoso tono de piel de Kuroi.

Papá siempre dejó claro a quién esperaba que lleváramos a casa. Nunca debían ser tan oscuras como mi nueva esposa. Lo llamaba la prueba del libro de bolsillo.

La primera vez que nos habló de su preferencia fue cuando me oyó decirle a Matteo sobre esta hermosa chica negra que se había mudado al vecindario. Me dio un bofetón tan fuerte que mis

oídos resonaron. Dijo que me mataría si alguna vez me veía con alguien así. Le creí.

Pero eso no me detuvo de sentir lo que sentía y eventualmente salir con ella. Todas sus amenazas solo dejaron claro que a quién llevaba a casa era una cuestión de vida o muerte.

“¿Esto va a ser un problema?” le pregunté a mi atónito hermano.

“Por supuesto que no, Dante. No hay problema”.

“Bien. ¿Hay algo más?”

“Una cosa. ¿Cómo piensas contárselo a papá? Quiero decir, ya me conoces, tengo la mente abierta. Pero él no es exactamente de nuestra escuela de pensamiento”.

¿Nuestra escuela de pensamiento? ¿Qué exactamente me estaba diciendo Matteo?

“Supongo que vas a ir corriendo hacia él con esto”.

“Espero no tener que hacerlo”.

“No tienes que hacer una mierda”.

“Dante, ¡te has casado con una maldita mujer negra! Sin faltar al respeto, pero va a enterarse”.

Matteo tenía razón. No podía quedar cegado con esto. Viniendo de la persona equivocada, sería capaz de matarlos por decírselo.

Agarré las suturas que tuve que hacerme yo mismo encerrado en mi habitación.

“¿Estás bien?”

“Estoy bien. Los cinturones de seguridad te mantienen vivo, pero...” dije, insinuando que mi malestar venía de eso.

“Espera. ¿Tu accidente tuvo algo que ver con casarte en casa de Sato ayer?”

¿Cómo le explicaba eso?

“Sucedió cuando me iba”.

Me miró confundido.

“Entonces, ¿qué pasó con Lorenzo? ¿No dijiste que él estaba allí contigo?”

“No cuando me fui”.

“¿Por qué no estaba contigo cuando te fuiste?”

“Necesitaba salir a tomar un poco de aire. ¿Tienes algún problema con eso?”

Matteo retrocedió.

“No tengo ningún problema con eso. Solo estoy tratando de entender qué pasó”. Sabes que papá me preguntará sobre esto”.

“Solo dile lo que sabes. No tengo secretos”.

“¿Estás seguro de eso?” me preguntó yendo al grano.

“Mira. Dile lo que tengas que decir. No tengo nada que esconder. Hice lo que tenía que hacer. Ahora está hecho”.

“Sabes que mamá va a querer conocerla, ¿verdad? Va a esperar que la llesves a cenar el domingo. No hay forma de que escapes de eso”.

Oh, mierda. Tenía razón. No importa qué pensara papá sobre esto, mamá lo iba a recibir en la familia. Ella querrá que esté allí y esperará que actúe como parte de la familia.

¿Cómo iba a llevar a mi nueva esposa loca a una de nuestras cenas familiares desquiciadas? Si alguien le dice algo equivocado, alguien podría terminar muerto.

“Sigues llevándote la mano al costado. ¿Seguro que estás bien, Dante?”

“Estoy bien” le dije empezando a preguntarme si lo que tenía era un ataque de pánico. O tal vez las paredes se me estaban cerrando de verdad.

“Escucha, tengo que trabajar. ¿Necesitas algo más de mí?”

“Sí, necesito que le des la noticia a papá para que no tenga que hacerlo yo”.

“Anotado”.

“Y necesito que me asegures que todo esto no te estallará en la cara”.

“Todo está bajo control”.

“Eso espero” dijo Matteo con verdadera preocupación. Al girarse para irse, dijo: “Quizás tú, yo y tu nueva esposa deberíamos salir a cenar antes de que la presentes al resto de la familia. Ya sabes”

“... Porque no estamos seguros de si el resto de la familia piensa como nosotros”.

“Exactamente”.

“Lo pensaré” le dije dirigiendo mi atención al monitor del computador.

Cuando Matteo cerró la puerta detrás de él, levanté la mirada. El aire llenó mis pulmones como un túnel de viento. Todo sobre nuestra conversación fue inesperado. De todos, creía que Matteo sería el que peor aceptaría que estuviera con una mujer negra. No se le conocía precisamente por su reflexión.

Pero dijo que nadie más podía ser de confianza para pensar como nosotros. ¿Qué significaba exactamente eso? ¿Cómo pensábamos?

Nunca he sabido que mi hermano el guapo y yo pensáramos igual en nada. Pero definitivamente se refería a algo. La pregunta era, ¿qué?

Otra pregunta era cómo iba a decirle a nuestro padre que me había casado con la hija negra de Sato. Otra pregunta era si Kuroi me mataría antes de tener la oportunidad.

La chica realmente estaba loca. Agradable a la vista, como había dicho Matteo, pero completamente loca. Me apuñaló durante nuestra primera noche juntos. ¿Por qué?

Quizás solo necesitaba darle algo de espacio. Esto no podía haber sido su idea de casarse. Tal vez si le daba un amplio margen, se acostumbraría a las cosas y no sería tan agresiva la próxima vez. O tal vez debería esconder los cuchillos.

¿Cómo diablos me metí en esto? ¡Maldito Matteo!

Habiendo ideado un esquema vago para tratar a Kuroi en el futuro, me concentré en otros asuntos que tenía entre manos. Primero, alguien había intentado matarme. Al haber fallado, lo intentarían de nuevo.

En segundo lugar, no podía confiar en que nuestro padre aceptara que yo estuviera a cargo. Iba a intentar algo. Una vez se enterara sobre Kuroi, solo sería cuestión de tiempo.

Al hablar con Lorenzo sobre lo que creía que estaba pasando, obvié la parte en la que mi nueva esposa intentaba convertirme en una brocheta. Sospechaba que Kuroi estaba detrás de mí desmayo antes del accidente. Olvidar que Kuroi no me había matado a propósito, hacía difícil explicar por qué tenía mis dudas al respecto.

“Te besó, minutos después, chocaste” me dijo durante el almuerzo.

“Si quisiera matarme, podría haberlo hecho mientras dormía” dije, aunque no pegué ojo anoche.

“Espera, ¿cómo podría hacerlo? ¿Acaso sabe dónde vives?”

“Por supuesto que sí. Se ha mudado”.

Lorenzo se congeló cuando estaba a punto de llevarse un trozo de lechuga a la boca.

“Pensé que dijiste que vivirían por separado”.

“No pongas palabras en mi boca” dije restando importancia a lo que pueda o no haber dicho.

“No estoy tratando de ponerte palabras en la boca. Solo pensé que lo dijiste”.

“Bueno, no lo dije”.

Estoy seguro de que lo pensé. Y eso podría haber sido el plan. Pero no estaba seguro de que las palabras salieran de mi boca.

“De todos modos, ¿cómo fue tu primera noche como hombre casado? ¿Todo bien consumado?” bromeó.

“Ya llegará ese día” respondí mucho más excitado por la idea de lo que estaba dejando entrever.

“Entonces, ¿cuándo voy a conocer a mi nueva cuñada?”

“¿Qué les pasa a todos con el apuro por conocerla?

“¿Todos?”

“Tú, Matteo”.

“¿Matteo lo sabe? ¿Qué dijo? —preguntó Lorenzo, extrañamente interesado”.

“Ya conoces a nuestro hermano”.

“Eh” bufó Lorenzo antes de volver a su almuerzo.

“Dijo algo interesante, sin embargo. Dijo que mamá esperaba que la trajera para la cena”.

“¡Jal Esa es una cena a la que vendría” dijo divertido.

“Sí. ¿Imaginas eso?”

“No hay que imaginarlo. Tiene razón. Mamá va a hacer que lo hagas” dijo con naturalidad.

“¿Tú crees?”

“Lo sé”.

“Ah” dije pensando en eso. “Matteo también dijo algo más”.

“Hoy estaba lleno de pensamientos interesantes”.

“Sí. Dijo que tal vez debería invitar a Kuroi a cenar con alguien de la familia primero. Ya sabes, para asegurarse de que nada salga mal”.

“¿Qué podría salir mal?” dijo Lorenzo entre risas.

“Exactamente. ¿Así que, qué piensas?”

“¿Qué? ¿Conmigo? Me encantaría. También me daría la oportunidad de averiguar si él es quien intentó matarte”.

“No creo que esté intentando matarme” dije despectivamente.

Lorenzo me miró con diversión.

“¿Quién lo hubiera pensado, Dante Ricci, ¿cegado por una cara bonita? ¡Ja!

No respondí. Primero, no me gustaba que mis hermanos pensarán que podían comentar sobre la apariencia de mi esposa así. Un poco de respeto. Loca o no, seguía siendo mi esposa. Tenían que entender eso.

Segundo, no se equivocaban. Podía desarrollar un sentimiento ciego hacia Kuroi. Si otro me hubiera hecho lo que él hizo, habría acabado con su vida allí mismo. No sólo le habría arrancado la vida, sino que le habría tirado por el balcón.

Era más que necesitar que las cosas funcionaran entre nuestras dos familias lo que me impidió matarlo. El hombre era un cable vivo que quería tocar.

Tomando cosas del trabajo hasta el último momento posible, eventualmente me dirigí a casa. Conduciendo mi vehículo de alquiler, podía sentir que mis palmas sudaban. Yo no era así. No me ponía nervioso por nada. Entonces, ¿por qué me sentía así ahora?

Cuando me estacioné y entré en el vestíbulo, el sustituto de Franko me recordó a qué me enfrentaba.

“Buenas noches, señor Ricci” dijo él abriendo el ascensor para mí.

“Buenas noches”.

Cuando la puerta del ascensor se cerró detrás de mí, inhalé con fuerza. No podía respirar. Nunca me había sentido así. ¿Qué estaba pasando?

Al escuchar el sonido de un timbre cuando la puerta se abrió, me di cuenta de que lo que estaba sintiendo era un poco demasiado. Necesitaba entrar a mi habitación lo más rápido posible y encontrar una manera de manejar las cosas.

Al salir del ascensor, miré instintivamente alrededor.

“¡Hola cariño, ya estás en casa!” dijo mi esposa desde la cocina.

Sabía que debía haber seguido adelante, pero no pude. La mujer llevaba un vestido a cuadros de los años 50 completo con perlas, un delantal, y un plato de cazuela en sus manos.

“¿Qué tienes en la cara?” dije antes de poder detenerme.

“¿Qué quieres decir?” dijo sonriendo con la cara blanca como un intérprete de Kabuki.

Me reí. Tal vez no fue una risa. Podría haber sido más un bufido despectivo. En cualquier caso, fue entonces cuando mis piernas comenzaron a moverse y continué hacia mi habitación.

Podrías pensar que, tan delgada como era, mi nueva esposa no sería capaz de lanzar una bandeja de guiso así. Pero podía. Y su puntería era certera.

No solo logró golpearme con ella desde el otro lado de la habitación, sino que la bandeja me dio justo en un lugar que podía dejar a una persona inconsciente si se acertaba exactamente. Estaba en el suelo antes de darme cuenta.

Tumbado indefenso, esperaba ser convertido en queso suizo. Esta vez no. Esta vez, él tiró del cordón del delantal sobre su cabeza y lo envolvió alrededor de mi garganta. Hay que darle puntos por improvisación.

Quiero decir, alguien tiene que hacerlo. Yo estaba demasiado ocupado tratando de mantenerme vivo. Si no me levantaba, estaba seguro de que nunca lo haría de nuevo. Esta vez realmente estaba tratando de matarme. Al menos no tendría que escuchar a mi padre decir que me lo advirtió. O escuchar a mamá contarle a Kuroi historias embarazosas sobre mi infancia.

Curiosamente, fue la idea de que Kuroi estuviera sentada en la sala de estar de mi infancia escuchando a mamá contar historias sobre mí lo que impidió que me rindiera. Creo que había una parte de mí que quería eso.

Antes de este momento, nunca podría haber imaginado a una esposa siendo realmente parte de mi vida. Pero eso era lo que quería. Siempre había sido lo que quería. Nunca me había permitido reconocerlo antes, pero esa era la versión de mi vida por la que valía la pena luchar.

Con un nuevo enfoque, me eché hacia atrás y agarré el cordón del delantal. Tirando de él lo suficiente, pude girarlo para hacerle perder el equilibrio. Con el cordón del delantal aflojándose más, lo acerqué hacia mí, agarré su vestido y lo lancé por encima de mi cabeza.

Girando hacia adelante, no se detuvo hasta que volvió a estar de pie. Pero estaba mirando hacia otro lado. Esta era mi oportunidad. Luchando por tomar aire, salté a su cintura.

La mujer no era una araña, era un gato. Girando al engancharla, medio esperaba sentir un cuchillo seccionar la arteria carótida de mi cuello.

Vivo un segundo más, dejé que mis instintos tomaran el control. Desarmándola, giré y la arrojé al suelo por el hombro. La sorprendió. Fue suficiente para que envolviera mis grandes manos alrededor de su cráneo. Sabiendo que era una cuestión de vida o muerte, lo golpeé contra el suelo.

Eso la aturdió. Rodando sobre ella, envolví mis manos alrededor de su garganta y apreté mi agarre. Podía ver la vida escapándose de ella. Su cara era tan hermosa. Los pómulos agudos, las cejas prominentes, la sedosa tez marrón. ¿Qué estaba haciendo?

Deteniéndome al ver sangre debajo de su nariz, retrocedí sin soltarla. ¿De dónde venía la sangre? Incluso ahora mi deseo de protegerla era fuerte.

“Oh mierda, está saliendo de mí. Y está brotando”.

Parecía que Kuroi no necesitaba estrangularme. Había abierto un corte tan grande en mi cabeza que, dado el tiempo suficiente, me desangraría.

“Maldita loca” dije soltándola y agarrándome mi cráneo.

“¿Cómo lo sabes?” tosió.

“¿Qué?” pregunté confundido, sin saber si me estaba coqueteando o cuestionando mi juicio.

Sin apartar mis ojos de él, me tambaleé hasta ponerme de pie y apliqué presión en mi cabeza mientras esperaba el ascensor. Cuando llegó, retrocedí, miré sus ojos intensos y esperé a que las puertas se cerraran.

Estando a salvo, sabía lo que tenía que hacer. Necesitaba conseguir ayuda y lo necesitaba rápido. Con cada segundo que pasaba, estaría más débil. Y no podía quedarme aquí porque si mi psicópata esposo decidía darme un segundo golpe, no habría nada que pudiera hacer más que morir.

“Señor Ricci, ¿está bien?” preguntó el encargado del vestíbulo mientras pasaba a toda prisa junto a él.

“Estoy bien”.

“¿Necesita que llame a alguien?”

“¡No!” ordené asegurándome de que viera la mirada en mis ojos.

Funcionó. Al menos eso esperaba. Al mirar hacia abajo, vi que mi ropa comenzaba a parecerse a las que usabas para una noche de promo en una película de terror. Tenía que salir de aquí. Necesitaba entrar en mi auto y dirigirme al único lugar donde sabía que estaría a salvo.

Llegando al apartamento de Lorenzo, encontré un lugar en la acera para aparcar y apagué el motor. No te voy a mentir. Probablemente no debí haberlo logrado. Estaba viendo todo doble durante el trayecto y fue un milagro que siguiera eligiendo el auto correcto para ignorarlo.

Saqué mi teléfono, encontré el nombre de Lorenzo y llamé.

“¿Qué pasa, Dante?” preguntó Lorenzo un poco confundido.

“Estoy abajo. Trae tu equipo. Alguien me golpeó”

“Voy ahora” dijo mostrando de nuevo que él era la única persona en la que podía contar.

Sentí que mi visión se desvanecía y me pareció una eternidad hasta que vi a mi hermano y se abrió la puerta de mi auto.

“¡Mierda! ¿Qué pasó?” preguntó agarrando mi cabeza en lugar de esperar una respuesta.

“Me caí” murmuré.

“Claro” se rió. “¿Y cómo va la vida matrimonial?”

“Perfecta” respondí antes de que el ardor del alcohol enviara ondas de choque por mi rostro.

“Alguien realmente te golpeó bien” confirmó. “Recuérdame ir por la cabeza la próxima vez que necesite sacar a alguien. Me sorprende que hayas llegado hasta aquí.

Después de lo que parecieron cinco puntos de sutura, me pasó una bebida de nutricional y una pajita, cerró mi puerta y se subió al asiento del pasajero. Para mí alivio, no me hizo ninguna pregunta. Al menos hasta que había consumido la mitad de mi bebida.

“No planeas volver a casa, ¿verdad?”

“¿Por qué no? Te dije que me caí”.

“¿En qué? ¿En un bate?”

Fue una bandeja de guiso, en realidad. Mi amorosa esposa acababa de prepararme la cena.

Lorenzo me miró sin saber qué creer.

“¿Quieres subir?” preguntó sin saber qué más decir.

“Podría necesitar un minuto antes de volver a casa” le dije avergonzado.

“Baja” dijo antes de cambiar de asiento conmigo y conducir mi auto al estacionamiento subterráneo de su edificio.

Dándome otro segundo antes de que saliéramos del auto, lo vi enviando mensajes de texto a alguien.

“¿Vas a mantener esta mierda entre nosotros, ¿verdad?” dije de una manera que dejaba claro que iba en serio.

“¿Qué estás, loco? Por supuesto” respondió mientras continuaba enviando mensajes de texto.

Lo dejé pasar y, eventualmente, pude ver claramente el tiempo suficiente como para salir del coche y dirigirme al ascensor. Al bajar en su piso, vi a una mujer dirigiéndose hacia nosotros en el pasillo.

Lorenzo iba a tener que manejar esto porque yo no podía. Yo era el que estaba cubierto de sangre. No estaba en posición de amenazar a nadie para que guardara silencio. Para mi sorpresa, Lorenzo no manejó la situación. No había necesidad. La mujer no nos miró a ninguno de los dos. ¿Cómo? Era imposible ignorarme.

Aunque pensándolo bien, ella también era difícil de ignorar. No solo era de mi tipo, era del tipo de todo el mundo y Lorenzo tampoco la miró. Era como si estuviera viendo a alguien que no estaba allí. “Ve a limpiarte. Te traeré algo de ropa” me dijo al entrar en su apartamento.

Con un recordatorio de cuál era la puerta del baño, me dirigí hacia allí y me desplomé sobre el lavabo. Al mirar hacia el espejo, me pregunté cómo todavía estaba vivo. Mi cara estaba cubierta de sangre. Parecía que me había bañado en ella.

¿Cómo coño me metí en esto? ¿Realmente Kuroi quería matarme? No sabía si lo estaba haciendo muy mal o si estaba jugando conmigo.

¿Y qué significaba “¿Cómo lo sabes?”? ¿Cómo sabía que era una loca de mierda? Porque me tiró una cacerola. O, ¿estaba sugiriendo algo sobre lo que pasaría si tuviéramos sexo? ¿Qué tan loco y bueno podría ser coger con ella?

“Tengo esto”, dijo Lorenzo devolviéndome al presente.

Miré la camiseta y los pantalones que tenía en la mano. ¿Estaba bromeando?

“Es lo único que tengo que te quedaría bien”.

Probablemente tenía razón. No sólo era más bajo que mi metro noventa, sino que no tenía mi físico.

“Siéntate. Yo lo haré”, insistió al ver que me agarraba al lavabo con fuerza.

Lentamente enderecé la espalda y me desabroché la camisa. Como tardé demasiado, él tomó el relevo y me bajó la camisa por encima de los hombros.

“¿Qué coño?”, dijo al ver la puntada que le había hecho a Kuroi en el grifo del amor la noche anterior.

Aparté la mirada avergonzada y él no dijo nada más al respecto. En lugar de eso, me empujó hacia el retrete y me hizo sentar en la tapa cerrada.

Que Lorenzo me limpiara me resultaba familiar. De pequeños éramos cinco, pero más bien yo y Matteo, Giovanni y Marco. Giovanni y Marco eran demasiado jóvenes para saberlo, pero Matteo lo aprovechaba. Los tres me tendían emboscadas y Matteo me golpeaba en la cabeza con uno de los juguetes del más pequeño.

Que fuera para niños no significaba que no pudiera sacarme sangre. Cuando no me dejaba inconsciente, Matteo pagaba por ello, por supuesto. Pero cuando chorreaba como esta noche, lo mejor para todos era que me curaran lo antes posible.

Fue entonces cuando intervino Lorenzo. Lorenzo cosió su primera puntada de mariposa cuando tenía diez años. Todos lo considerábamos territorio neutral. Eso le permitió hacerlo bien. Porque si Matteo sacaba sangre, era cuestión de tiempo que le dejara cojo durante un mes. Fue increíble cómo ese chico nunca aprendió la lección. Tiene una cabeza dura hasta el día de hoy.

“Tengo comida china si todavía tienes hambre”, me dijo mientras terminaba.

“Podría comer”, le dije sabiendo que aún no tenía fuerzas para ir a ninguna parte.

Me puse la ropa de Lorenzo y me senté con él a la mesa.

“¿Interrumpí algo?” le pregunté al ver lo ordenadas que estaban las cosas en la mesa.

“¿Qué podrías interrumpir?”

Miré fijamente a la caja negra de mi hermano dándome cuenta de que no iba a dejar nada. Así que me uní a él en la mesa y comí. La comida era justo lo que necesitaba. Comí hasta que no pude moverme.

“Puedes quedarte en la habitación de invitados”.

“No necesito quedarme en tu habitación de invitados”, dije sintiéndome molesto por su sugerencia. ¿Qué se creía, que no podía cuidar de mí mismo?

“Dante”, dijo mirándome con simpatía—, sé por qué lo hiciste. Es encomiable. Estás haciendo más por Matteo de lo que yo haría. Pero, la mujer con la que te casaste está intentando matarte”.

“No es cierto”.

“Llevas casado con ella tres días y te han tenido que coser otras tantas veces”.

“Estuve en el hospital por un accidente de auto”.

“...Cinco minutos después de casarte con la mujer conocida como la Viuda Negra porque

todos con los que está mueren de un ataque al corazón. No puedo recordar, ¿qué causó que te estrellaras contra ese árbol, otra vez?”

Lorenzo estaba siendo un imbécil al respecto, pero no se equivocaba. A menos que fuera un ataque de pánico lo que me hizo chocar contra ese árbol, tenía que aceptar que tenía que ver con el beso de Kuroi. Ya eran tres veces.

Pero, si Kuroi intentaba matarme, ¿por qué no lo había hecho esa primera noche? Tenía un cuchillo. Sabía dónde apuntar. ¿Por qué no había intentado entrar en mi habitación cuando se suponía que estaba dormido y acabar conmigo?

Incluso esta noche. ¿Quién hace un guiso e intenta asesinar a alguien con el plato? Tiene que haber más de lo que está pasando que ella siendo una maníaca desquiciada con un sentido de la moda impecable.

Hablando de eso, ¿por qué estaba vestida así cuando llegué a casa? Parecía una persona completamente diferente. Esa mujer definitivamente estaba haciéndome algo. Si alguna vez dejara de intentar matarme, le haría cosas increíblemente sucias.

“¿Me escuchaste, Dante? No puedes irte a casa. Necesito más tiempo antes de hacerme cargo del negocio familiar. Así que te necesito vivo un poco más”.

Mis ojos se clavaron en él clavándole una mirada de muerte. No estaba bromeando. Tampoco se retractaba de lo que había dicho.

Podía respetar eso. Lorenzo sabía lo que quería y no trataba de ocultarlo. Quería mi trabajo, pero no estaba dispuesto a matarme por ello. Debería tener ese tipo de ambición. Podría trabajar con eso.

No tenía lo que se necesitaba para dirigir la familia. Ni él ni Matteo lo tenían.

Combinando los dos serían una fuerza peligrosa. Pero dirigir una familia requería dejar entrar a la gente. Podría frustrarte como Matteo me frustró a mí. Pero era lo necesario. Lorenzo no podía hacer eso.

Y lo que Matteo necesitaba era algo de la previsión de Lorenzo. Demonios, Matteo sólo necesitaba no actuar según cualquier pensamiento aleatorio que se le pasara por la cabeza. Ni siquiera nuestro padre manejaba el negocio de esa manera y apenas habíamos sobrevivido.

“Eres mi hermano. No me obligues a meterte bajo tierra”, le advertí.

“¿Crees que podrías si lo intentaras?”, preguntó con una sonrisa.

¿Qué quería decir con eso? Claro que podría. ¿Se le daba mejor construir aliados de lo que yo creía?

“No me obligues a intentarlo”, le dije mirándole fijamente a los ojos.

“Puedes dormir en la habitación de invitados”, respondió abandonando la mesa y dirigiéndose a su habitación.

Tuve que vigilar a Lorenzo. Era la última persona de la que esperaba que me traicionara. Pero eso le convertía en el más peligroso.

Sentado un rato más, acabé aceptando la oferta de Lorenzo y me retiré a su habitación de invitados. A pesar del desafío abierto de Lorenzo, esa noche dormí bien. No había dormido nada la noche anterior, así que lo necesitaba. Y cuando llegó la hora de volver a casa a la mañana siguiente, encontré a Kuroi durmiendo en mi cama.

Estaba en silencio, así que no pensé que la había despertado. Eso me permitió mirar a mi nueva esposa, la hermosa mujer en mi cama. Dormía tan pacíficamente bajo mis sábanas. No podía evitar gustarme eso. Al mismo tiempo, ¿por qué no durmió en la habitación de invitados?

Qué increíble sería si yo estuviera en esa cama con ella. Encajaría tan cómodamente entre mis brazos. Podría abrazarla y protegerla del mundo si me lo permitiera. Pero tal vez estaba pensando en esto de manera incorrecta.

No había estado en esta posición antes. Había habido mujeres en mi cama, pero ninguna de ellas tenía permitido pasar la noche. Kuroi parecía pertenecer allí. Pero tal vez estaba proyectando lo

que quería sobre una mujer que estaba esperando para matarme.

Cerrando los ojos y sacudiendo esa idea de mi cabeza, me dirigí al baño y comencé mi día. Bajo la ducha, todo me dolía. Sentía como si estuviera unido por un hilo en este punto. Después de tomarme demasiado tiempo para vestirme, la apertura de la puerta del baño captó mi atención.

Mirando más allá de mi vestidor hasta el baño, nuestras miradas se cruzaron. Kuroi no llevaba más que sus bragas. Por primera vez la veía realmente. Sin atuendos locos ni maquillaje en la cara. Solo sus impresionantes curvas bronceadas y sus hermosos pechos. Mi entrepierna se tensó al verla.

“Déjame ayudarte” dijo en voz suave, avanzando hacia mí.

Rápidamente evalué las armas que podría usar entre donde él estaba y donde estaba yo, así como la localización de mi pistola. Resultó que no necesitaba ninguna de ellas. Lo único que alcanzó fue mi camisa. Sintiendo el calor de su cuerpo envolviéndome, percibí su débil fragancia cuando deslizó la camisa sobre mis hombros.

Una vez hecho eso, me abotonó. No pude notar si había visto las suturas en mi costado. Si lo hizo, no reaccionó. Simplemente metió mi camisa dentro de mis pantalones y buscó una chaqueta en mi armario. Al sacarla, me la entregó.

“No la necesito” le dije, ya que nunca usaba chaqueta para la oficina.

“Te verías bien con ella” replicó, moviéndola frente a mí.

No pude rechazarlo. Mirándolo a esos ojos hipnotizantes, todo lo que pude hacer fue darle lo que quería.

Tomé la chaqueta, metí un brazo en la manga. De nuevo, incapaz de pasarla sobre mis hombros, me ayudó y luego me giró hacia el espejo de cuerpo entero. Parado detrás de mí, nos observó en el reflejo. Al gustarle lo que vio, sonrió.

“¿Mejor?”

“Sí, mejor” respondí, refiriéndome a todo lo que estaba sucediendo.

“¿Quieres que te prepare el desayuno?”

“¿Sabes hacer desayuno?” le pregunté, sorprendido.

“Tengo un teléfono” bromeó.

Reí, pero solo brevemente. No había olvidado cómo había respondido la última vez que me reí de él. Recordando eso, salí de entre sus manos y me dirigí a la puerta.

“Tengo que irme” dije, apurándome a salir.

“¿Te veo esta noche?” dijo, recostándose en el marco de la puerta de mi dormitorio.

A pesar de estar mirándola, desnuda de cintura para arriba, me estremecí.

¿Qué significaba eso? Claro, había sido amable esta mañana, pero no había sido amable él conmigo la mañana de ayer también. ¿Qué parte de mi cuerpo tendría que coser esta noche?

Esto era ridículo. Sus cambios de humor estaban fuera de control. Sí, probablemente no había reaccionado de la mejor manera cuando lo vi anoche. Pero su respuesta había sido exagerada. Si fuera cualquier otra persona, ya estaría muerto.

El problema era que no era cualquier otra persona. Era Kuroi Sato, mi esposa. Eso significaba que no tenía las mismas opciones. Estaba indefenso contra ella. Y si no recuperaba el control antes de que se diera cuenta, estaba en problemas.

Subiéndome al auto, marqué el único número en el que podía confiar.

“Lorenzo, reúnete conmigo en mi oficina en una hora”.

“Estaré allí” aceptó, pareciendo saber de qué iba el asunto.

Mirando hacia la ciudad desde la ventana de mi oficina, Lorenzo entró todo en plan de negocios.

“Tienes razón. Tengo un problema en casa y necesito tu ayuda” admití, por difícil que fuera decirlo.

“¿Quieres que me encargue de ella?”

Solo escucharle decir eso me llenó de furia.

“No vuelvas a decir esas palabras nunca más”.

Lorenzo no se inmutó. En cambio, inclinó la cabeza como un perro curioso.

“¿Entonces por qué me pediste que viniera aquí?”

“Necesito tu mente. Necesito una forma de resolver esto”.

“Así que, ¿quieres que se tome su tiempo para matarte más lentamente?”

“Te dije que no creo que intente matarme”.

Él rió.

“Estoy hablando en serio”.

Frustrado, replicó:

“La besaste y luego inmediatamente estrellaste tu auto contra un árbol. Dame una explicación alternativa para eso”.

Pensé en lo que el médico me dijo sobre haber tenido un ataque de pánico.

“Sentí algo en mi cuello”.

“¿Qué?”

“Sí. Justo antes de desmayarme”.

“¿Qué sentiste?”

“Sentí como si alguien me hubiera disparado, pero toqué el lugar, dejándole verlo”, sin herida.

“¿Qué se siente como un disparo, pero no deja una herida?” Lorenzo reflexionó seriamente.
“¿Alguna vez te han golpeado con una pistola eléctrica?”

“No. ¿Qué se siente?” pregunté intrigado.

“Como si te hubieran disparado”.

“Pero estaba conduciendo cuando lo sentí”.

“¿Qué tan rápido ibas?”

“¿Viste el accidente? Bastante rápido”.

Lorenzo asintió, considerándolo.

“Hay otras cosas”.

“¿Como cuáles?”

“Como lo que utilizas para derribar un oso”.

“Como una pistola de dardos tranquilizantes”.

“Posiblemente. Aunque haría falta un tiro del infierno”.

“¿A quién conocemos que podría hacer un disparo como ese?”

Tan pronto como lo pregunté, Lorenzo y yo pensamos en la misma persona. Podía decírselo por la forma en que me miró. Matteo tomaba muchas decisiones impulsivas. Pero dale tiempo y un rifle de francotirador, y lo único que existía era lo que tenía en su mira. A través de una ventana abierta viajando a 60 kilómetros por hora, el único que podría hacer ese tiro era mi hermano.

“Podemos averiguarlo más tarde” dije, no queriendo decir lo que ambos estábamos pensando.

“Sí” acordó.

“Entonces, si Kuroi no está tratando de matarme, ¿cómo evito que me mate?”

“Recoge información, evalúa la situación y elabora un plan” sugirió.

“Correcto. ¿Quién tendría información sobre Kuroi? Todos los que mejor lo conocían están muertos”.

“No todos” sugirió Lorenzo, diciéndome lo que tenía que hacer a continuación.

Vigilar a Yuki Sato no era algo que la familia Ricci solía hacer. Sabíamos de ella. Teníamos una idea general de cómo pasaba su día. Pero considerando que no era la heredera aparente de Sato, no era una prioridad.

Habiendo dicho eso, sabíamos dónde encontrarla cualquier día si teníamos que hacerlo. Y

ahora tenía que hacerlo. Al ser jueves, probablemente estaría en el mercado de flores. Eso hacía las cosas simples. Porque los dos necesitábamos mantener una conversación sobre su hermano, y yo sabía cómo encontrarla.

Me senté en una cafetería frente a su puesto de flores favorito, sostuve un periódico y mantuve la vista. Mi información me dijo que compraba camelias en invierno y lirios en verano. Todavía era temporada de lirios y los elegiría en color blanco.

Como un reloj, apareció. Incluso sin la vestimenta tradicional que usaba para eventos sociales, era difícil no notarla. Perfectamente vestida con un vestido veraniego sin mangas, se movía con la elegancia que una vez imaginé que traería honor a la familia Ricci. En su lugar, terminé con Kuroi. Claro, era atractiva como el infierno. Pero era más probable que nos metiera en una guerra que Matteo.

Rápidamente doblando mi periódico y cruzando la calle, me acerqué a Yuki.

“Yuki, ¿puedo hablar contigo un momento?”

En lugar de sorprenderse, Yuki ni siquiera levantó la mirada.

“Señor Ricci, es un placer verle”.

“El placer es mío también. Escucha, me preguntaba si podría hablar contigo sobre Kuroi”.

Fue entonces cuando se dio la vuelta y me miró.

“Sería inapropiado involucrarme en el matrimonio de mi hermana”.

“Cierto. Por supuesto. Apropiado. Sí, al diablo con eso. Necesito tu ayuda o, o bien yo o tu hermana o yo, acabaremos muertos. Y, puedes estar segura de que, si algo me pasa, todos en tu familia serán los siguientes”.

“Entonces, ¿me estás diciendo que no tengo más remedio que hablar contigo?” preguntó calmadamente.

“Lo que estoy diciendo es que tenemos que hablar”.

Yuki volvió a sus compras.

“Quizás mi honorable cuñado quiera acompañarme a tomar té una vez que termine de comprar”.

No me gustaba que me reprogramaran.

“¿Dónde?”

“Hay una tetería a dos manzanas de aquí. ¿Conoces la zona?”

Sabía a cuál se refería. Era donde siempre iba después de comprar lirios blancos.

“Sé de qué sitio estás hablando”.

“Entonces te veré allí” me despidió y se dedicó a lo suyo.

Debo admitir que nuestra interacción no salió como planeé. Todo lo que personalmente sabía sobre ella me hacía pensar que inclinaría la cabeza y apartaría la mirada todo el tiempo. Tenía más fortaleza de la que hubiera imaginado.

Dejándola con sus cosas, me dirigí a la tetería y encontré una mesa. No se apresuró a unirse a mí. Le tomó 45 minutos llegar y para entonces, estaba un poco enfadado. Solo podía estar quieto un tiempo con las suturas empujándome a picar.

“Señor Ricci” dijo con una reverente inclinación.

Todo en ella era cortesía. Todo excepto sus acciones.

“Ahora eres mi hermana”. Puedes llamarme Dante.

“Muy bien, Dante”.

Se mantuvo de pie hasta que me levanté y le aparté la silla. Luego se sentó serenamente, observándome hasta que llamé al camarero y la dejé pedir. No era lo que esperaba.

“Entonces, sobre tu hermana, ¿cuál es su historia?”

“Tendrás que ser más específico” dijo sin apartar sus ojos de mí.

“¿Tu padre lo envió a matarme o qué?”

“Eso es algo que tendrás que hablar con Kuroi o con mi padre”.

“Claro” dije sin saber qué debía preguntar. “Vale, escucha. Conoces a tu hermana.

“Estoy familiarizada con ella”.

“Y conoces su reputación”.

“No estoy segura de a cuál reputación te refieres”.

“Hablo de la de la Viuda Negra”.

Yuki se inquietó incómoda.

“Sabes, esa es la que todos sus amantes terminan muertos”.

Ella me miró sin responder.

“En fin, sabes a qué me refiero. Pero también sabes que cualquier cosa con la que se haya salido con la suya en el pasado, no podrá conmigo”.

“Si ese es el caso, ¿entonces qué haces aquí?”

La miré de vuelta con una sonrisa, liberando mi ira creciente con una risa suave.

“Mira, a pesar de que me, ¿cómo decirlo? Me sorprendió nuestra boda, quiero hacer que funcione. Al menos, no quiero tener que matarla y no quiero despertarme en medio de la noche con un cuchillo en mi garganta”.

“O no despertar en absoluto” añadió.

“Cierto. Así que, cualquier cosa que puedas decirme sobre cómo manejarla o cuál es su historia, te lo agradecería”.

Yuki no dijo nada durante un tiempo. Conocía esta técnica de negociación. Quien hablara a continuación perdía. Eso no iba a ser yo. Pero sintiendo la presión, podría haberlo sido.

“¿Estás familiarizado con el periodo Edo en Japón, señor Ricci?”

Reí. “No, me debí perder ese día en clase de historia. Y llámame Dante”.

“Bueno, Dante. El periodo Edo ha sido popularizado por la fascinación estadounidense con los samuráis”.

“Oh, vale. Sí. Esa es la época de los samuráis y los ninjas y esas cosas. ¿Qué pasa con eso?”

“Se esperaba que los samuráis mantuvieran su honor por encima de todo. Y visitar un burdel se consideraba por debajo de ellos. Sin embargo, lo que se consideraba un símbolo de estatus era tomar una oiran”.

“¿Qué es un oiran?”

“Una oiran era una chica que era entrenada en todos los aspectos del entretenimiento masculino. Una vez entrenada, se le otorgaba a un hombre poderoso como compañera”.

“Entiendo” dije sin estar seguro de dónde iba esto. “¿esto cómo tiene que ver con Kuroi?”

“Nuestro padre dispuso que Kuroi fuera una de esas oiran”.

Me incliné tratando de entender lo que Yuki decía.

“¿Sato hizo de Kuroi uno de estos, ¿cómo lo llamas?”

“Oiran”.

“¿Y en qué consistía ser una oiran?”

Solo entonces los ojos de Yuki se desviaron.

“¿Qué? ¿Tu propio padre hizo de su hija una prostituta?”

“¿No es eso lo que soy yo para ti? ¿No habría sido lo mismo si Kuroi no hubiera tenido el honor de casarse contigo?”

“Me quedé helado”. Diferente por completo. Aunque me haya engañado, estamos casados. Esto no es de ningún modo alguna jodida situación de propiedad.

Yuki sorbió su té.

“Una rosa por otro nombre”.

“Vale, bueno, aquí esas cosas no funcionan. Si Kuroi no quiere estar conmigo, puede buscar sus cosas e irse. Nada lo detiene”.

“Y, sin embargo, se queda” señaló.

“Cierto. Ella se queda” al oír mis propias palabras, lo consideré.

¿Por qué se quedaba? ¿Quién era yo para ella? Había escuchado lo que Yuki había explicado, pero esto del oír no podía ser lo que pensaba que era. Ni siquiera Sato podría hacerle eso a su propia hija. Yuki tenía que haberse equivocado. Claramente tiene algunas ideas retorcidas sobre el matrimonio.

Aunque, ¿qué diría sobre Kuroi si fuera cierto?

No, no lo creeré. Yuki no sabía de lo que hablaba. Solo necesitaba concentrarme en el por qué estaba aquí.

“¿Cómo hago para que Kuroi no me mate?” pregunté claramente.

Yuki tomó más sorbos, permitiendo que el silencio se prolongara. Estaba empezando a creer que había terminado de hablar cuando finalmente intervino.

“Kuroi siempre ha respondido a una mano firme”.

“¿Una mano firme?”

“Kuroi debe saber cuál es su lugar”.

“¿Su lugar?”

“Mi no hodo wo shiru. ¿Sabes qué significa eso?”

¿Cómo carajos voy a saberlo?

Significa, conocer tu lugar es conocerte a ti mismo. Kuroi no conoce todavía su lugar en este mundo. Quizás, con una mano fuerte, como la tuya, lo haría.

¿Qué diablos significaba eso? ¿Una mano fuerte como la mía? Si se refería a lo que pensaba, podría ser una de las cosas más retorcidas que jamás hubiera oído.

Si no fuera por la mirada en los ojos de Kuroi cuando tenía mis manos alrededor de su cuello, habría descartado la idea. ¿Disfrutó cuando lo apreté más fuerte? ¿Podría ella tener razón? ¿Eso es lo que estaba buscando Kuroi?

No sería la idea más loca, dada que sus caricias requerían suturas. Pero ¿qué significaba exactamente “una mano firme”?

Conocer tu lugar es conocerte a ti mismo. Deja que los japoneses tengan una frase para eso. Al mismo tiempo, esa era la vida en una familia como la mía. Solo funcionábamos como una unidad eficiente cuando todos conocían y aceptaban su papel en ella.

¿Me había distraído tanto por el hecho de que Kuroi era un hombre que había descuidado mi deber como el cabeza de nuestra nueva familia? ¿Fallé en establecer las reglas básicas que le indicarían quién era para mí? ¿Había sido porque yo no lo sabía?

No había sido mi elección casarme con Kuroi. Nunca me había imaginado con una mujer como ella. Pero ahora la tenía y era la mujer más increíblemente atractiva del planeta. Así que, lo que Kuroi era para mí, era mía. Ella era mía.

Si alguien pensaba que podía tenerla, o incluso mirarla de forma extraña, le arrancaría la cabeza. Alguien la tocaba y le arrancaría la mano. Estaba bajo mi protección desde ahora hasta el día que muriera. Y si alguien no lo reconocía, incluyendo a Kuroi, entonces tendría un despertar rudo.

Yuki no dijo nada más durante el resto de nuestro tiempo juntos. Cuando terminó su té, simplemente se levantó, se inclinó y se marchó. Yo fui el que permaneció, sin saber qué hacer a continuación.

Sabía lo que quería hacer. Quería correr a casa, agarrar a mi esposa caliente y follarla sin parar. Todavía no estábamos allí, sin embargo. Podríamos nunca estarlo. Pero donde estábamos era al final de mi cuerda. Esta noche, algo iba a romperse.

Capítulo 7

Kuroi

Bueno, eso no funcionó. Pensé que podía ser la esposa perfecta, la mujer japonesa ideal. Pensé que podía ser como mi hermana. Y todo lo que sigo haciendo es limpiar la sangre de mi marido del suelo.

En fin. Supongo que algunas chicas no están hechas para la vida matrimonial. Supongo que eso significa que moriré solo. ¿Quién lo habría visto venir? Supongo que todo el mundo. ¡Odio cuando la gente tiene razón sobre mí!

Entonces, ¿qué salió mal? Tantas cosas, pero comencemos por el principio. Cuando llegó a casa por primera vez y me encontró aquí, me miró raro y lo apuñalé. Razón suficiente.

Luego, después de esclavizarme frente al espejo preparándome, tenía la cena lista para él cuando llegó a casa, y se rió de mí. En ese caso, ¿no estaba pidiendo a gritos morir? Si hay una polilla y una llama, ¿qué puedo hacer al respecto?

Al mismo tiempo, no puedo evitar pensar que tengo alguna responsabilidad en lo que ha pasado, de alguna manera. Suena absurdo considerando el esfuerzo que he hecho. Realmente, he ido más allá. Pero, aun así, todos aquellos con quienes he sentido algo han muerto. En algún momento una chica tiene que preguntarse: “¿Soy yo?”

Por imposible que parezca, tal vez lo sea. Ciertamente nunca he hecho nada malo. Si algo extracurricular sucedió alguna vez con un amante, fue como una polilla que se acerca a la llama, igual que Dante. Sin embargo, no puedo evitar pensar que de alguna manera podría haber jugado un papel.

De todas formas, lo pasado, pasado está. Hay que dejar el pasado atrás. Lo único de lo que debo preocuparme ahora es qué cocinaré para mi marido esta noche. Nunca dijo qué pensaba del guiso. Tal vez fue demasiado Midwest Americana para él. Dante era italiano. Quizás hoy prepararé espagueti.

Rebuscando en mi baúl que seguía en el salón, encontré el vestido perfecto. Muy de los años 50, campo italiano. Requeriría el maquillaje perfecto para llevarlo. Las cejas sobre la cara blanca tenían que gritar portobello.

Después de pasar la mayor parte del día diseñando mi atuendo, pasé otra hora remojándome en la bañera de hidromasaje del baño principal. Todo el estrés del día se desvaneció. Refrescada, me dirigí a la mesa de maquillaje que había instalado en el baño de invitados y me puse manos a la obra. Cuando terminé, tuve que preguntarme cómo se me había pasado el día. Apenas tuve tiempo de pedir la comida antes de que Dante llegara a casa.

Ayer me había hecho esperar toda la noche. Tal vez eso ayudó a inspirar mi reacción completamente razonable. ¿Ni un mensaje de texto ni una llamada para decir: “Cariño, ¿voy a llegar tarde?” ¿Cuánto tiempo esperaba que me quedara allí? Llevaba tacones.

Pero, eso era lo que hacían las esposas, ¿no? Esperar de pie, obedientemente, a que llegaran sus maridos. Yo hice mi parte. Esperaba que él hiciera la suya.

Cuando llegó la comida, encontré el bol de espagueti de mi esposo y serví. Preparando la mesa, esperé que dieran las seis, luego me puse los zapatos. Para hacer juego con el estilo campestre, elegí sandalias planas.

Tomando mi posición en el borde de la barra dentro del diseño de planta abierta, tendría una vista clara del ascensor. Cuando el ascensor sonara, tomaría el bol y comenzaría la actuación.

Para mi sorpresa, no tuve que esperar mucho. En menos de cinco minutos de estar allí, lo escuché. Mi marido había llegado a casa. Agarrando el bol y presentándolo delante de mí, sonreí.

Había algo diferente en Dante al entrar esta vez. Sus ojos eran de acero. Escanearon la habitación buscándome. Cuando fui encontrada, se acercó a mí como un león al acecho. Casi me mojo las bragas.

Parado frente a mí, juzgó lo que veía. Mi maquillaje era perfecto. No había un hilo fuera de lugar. No había nada que hubiera hecho mal.

“No” proclamó con autoridad.

“¿Perdona?” pregunté confundida por la palabra.

“He dicho que no”.

No sabía cómo responder. No estaba segura de lo que estaba pasando. ¿Trataba de decirme qué debía hacer?

“Ve al baño y lávate la cara” ordenó.

¿Qué? ¿Era él el loco? Me había pasado todo el día maquillándome. Estaba decidiendo con qué lo iba a herir cuando lo repitió.

“He dicho, ve al baño y lávate la cara” esta vez enfatizando cada palabra.

“No” respondí sin saber qué haría cualquiera de los dos a continuación.

Dante inclinó la cabeza, sorprendido. Claramente era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería. Pero iba a tener que aprender que yo no era uno de sus hombres obedientes. Más aún, estaba arruinando nuestro momento.

Ignorando todo eso, se paseó lentamente frente a mí, sin dejar de mirarme. Si no lo supiera mejor, pensaría que estaba decidiendo si comerme o no.

“Te he dejado salirte con la tuya con algunas locuras desde que estás aquí...”

“¿Me has dejado...?”

“¡Estoy hablando!” exigió.

Me detuve, ya me habían hablado así antes, pero en un contexto totalmente distinto. Cuando quedó claro que no volvería a interrumpirle, continuó.

“Te he dejado salirte con la tuya con algunas locuras desde que estás aquí, pero ya basta. A partir de ahora, harás lo que yo te diga y nada más. ¿Me entiendes?”

Estaba... confundida. Al escucharlo hablar, una oleada de calor recorrió mi cuerpo. Fue un subidón.

“¿Y si no lo hago?” desafié.

Me miró sin pestañear.

“Entonces serás castigada”.

Mi respiración se cortó. Mi corazón se aceleró.

“Me gustaría verte intentarlo”.

Dante dio un paso atrás conteniendo su ira. Miedo y excitación luchaban en mi interior. Enderezando la espalda, se colocó a unos centímetros de mí y del bol de espaguetis. Pude sentir su calor. Era embriagador.

“Kuroi” comenzó con una voz grave, “ve al baño y lávate la cara”.

Me temblaban las manos, apenas pude contenerme. Tuve que abrir la boca para respirar. Sujetando el bol, preparándome para defenderme, inhalé profundamente y susurré: “No”.

No respondió, pero la ira pulsaba en él. Cuando se movió, me di cuenta de que no me había preparado para su ataque. Retrocediendo por el impacto, nunca llegó. En su lugar, se dirigió a la cocina dándome la espalda.

Observándolo, tomó una cuchara de madera del cajón de los utensilios y apartó la silla en la cabecera de la mesa del comedor. Sentándose, me miró a los ojos.

“Ven aquí”.

Abrí la boca para protestar. Me interrumpió.

“¡Ahora!”

¿Qué podía hacer? Lo escuché. Tenía que acercarme a él. Así que, dejando el bol en la barra, fui hacia él. De pie a sus pies, temblaba como un colegial.

“Arrodíllate. Sobre mi rodilla”.

Oh, Dios mío. Mi corazón latía con fuerza. Mi cabeza daba vueltas. Luché para resistirme,

pero no pude. Bajando sobre mis rodillas, me incliné con el estómago sobre sus piernas.

Cuando el primer golpe cayó, mi piel se volvió eléctrica. Mi cuerpo se estremeció. Después de que la ola de choque atravesara mi cuerpo, un escozor se extendió por mi trasero que me dejó sin aliento.

El segundo fue más intenso. El tercero me hizo gemir.

“Ahh”, gemí, sabiendo que no se había contenido. Su poder me había debilitado. Así que cuando me ordenó levantarme, no estaba seguro de poder hacerlo.

Tragando saliva mientras el calor se extendía alrededor de mi cuello, me estremecí mientras el escozor de sus golpes se extendía. Luchando hasta ponerme de pie, lo único que pude hacer fue mirarlo. Su ira había desaparecido, pero no se reflejaba en su cara.

“Ahora, ve al baño y lávate la cara. Cuando termines, nos sentaremos y disfrutaremos de la comida que has preparado”.

Sin decir palabra, hice lo que me había ordenado. No quería lavar las horas de trabajo que había hecho, pero me sentí obligado a hacer lo que él decía. Era como si no pudiera detenerme. O tal vez era que no quería detenerme.

Mirándome en el espejo de maquillaje, respiré hondo y agarré una toalla. Despojándome de las capas lentamente, lo que se reveló debajo era quemado y feo. Aparté la mirada. Había hecho lo que él había ordenado. Todo lo que quedaba era volver a él.

Recordando la fuerza en su voz, respiré profundamente e hice lo que me había dicho. Saliendo del baño, entré en la sala de estar. Sin poder levantar la mirada, me acerqué a la mesa del comedor encontrándolo sentado. Tomé el bol de espaguetis, lo coloqué sobre la mesa y me senté a su lado.

Todavía sin poder mirarlo a los ojos, sentí que él servía la comida. Cuando terminó, supe que era mi turno, pero no podía moverme. No podía mirarlo. No podía levantarme. Todo lo que podía hacer era sentarme allí tímidamente. Esto no era yo. Sin embargo, aquí estaba.

“Kuroi” dijo Dante llamando mi atención.

Me volví hacia él sin mirarlo directamente.

“Mírame” dijo suavemente. Cuando no lo hice, lo repitió con autoridad. “¡Mírame!”

Lo hice. Sus ojos eran diferentes. Más suaves, tal vez. Quizás amables.

“No quiero que pienses que no me gustan tu maquillaje y tus vestidos. Créeme, lo hacen. Te ves hermoso”.

“No lo hago” admití, incapaz de sostener su mirada.

Inclinado sobre la mesa, tomó mi barbilla entre sus dedos. Su toque envió escalofríos de placer a través de mí. Levantando mi barbilla, me establecí en sus ojos.

“Te dije que me creyeras. Lo haces”.

“Entonces, ¿por qué?”

Dante soltó mi barbilla y esta vez fue él quien apartó la mirada. Escudriñando su plato, pasó un momento antes de volver a mirarme, vulnerablemente.

“Porque llevamos casados tres días y apenas sé cómo es mi esposa. Me gustaría conocerla”.

“Te decepcionarás” admití.

“Déjame ser el juez. ¿Lo harás?”

No respondí. Él lo tomó como un sí.

“Bien. Y para que lo sepas, hasta ahora me gusta lo que veo” dijo con una sonrisa.

Sonrió. Mi marido me sonrió. ¿Por qué? ¿Qué significaba? Todo lo que sabía era que me gustaba. No debería, considerando que claramente era un mal juez de carácter. Pero era... dulce.

“Ahora” dijo Dante relajándose, “¿te unirás a mí para esta excelente comida que has preparado?”

Estaba pensando en decirle que la había comprado, pero ¿para qué arruinar el momento? Sirviendo un poco en mi plato, me puse a comer dándome cuenta de que no había pensado las cosas

hasta el final. Odiaba el espagueti. Siempre lo había hecho. Así que mientras lo comía, consideré si el verme obligada a comer algo que no me gustaba también era culpa mía.

Nuestra comida continuó en silencio y terminó en calma. Limpiando la mesa como una diosa doméstica, regresé a mi asiento sabiendo que nuestra primera verdadera conversación aún no había terminado.

“Tus cosas aún están en la sala de estar” dijo finalmente mirando mis baúles.

“No sabía dónde ponerlas” admití sintiendo el pinchazo de la vergüenza.

“Ya veo” respondió pensando por un momento. “Puedes mudarte al cuarto de invitados. Puedes acomodarte y considerarlo tuyo”.

“No” dije sin pensarlo un segundo.

“¿No?”

“No” repetí como un hecho.

“¿Por qué no?”

“Porque soy tu esposa. Como tu esposa, compartiré tu cama”.

“¡No!” respondió cortante. Fue lo suficientemente duro como para hacerme pensar que conduciría a otra pelea. Pero en su lugar, su mirada descendió. “Mira, tienes que entender que todo esto es nuevo para mí. No planeé casarme contigo”.

“Pensaste que sería Yuki” dije declarando lo obvio.

Su cabeza se movió sin responder.

“No importa lo que pensara. Simplemente no esperaba esto. No estoy diciendo que no sea bueno o que no me acostumbraré a ello. Solo necesito un momento.

“Entiendo. Puedes tomarte tu momento” pausé. “Momento acabado”.

Dante me miró y se rió.

“Tienes tus reglas. Yo tengo las mías. Si voy a estar casada, para lo cual, como tú, no tuve opción, compartiré la cama de mi marido”.

“¿No querías hacer esto?” Dante dijo derretido un poco.

“¿Quería casarme con un completo desconocido y tener sus hijos?”

“Puede que haya algo que Sato no te haya contado sobre las cigüeñas” bromeó.

“La respuesta es no, no quería esto. Fui engañado para ello igual que tú”.

Dante me miró decepcionado. Me sorprendió.

“Entonces, ¿qué hacemos al respecto?” preguntó. Dejé que la pregunta flotara en el aire.

“Nos comprometemos” sugerí.

Dante me miró intrigado.

“¿Cómo es eso?”

“Cumplimos con nuestras obligaciones para con nuestra familia y nuestro matrimonio” dije con una pizca de sonrisa.

“¿Y dónde está el compromiso?” preguntó divertido.

“¿No lo ves?” bromeé.

Dante se rió. Era una buena risa. Me llenó de calidez.

“No lo veo”.

“Bien. El compromiso es que, mientras te acostumbras a esto, solo pasaré unas pocas noches a la semana en tu cama”.

“Una noche”.

“Siete” repliqué.

Dante rió de nuevo.

“Tres”.

“Cuatro” comprometí.

Me miró con una sonrisa traviesa. Se sintió bien.

“Está bien, cuatro. Pero mi regla se mantiene. Debes hacer lo que te diga cuando te lo diga”.

Me ofendí. “¿O qué?”

“O serás castigada de nuevo”.

Su sugerencia envió una oleada a través de mí que me mareó.

“¿Me estás amenazando con un buen rato?”

“Estoy hablando en serio”.

“Yo también” confirmé.

Ambos nos miramos. Estaba comenzando a ver algo emerger en él. Me excitaba. ¿Iba a castigándome regularmente?

“Si no sigues mis reglas, te castigaré” confirmó sugestivamente.

“¿Y qué pasa si sigo tus reglas?”

“Te castigaré más” respondió con una sonrisa traviesa.

La carne entre mis piernas palpitaba. Con el escozor persistente de su golpiza desvaneciéndose, quería más. Para mi gran sorpresa, me contuve. ¿Quién sabía que era capaz? Pero incluso yo podía ver que estábamos en una negociación delicada. Y quedaba un tema por discutir.

“Entonces, ¿dónde debería poner mis cosas?”

Dante pensó en ello.

“¿Y, si dijera la habitación de invitados?”

“Yo volvería a decir no” dije con una sonrisa.

“Muy bien. Puedes ponerlo en mi habitación”.

“Nuestra habitación” corregí.

“Veremos”.

“Veremos. Y ¿te dije que nuestro dormir juntos empieza esta noche?”

No podía decir si era pánico o placer lo que se apoderó de Dante.

“¿Solo dices la misma cama, ¿verdad? ¿Eso es todo?” confirmó.

“Veremos” dije con una sonrisa.

“¡Kuroi!”

“Está bien. Espero no hacer nada que te haga castigarme” bromeé.

“He cometido un error, ¿verdad?” rió.

“No desde donde estoy sentada” dije viendo realmente a mi marido por primera vez.

No era el hombre que pensé que era. Esperaba un bruto. Era lo que esperaba de todos los hombres. Él era diferente. No podía precisar qué, pero lo era.

“¿Por qué no te preparas para dormir? Estaré allí en un segundo” le dije.

“Toma tu tiempo. Necesito ducharme”.

Asentí. “Dime si necesitas ayuda allí” dije con una sonrisa.

Me miró acusador.

“Desvistiéndote” expliqué.

Su sospecha se profundizó.

“¡Por tus puntos!”

“Cierto. Mis puntos” repitió dudando.

No estaba equivocado.

Esperé un tiempo respetable, finalmente me dirigí a su habitación. Al entrar, encontré la puerta del baño abierta. Acercándome y apoyándome en el marco de la puerta, lo encontré sin camisa con unos monos. Una vez vi su bulto, fue todo lo que pude mirar. Mi pulso se aceleró imaginando su bulto empujándome.

“¿Vas a dormir con eso?” preguntó haciéndome volver.

Miré mi vestido. Una parte de mí se sintió tonta por llevarlo. Era como si estuviera caminando fuera del escenario con mi disfraz puesto.

“No. ¿Puedes ayudarme con la cremallera?”

“Sí” dijo acercándose lentamente a mí.

Cuando sentí el calor de su ducha envolviéndome, lo inhalé y le di la espalda. Esperando su toque, cuando llegó, envió escalofríos a través de mi cuerpo.

Con el dorso de sus dedos tocando mi cuello mientras agarraba la parte superior de mi vestido, me desabrochó lentamente. Cuando terminó, el dorso de su mano rozó mi trasero. ¿Fue intencional?

Cuando sentí calor en mis mejillas, me di la vuelta dejando apenas espacio entre nosotros. No se movió. Tampoco yo. Bajando las mangas sobre mis hombros, dejé caer el vestido.

Todavía a unos centímetros de él, lo miré a los ojos y sutilmente le mostré mi cuello. Quería que lo deseara. No se movió. Entonces, cuando salí de mi vestido luciendo solo mis braguitas rosas de encaje, tuvo una buena vista.

“¿Estás listo para la cama?” pregunté girando para que pudiera ver mi redondo trasero.

“Me haces dudar de todo” respondió.

“No tienes que estar inseguro sobre mí” le dije antes de meterme en la cama y acomodarme en una almohada mirándolo a los ojos.

Habiendo terminado mi espectáculo, lo observé mientras salía del baño. No hizo ningún gran gesto. No tenía que hacerlo. Su bulto aumentado lo decía todo, y verlo me hizo estremecer.

Sentándose en su lado de la cama, alcanzó la luz y luego se metió. Durante un momento, estuvo oscuro. Lo sentí junto a mí. Mirando el techo, me pregunté qué debería hacer a continuación. Quería probarlo. Quería sentir su gruesa verga.

Pero, ¿no era esta su prueba para mí? Me había pedido que no sucediera nada entre nosotros. Al menos, no esta noche. Podía hacerlo. Quiero decir, más o menos podría hacerlo.

Pero todo en mí gritaba que me diera la vuelta, metiera su gruesa verga en mi boca y la empujara hasta el fondo de mi garganta. No iba a hacerlo. No esta noche. Me matarían por tenerlo tan cerca, pero demostraría que podía confiar en mí.

Obviamente, solo podía confiar en mí hasta cierto punto, porque no podía hacer nada con él a mi lado. Oliendo su ligero almizcle sobre las sábanas y la almohada, estaba tan duro como podría estarlo. Necesitaba al menos tocarlo. Así que, haciendo un espectáculo de ello para hacerle saber que venía, me giré sobre mi lado, deslicé mi brazo alrededor de él sobre su pecho y lo abracé.

Mis caderas se presionaron contra él, mi cuerpo encajando en sus contornos. Se acomodó perfectamente en la cavidad de su forma. Por esta noche, tendría que ser suficiente. Al presionar mi pecho contra su espalda, descansé mi mejilla sobre su hombro. Era tan agradable que lo roté. Era todo lo que podía hacer para impedir romper por completo su confianza.

Eso no duró, pero no porque me rindiera. Después de unos pocos minutos, Dante me sacudió mientras intentaba darse la vuelta. Me aparté decepcionado hasta que continuó rodando para convertirse en el cucharón grande.

Sus grandes manos se extendieron sobre mi pecho aferrándose a mi seno. Su bulto duro se presionó contra mi trasero. Y su cálido aliento fluía sobre mi cuello, relajándome más que nunca en mi vida.

¿Era esto lo que se sentía estar seguro? Pensando en ello, lentamente me quedé dormida.

Capítulo 8

Dante

Despertando con mis brazos alrededor de la mujer más bella que he visto jamás, solo podía pensar: “¿Qué demonios estoy haciendo?”. Este no era yo. Sí, había estado con muchas mujeres. Pero no me despertaba con ellas en mis brazos.

En su mayoría, todas sabían las reglas cuando venían a mi casa. Era una solución rápida y fuera de la puerta. No había sentimientos involucrados. Simplemente satisfacíamos un deseo. Estaban allí para llevarse lo suficiente de lo que ambos necesitábamos hasta la próxima vez.

Sin embargo, aquí estaba sosteniendo a Kuroi, sin querer soltarla. Tenía que soltarla. No podía perderme en lo que fuera que estaba ocurriendo aquí. Tenía un trabajo que requería mi enfoque. Quitaba la vista por un momento y es cuando terminas muerto.

Aun así, la mujer con la que estaba esta vez era mi esposa. Hasta que la muerte nos separe. Esto era todo. No iba a ir a ninguna parte. Tenía que idear una nueva vida que la incluyera a ella.

¿Incluiría esa nueva vida regularmente doblarla sobre mis rodillas para darle una palmadita en el culo? Dios, eso esperaba. Nunca había estado tan excitado en mi vida. No sé por qué. No puedo explicarlo. Pero escucharla reaccionar a cada golpe me hacía sentir que lo que estaba sucediendo era real.

En un mundo donde todos mienten y te dicen lo que creen que quieres escuchar, no hay nada en lo que puedas creer. Pero el dolor es real. El cuerpo tiene sus límites. Supera un umbral y nadie puede fingirlo.

Con sus vestimentas y comentarios locos, no puedo decir qué es real con Kuroi. Pero cuando la azoté y ella chilló, supe que la había encontrado. Al tenerla, habría podido desnudarla y follarla ahí mismo.

Probablemente por eso accedí a dejar que se mudara a mi habitación. Habría aceptado cualquier cosa con ella mirándome así. Pero no puedo dejarme debilitar de esa manera frente a ella.

Su maldito cuerpo era una droga. Necesito más. Incluso ahora, me cuesta todo para no empujar mi verga palpitante contra su culo, pidiendo que me deje entrar.

Sentir sus curvas en mis brazos. El ligero aroma a cítricos en su cabello. Era un afrodisíaco ambulante. Tenía que mantenerla a una distancia segura. Pierdo el enfoque por un segundo, ¿y quién llegaré a ser?

Estaba dispuesto a quedarme allí toda la mañana deseando algo de él que no podía tener. Entonces se revolvió y se acercó a mí. Ya la sostenía, solo una cosa había cambiado. Su firme trasero ahora estaba presionado contra mi verga dura.

Me congelé deseándola y sabiendo que no podía tenerla. Así que cuando movió su trasero invitándome, la solté y salté de la cama.

“¿A dónde vas?” preguntó con una voz ronca de mañana.

“Tengo que alistarme para el trabajo” dije, dirigiéndome al baño sin mirar atrás.

“Quiero ir contigo” dijo dulcemente.

Me detuve y la miré. Era la primera vez que me pedía algo de forma tan amable. Demonios, ¿cómo se supone que debía negarme, especialmente con sus grandes ojos bellos mirándome así?

“No creo que sea una buena idea” dije sin ganas de pelea.

“¿Es porque te avergüenzas de estar casado conmigo? ¿Crees que te avergonzaría?”

Me puse a la defensiva.

“No me avergüenzo de ti. No me importa lo que diga la gente al respecto. Eres mi esposa y cualquiera que tenga un problema con eso se encontrará mi puño en su garganta”.

“Entonces, ¿por qué no puedo ir?”

“Es solo que...”

“¿Es por la forma en que me visto? Sé cómo ser profesional”.

“No es por lo que llevas puesto”.

Era un poco por lo que llevaba puesto, o al menos por la forma en que se presentaba. No me malinterpretes, me encantaba su loco maquillaje y sus vestimentas. Ni siquiera sabía que era algo que podría gustarme hasta que la conocí.

Pero no estaba seguro de cómo se tomaría su estilo en mi familia. Sus elecciones de moda eran salvajes y nada... como las chicas que Pa consideraba aceptables. Y teniendo en cuenta que, si Matteo había intentado matarme, sería por orden de nuestro padre, no quería empeorar las cosas.

“Entonces, ¿por qué no puedo ir?”

“No dije que no pudieras. Solo que no creo que sea una buena idea en este momento” le dije antes de retirarme al baño y cerrar la puerta. “Además, ¿no tienes que pasar el día desempacando tus cosas?” grité mientras miraba al mentiroso en el espejo.

“No tengo tantas cosas”.

“Aun así, tal vez aún no sea buena idea”.

Y así fue como lo dejamos ambos. Vistiéndome y pasando a su lado mientras ella me miraba desde la cama, no me lo volvió a preguntar. Y cuando grité que me iba a trabajar y que la vería esa noche, habíamos resuelto nuestro primer desacuerdo. Quizás estar casado con ella no sería tan difícil como pensaba.

Entrando al trabajo más temprano de lo habitual, tomé un momento para apreciar la calma. Todo esto realmente era un desastre. Y no solo hablaba de la asesina con el que compartía mi cama. Había alguien más que intentaba matarme. Ese alguien podría ser mi hermano.

Cuando mi asistente entró para darme mi correo, me concentré en lo que tenía que hacer hoy. Uno de los cambios que había hecho respecto a cómo mi padre manejaba las cosas era tratar el negocio de manera más profesional. Ya habíamos dejado atrás los tiempos en que llevar dos juegos contables era suficiente. Ahora lavábamos dinero invirtiendo en bienes raíces y criptomonedas. Los informes generados de nuestras inversiones eran interminables.

Todo necesitaba mi aprobación y firma. Más allá de eso, necesitaba asegurarme de que el negocio se beneficiara de mi nueva conexión con los Yakuza. Si quería que mi padre aceptara mi matrimonio y no tratara de eliminarme, tenía que ver los beneficios de estar con Kuroi.

“¿Tienes un segundo?” preguntó Lorenzo asomándose a mi oficina.

“¿Qué pasa?” respondí invitándolo a entrar.

Cerrando la puerta, Lorenzo entró y se sentó en la silla al otro lado de mi escritorio sonriendo.

“¿Te vas a quedar ahí sonriendo como un idiota o tienes algo que decirme?”

“¿Algún punto de sutura nuevo anoche?”

Miré a mi hermano preguntándome de dónde venía esto. Había sido él quien me había arreglado la última vez que lo necesité. Así que era una pregunta legítima. Pero esa expresión en su rostro... ¿Y cuántas preguntas le seguirían?

Dormirme con Kuroi en brazos había sido una de las mejores cosas que me habían pasado. Carajo, tenerla así me removía por dentro. Pero, ¿tenía que ver eso Lorenzo? Yo soy su hermano mayor y el que manda en esta familia. No quería que me viera diferente.

No, por ahora, mi vida con Kuroi sería solo entre nosotros dos. Nadie más necesitaba saber o ver nada. Todo lo que necesitaban saber era que la familia Ricci y los Yakuza en Nueva York estaban en la misma sintonía. Nada ni nadie se interpondría entre nosotros.

“Ningún punto de sutura, dejémoslo ahí”.

“Entendido” dijo Lorenzo volviéndose más serio. “Hay otra cosa de la que no hemos hablado”.

“¿Sí? ¿Qué es eso?”

“Quién trató de matarte”.

Tenía razón. No habíamos hablado desde que nos dimos cuenta de que Matteo era el único

capaz de dispararme en el cuello mientras conducía.

Lorenzo continuó:

“¿Voy a ser yo quien lo diga o tú?”

“¿Qué cosa?”

“Pa podría haber mandado a matarte”

“No lo sabemos”.

“No sabemos nada. Pero sí sabemos quién podría haberte disparado en el cuello si eso fue lo que pasó. Y sabemos que le has dado motivos para ordenar el golpe.

“Escucha Lorenzo, sé que tienes tus problemas con Pa. Pero ¿ordenar un golpe contra mí? Por favor”.

“¿Qué pasa con el tío Vinny?”

El tío Vinny era como el cuento del coco en nuestra casa cuando crecíamos. La leyenda decía que traicionó a mi padre pensando que podría tomar el control de la familia, y nuestro padre lo mandó matar.

Ninguno de nosotros pudo confirmarlo porque se mudó de regreso a Italia después de eso y la única vez que supimos de él fue durante la Navidad. Llamaba pidiendo hablar con Pa y Pa se negaba.

“No sabemos lo que pasó entre ellos. Podría haber sido cualquier cosa” le dije a Lorenzo.

Mi hermano me miró confundido.

“¿Por qué de repente lo defiendes?”

“No lo estoy defendiendo. Acusaste a Pa de encargar un golpe contra su propio hijo y estoy tratando de verlo lógicamente”.

“Lo estás defendiendo. Después de todo el infierno que nos hizo pasar creciendo”.

“Nos crió para sobrevivir. No preparas a un león para vivir en la playa”.

“¿Qué demonios, Dante?”

Sí, lo escuché. Lorenzo tenía razón. Estaba inventando excusas para la manera tan horrible en que nos trató al crecer. Podía entender por qué Matteo lo haría. Pero después de todo lo que pasó, ¿por qué lo haría yo?”

“Solo digo que la forma en que nos crió nos convirtió en los hombres que somos hoy”.

“Sí. Hombres que no pueden estar seguros si nuestro hermano trató de matarte”.

Estaba a punto de inventar otra excusa para nuestro padre. Podía sentirlo venir hasta que el interfono de mi teléfono sonó.

“Alguien viene. No pude detenerla” dijo Silvie provocándome que alcanzara mi arma.

Antes de que me acercara a la que estaba sujeta debajo de mi escritorio, la puerta de mi oficina se abrió de golpe. El pánico en la voz de Silvie me había dicho todo lo que pensé que necesitaba saber. Mi corazón se detuvo esperando una bala.

Pero con el dedo apretando el gatillo y un 50% de posibilidades de dispararles a través de la parte trasera de mi escritorio, apareció un rostro familiar. Parada en la entrada, me miró y entrecerró los ojos.

“¿Es eso un arma en tu mano? ¿O solo estás feliz de verme?”

“¿Kuroi? ¿Qué estás haciendo aquí?” pregunté con un pánico diferente.

“¿Acaso una chica no puede venir a ver dónde trabaja su nuevo marido?” preguntó entrando y cerrando la puerta al entrar.

“Pensé que habíamos quedado en...”

“No acordamos nada. Dije que quería ver dónde trabajabas y aquí estoy. Y, cariño, probablemente sea una buena idea que quites la mano de esa pistola antes de que me ofenda”.

Kuroi estaba siendo coqueta y juguetona, pero no dejé que me engañara. Sabía de lo que era capaz, así que solté mi arma.

“Bien” dijo antes de volverse hacia un sorprendido Lorenzo. “Estuviste en nuestra boda,

¿no? ¿Eres uno de los hermanos?” Kuroi me miró. “Ahora tengo tantos. Es difícil llevar la cuenta”.

“Sí. Estuve en la boda. Lorenzo” dijo ofreciéndole la mano con una sonrisa demasiado amistosa.

Ver la sonrisa de Lorenzo y la forma en que Kuroi lo miraba me hizo querer saltar sobre el escritorio y arrancarle el cuello a mi hermano.

“Kuroi. Encantada” dijo coqueteando con mi hermano.

“En serio, Kuroi, ¿qué estás haciendo aquí?” exigiendo la atención de mi coqueta esposa me antes de que alguien se lastimara.

“Te lo dije...” dijo juguetona.

“Y te lo dije”.

“Sin embargo, aquí estamos” dijo antes de tomar el asiento más alejado junto a la ventana. “Por favor, no me dejen interrumpir. Solo quiero ver a mi hombre en acción”.

¿Ella tenía que saber que esto me estaba molestando, ¿verdad? Había desobedecido intencionalmente mi orden. Tenía que saber que la castigaría por esto. O tal vez ese era el punto.

Mi creciente verga se contrajo pensando en lo que le haría cuando llegáramos a casa. Primero, había venido aquí sin mi permiso. Y lo había hecho sin avisar. Desafortunadamente, estaba vestida con estilo, pero profesionalmente, así que no podía castigarla por eso.

Llevaba un traje y, Dios, se veía bien en él. Chaqueta de rayas grises, sin botones, cerrada a la altura del busto, con las mangas vueltas. Y una blusa blanca sin cuello con un corte en el pecho. Si mi hermano no estuviera aquí, la cogería solo por venir aquí luciendo así.

“Yo, ahh, debería irme” dijo Lorenzo.

“No, por favor, quédate. Finge que no estoy aquí”.

Lorenzo me miró para saber qué hacer. No estaba seguro. Era mi esposa, pero también era la hija de Sato. Al mismo tiempo, no tenía la sensación de que Sato le hubiera dado mucha razón para la lealtad. Aun así, los padres tienen una forma de meterse en tu cabeza.

“Finjamos que no está ahí. Estoy seguro de que se sentará en silencio” dije mirándolo.

“Como un ratón” dijo Kuroi satisfecha.

Lorenzo me miró cuestionando si estaba seguro.

“De todos modos, como estaba diciendo. No podemos saltar a ninguna conclusión sobre quién está tratando de matarme” dije para beneficio de Kuroi.

“¿Alguien está intentando matarte?” dijo Kuroi sentándose de repente. “¿Quién?”

Lorenzo se rió.

“Estamos tratando de eliminar a los sospechosos” expliqué.

“¿Quién está en la lista?”

Lorenzo intervino.

“Bueno, la primera persona de la lista eres tú”.

“No tiene sentido. Si quisiera matarlo, ya estaría muerto. ¿Quién más?”

Lorenzo me miró interrogativamente. Volví a tomar el control.

“Sato es otro”.

“Posible. Pero lo más probable es que enviara a alguien como yo para hacerlo y, nuevamente, no estás muerto. ¿El siguiente?”

“¿Cómo sabemos que no estás jugando a largo plazo?” cuestionó Lorenzo.

“Dante, cariño” dijo juguetona, “¿no le has dicho que soy impaciente?”

“No, cariño, no he mencionado nada sobre ti porque mantengo mis negocios y mi vida privada separada” dije apretando los dientes.

“Oh, así es como tratas a los encuentros casuales. Soy tu esposa hasta que la muerte nos separe” dijo con una sonrisa que me haría orinarme si aún pensara que fue enviado para matarme.

“Así que, ¿quién más?” dijo impaciente.

Miré a Lorenzo buscando una última razón para no decírselo. Mi hermano no la

proporcionó.

“Una persona que podría tener razón para deshacerse de mí es...” Tomé aliento antes de admitirlo, “nuestro padre”.

Kuroi lo pensó un momento.

“Puede ser”.

“¿Puedes? ¿Por qué?” pregunté sorprendido.

“Eres más joven, eres más fuerte, eres más inteligente. Eres una amenaza”.

“¿Una amenaza para qué? Estoy liderando la familia. Su familia”.

“Exactamente. Su familia y tú la estás liderando. Eso podría hacer que una persona se sintiera de cierta forma.

“¿De una forma de hacer que un padre atente contra su hijo?” pregunté tanto ofendido como anonadado.

“Yo lo haría” voluntariamente se ofreció Kuroi.

“¿Mandarías a asesinar a tu hijo por tomar el control del negocio familiar?”

“Eso dependería”.

“¿De qué?”

“De si se lo di o si lo tomó. Si lo tomó y yo aún no estaba preparado para dejarlo ir” Kuroi hizo un gesto en su cuello.

Lorenzo respondió:

“Pero en tu caso, sería más así” y apretó su corazón fingiendo un ataque.

Kuroi miró a Lorenzo con fuego en sus ojos. Me preparé. Las miradas no podían matar, pero Kuroi sí podría.

“Creo que lo que mi hermano está diciendo es que tu reputación te precede.

“¡Oh, gracias!” respondió Kuroi tomándolo como un cumplido. Se dirigió a Lorenzo. “Y estoy seguro de que si a alguien le importara un carajo quién eres, tu reputación también te precedería”.

Lorenzo se retorció aceptando el insulto.

“De todos modos” interrumpí. “Tú no eres nuestro padre. Así que no sé qué tan relevante sea tu opinión”.

Kuroi se inclinó hacia adelante involucrada.

“Dime esto, si tu padre enviara a alguien detrás de ti, ¿quién sería?”

Miré a Lorenzo otra vez.

“Si enviara a alguien, la persona más probable sería Matteo”.

“¿El psicópata que mató a uno de los hombres de mi padre al atarlo a la parte trasera de un coche y arrastrándolo hasta la muerte?”

“Sí. Nuestro hermano, Matteo”.

“Oh, totalmente te mataría”.

Lorenzo se rió. No estaba seguro de por qué.

“Tú no sabes eso” dije despectivamente.

“Estoy diciendo que es capaz de matarte. No dije que lo haya intentado”.

Los ojos de Lorenzo saltaron entre los dos. “¿Vamos a ignorar que todos sus amantes murieron de un ataque al corazón y tú podrías haber tenido uno antes del choque?”

¿Un ataque al corazón causó tu accidente?” preguntó Kuroi sorprendida.

“¡No tuve un ataque al corazón! ¡Ni un ataque de pánico ni nada más!”

“Entonces, ¿por qué chocaste contra un árbol?” preguntó Kuroi con preocupación en la voz.

“Sentí un pinchazo en el cuello momentos antes de desmayarme. La teoría es que alguien me disparó”.

“Déjame adivinar” respondió Kuroi, “¿La única persona que conoces que podría hacer eso es tu hermano Matteo?”

Miré a Lorenzo buscando una salida de esto. No obtuve ninguna.

“Sí”.

“Puedo averiguarlo por ti” Kuroi dijo casualmente.

“¿Qué?”

“Ponme en la misma habitación que él. Puedo averiguar si fue él el que intentó matarte”.

“¡No vas a torturar a mi hermano!” dije sintiendo una ira protectora.

“Vaya, cálmate. No dije nada sobre torturarlo. Solo necesito hablar con él. ¿Dónde podemos hacerlo?” preguntó entusiasmada.

Kuroi estaba seria y emocionada. ¿Qué le hacía pensar que podría descubrir algo así? Claro, Matteo no era la persona más sofisticada que conocía, pero mi hermano sabía cómo mantenerse en silencio.

Cuando no respondí, Kuroi añadió:

“Vamos, ponme en la misma habitación que él. Lo averiguaré por ti”.

Cuando Lorenzo y yo permanecemos callados, mencionó:

“Eres mi esposo. Estaremos en la misma habitación juntos tarde o temprano. Así que tarde o temprano ocurrirá. Y si ocurre después de que te haya matado, tendría que matarlo”.

“Anda, Dante, estarías salvando dos vidas aquí” bromeó Lorenzo.

Me recosté en mi silla de la oficina y pensé. Kuroi no estaba equivocada. Eventualmente terminarían en la misma habitación. Y algo me decía que Kuroi no iba a dejar esto. Tal vez sería mejor si tuviera control sobre cómo y dónde sucedía.

“Matteo había sugerido que los tres cenáramos juntos”.

“Espera, pensé que íbamos a cenar primero” me recordó Lorenzo.

“Ah, eso es tan dulce” dijo Kuroi con ternura. “Y si alguna vez sospecharan que has matado a mi marido, créeme, yo sería la primera persona a la que verías” —dijo en la voz de bebé más amenazante que pensé posible.

“Afortunadamente, no tenemos que preocuparnos por eso, porque Lorenzo es el hermano más leal que tengo”.

“Esperemos que sí. ¿Entonces cuándo puedo conocer al traidor?”

“No sabemos que sea un traidor. Ni siquiera sabemos si nuestro padre está moviéndose contra mí”.

“Entonces es hora de averiguarlo. Arregla la cena y avísame cuándo. Prepararé una comida digna de mi rey” dijo levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

“De hecho, lo organizaré en el Maramar. Tienes que probar los cannoli que sirven allí”.

Kuroi, que tenía la mano en el pomo, me miró de nuevo. Era obvio que estaba eligiendo un entorno público para limitar las actividades extracurriculares de cualquiera de ellos. Medio esperaba que Kuroi insistiera, pero no lo hizo. Supongo que eso solo significaba que tenía tres cosas por las que castigarla, la tercera sería hablar cuando dijo que no lo haría.

“Organízalo para esta noche” dijo Kuroi cediendo.

“Será para mañana por la noche. Tenemos planes para esta noche” le dije mostrando mi desagrado con mis ojos.

Mirándome, casi gimió. “Oh, cierto, nuestros planes. Estaré vestida y lista cuando llegues a casa”.

Sus palabras hicieron que mi verga se endureciera. Viéndolo marcharse, imaginé su cintura pequeña agarrada entre mis grandes manos y la sensación de la parte frontal de mis muslos contra la trasera de los suyos. Lo haría gemir.

“¿Tienen planes para esta noche?” me preguntó Lorenzo cuando ya se había ido. “¿Ya han sido vistos fuera juntos?”

“No es ese tipo de planes” dije revelando mucho más de lo que debería haber hecho, pero demasiado excitado para detenerme.

Después de debatir la sensatez de permitir que Kuroi cenara con Matteo primero, dije la palabra final acerca de ello y la cena se organizó. Con muchas cosas por hacer para el día, solo podía pensar en una cosa. ¿Cómo iba a castigar a Kuroi por desobedecerme?

Había muchas cosas que podía hacer, pero cuál debía utilizar. Al final, tuve que hacer una investigación. Ella claramente estaba más familiarizada siendo castigada que yo castigándola. Pero una cosa en la que era bueno era en empujar a un cuerpo hasta sus límites físicos para conseguir lo que quiero. Quería a Kuroi, así que tendría que presionarla.

Nunca fui uno de esos para ir de compras, pero el viaje de compras que siguió, me gustó. Fue en una tienda en el corazón de Harlem. El lugar tenía muchas opciones. Imaginar cómo podría usar cada una en Kuroi hacía que mi verga palpitara.

Después de pasar una hora curioseando, salí de la tienda con algunas cosas. Apenas pude contenerme y me salté todos los semáforos de camino a casa. Cuando estacioné, tuve que respirar para calmar mi verga. Al recoger mis maletas y entrar en el ascensor, sentí que otra persona se apoderaba de mí.

Al entrar en mi apartamento, la sala estaba vacía.

“¡Kuroi, ven aquí ahora!” dije inundado de furia y lujuria.

Kuroi salió de mi dormitorio dócilmente. Había estado en mi habitación. Otra cosa más para castigarlo. Llevaba puesto un bata japonés bordada con seda dorada, se acercó y bajó la cabeza y dijo:

“¿Sí, señor?”

Al escucharlo, volví a excitarme de nuevo. Con él frente a mí, imaginé deslizar mis dedos por su piel de caoba.

“Fuiste a mi oficina sin mi permiso”.

“Sí señor” respondió todavía con la cabeza baja.

“¿Qué dije que haría si no seguías mis reglas?”

“Dijiste que me castigarías, señor”.

“Eso es correcto. Y sin embargo lo hiciste de todos modos. ¿Querías ser castigado?”

“Sí señor”.

“¿Estás lista para tu castigo?”

“Sí señor”.

“De rodillas”.

Sin levantar la cabeza, Kuroi se puso de rodillas.

“Ahora quédate”.

“¿Este es mi castigo?”

“Hablarás cuando se te hable. ¿Está claro?”

“Sí, señor”.

Dejándola de rodillas con la cabeza baja, me retiré a mi habitación para prepararme. Colocando todo en su lugar, saboreé el momento. Tomando una ducha caliente, sentí cada gota mientras el agua humeante tocaba mi piel. Me sentí vivo.

Me puse una bata de seda y volví a entrar en el salón para encontrarme con que Kuroi no se había movido. Observando su cuerpo inmóvil, tomé una bebida y la bebí lentamente esperando otra razón para castigarla. No me dio una.

Entonces, en su lugar, volví a una posición frente a ella y le dije que se levantara. Lo hizo sin mirarme.

“Ve a mi habitación” ordené severamente.

Lo hizo y yo la seguí. Cuando entró y se detuvo, la pasé, me paré junto a la cómoda y le mostré lo que había encima.

“Por desobedecerme, elegirás” señalé el látigo y la fusta que contrastaban con la tela blanca debajo de ellos—. Cada uno vendrá con una serie única de disciplinas. ¿Lo entiendes?

“Sí señor”.

“Lo tomarás. Si ya no puedes soportarlo, dirás la palabra cerezas. Nada más hará que me detenga. ¿Lo entiendes?”

“Sí señor”.

“Dilo”.

“No, señor”.

“¿Por qué no?” pregunté con mi temperamento a flor de piel.

“Porque no quiero que te detengas”.

Me calmé y sonreí.

“Elige”.

“¿Puedo elegir ambos, señor?”

“Tu castigo es que debes elegir.

Pude ver que lo estaba entendiendo. Si hubiera sido buena, podría haber elegido ambos. Pero porque me desobedeció, solo podía elegir uno sin saber lo que había dejado pasar.

“Por favor, señor, ¿puedo elegir ambos?”

“¡Dije elige! ...O no tendrás ninguno”.

Fue entonces que me miró, con la lujuria y el miedo brillando en sus ojos. Apurándose hacia la cómoda los miró.

“¿Puedo tocarlos, señor?”

“No” dije acentuando su castigo. “Elige”.

Moviendo su mano sobre los dos, temblaba con deseo.

“¡Dije elige!”

“El látigo” contestó suspirando lo que había escogido.

“Muy bien” dije retirando la fusta y colocándola en el cajón.

Su deseo lo había debilitado. Verla hizo que mi verga palpitara. La deseaba tanto que podría atravesar una pared para cogerla. Pero tenía que enseñarle una lección. Me deleitaría tanto como eso.

“Desnúdate” le dije, mi corazón latiendo a la idea de él.

Sin vacilaciones, Kuroi se volvió hacia mí y lentamente dejó caer su bata. Estaba desnuda debajo. Sus líneas delgadas estaban destacadas por músculos tensos. Era más hermosa que cualquier estatua. Mi piel hormigueaba al verla.

Sus pechos eran llenos y firmes, sus pezones duros. Estaba cuidadosamente afeitada, cada contorno de su feminidad visible. Quería sentirla en mis manos. Quería acariciar sus pechos. La idea me abrumó.

Me recompuse, saqué dos esposas de otro cajón. Colocándolas sobre la cómoda junto al látigo, me dirigí a él.

“Esposada una a cada muñeca”.

Lo hizo sin vacilar. Con ambas aseguradas, me miró con deseo.

“Ahora sígueme” le dije agarrando el látigo y cruzando hacia la puerta corrediza del balcón.

Con ella esperando, bajé las luces tras nosotros. Con las luces de la ciudad brillando frente a nosotros, la llevé hacia la barandilla y le dije que la agarrara. Obedeciendo, separó sus labios y luchó por respirar.

Imaginé lo que sentía cuando el aire fresco de la noche acariciaba su piel bañada en sudor. Y presionando mi endurecido miembro cubierto de bata contra ella mientras me inclinaba a su alrededor, dije: “Ahora cualquiera que esté mirando verá lo que pasa cuando me desobedeces” le dije mientras la esposaba a la barandilla.

“Sí, señor. Por favor, enséñame a obedecer”.

“Te enseñaré a obedecer” le susurré al oído mientras gemía por el calor.

Dejándola temblar, retrocedí y lo iluminé. Cuando las hebras de cuero tocaron su trasero, su cabeza se echó hacia atrás. No le mostré compasión.

“Gracias, señor” ronroneó.

Al oírla, la azoté de nuevo. Su cuerpo se estremeció mientras su trasero desnudo se marcaba lentamente en rojo. Al acariciar sus puntos marcados con el cuero, esperé a que se relajara antes de azotarla nuevamente. Cuando su cuerpo se contrajo, mi polla palpó.

“Más, señor” rogó.

La azoté una y otra vez, excitándome más en cada momento. Cuando bajé mi ataque a la parte trasera de sus piernas, gimió. No había estado lista para ello. Y cuando sus piernas comenzaron a bailar, perdí el control. Golpeándola más y más fuerte, finalmente agarré su pecho contraído, mordí su oreja y encontré su cálida y resbaladiza entrada con la punta de mi verga.

“¿Sí?” gemí.

“Sí” suplicó.

Y sin dudar, permití que mi goteante glándula atravesara su apretada abertura hasta sus profundidades.

“Ahhh” gimió sintiendo mi grosor abriéndolo.

Su calidez consumió mi pene. El placer se extendió por mí. Mordiéndole la oreja para contenerme, empujé hasta que no podía ir más profundo. Agarrando su cadera, empujé más fuerte hasta que lanzó un grito de doloroso éxtasis.

Enterrado dentro de ella, deslicé mi mano por su pecho desnudo hasta su garganta. Su anchura desapareció en mi agarre. Apretando, la sentí indefensa ante mi voluntad. Podría hacer lo que quisiera con ella. Y sintiendo la brisa fresca de la noche circular entre nuestra piel vibrante, retrocedí lo suficiente para agitar sus entrañas.

“Sí. ¡Sí!” canturreó, con mi mano alrededor de su garganta y mi ingle palpitando su trasero.

Mi mente nadaba amando cada momento con ella. Su cuerpo en mis brazos, su calor alrededor de mi verga, la forma en que chillaba y gemía con mis embestidas.

Al follarla más y más fuerte, sus piernas comenzaron a ceder. Cuanto más la rechazaba, más la mantenía erguida. Se estaba derritiendo en mis brazos. Y cuando deslicé mi mano bajo su estómago y levanté sus pies del suelo, supe lo que vendría a continuación.

Aun sosteniéndola y con mi pene dentro de ella, me incliné más allá de ella y arranqué las esposas de la barandilla. Libre, la atraje de nuevo a mi pecho y caminé hacia mi habitación. Todavía estaba dentro de ella. Se sentía parte de mí. Enganchando sus pies alrededor de mis piernas y su mano alrededor de mi cabeza, se había adherido a mí. Así que cuando la bajé sobre la cama, tuve que desatarme de su agarre para obtener lo que quería a continuación.

Poniéndola sobre sus rodillas con su trasero en el aire, le presioné el pecho en la cama y me moví encima de ella. Hipnotizado, la cogí sin piedad. La cama temblaba mientras mi ingle golpeaba su carne. Sentía que intentaba adentrarme en ella. No supe cuál.

Pero cuando no pude soportar estar tan lejos de ella más tiempo, la volteeé, apreté sus rodillas contra su pecho y la follé mientras encontraba sus labios.

No besaba a las mujeres. Las cogía. ¿Por qué quería estar así de cerca? Pero con Kuroi, no sabía quién era. Estar con ella me hizo algo. Y cuando nuestros labios se tocaron y los suyos se abrieron, me solté.

Tan increíble cómo fue su cuerpo, fue nuestro beso lo que me llevó al clímax. Su boca era pequeña. Lo era también su lengua. Pero retorciéndose juntos, eran perfectos para uno el otro. Su sensación me robó mi voluntad.

Continuamos besándonos incluso mientras gemía, llenándola con mis jugos. Fue entonces cuando recordé el placer de Kuroi. Alcanzando entre nosotros, encontré su clítoris. Tan pronto como la toqué, detuvo mi mano. Ya había alcanzado el clímax. ¿Había sido la forma en que remodelé su coño para ella como nuestro beso había sido para mí?

No lo supe y rápidamente, no me importó. Todo lo que podía pensar era en volver a su boca. Kuroi había sido mi primer beso que significaba algo para mí. Claro, había besado a otras

mujeres. Pero nunca me importaron. Solo estaba haciendo lo que tenía que hacer para conseguir lo que necesitaba de ellas. Ni siquiera sabía cómo se suponía que debía sentirse hasta que Kuroi abrió sus labios y me dejó entrar.

Y ahora que la había besado, nunca quise parar. Kuroi era mía. Nadie volvería a tocarla nunca más.

Sacándole la verga que se me encogía, hundí los dedos en su pelo rizado y lo acuné mientras la hacía rodar sobre mí. No dejé de besarla. No podía.

Sintiendo sus suaves curvas, flexioné mis caderas deslizándola contra mí. No tardó mucho en endurecerme otra vez. Sorprendida, Kuroi bajó la mano y agarró mi polla. Alejándose de mis labios tiempo suficiente para reír, regresó, antes de moverse lentamente hacia mi barbilla, luego cuello, pecho y estómago.

Con sus delicados dedos todavía sosteniéndome, pulsé sintiendo sus labios acercarse. Aún no estaba lista para eso, sin embargo. Y al encontrar las líneas de mis músculos abdominales, frotó su mejilla contra ellas, trazando las trincheras con la punta de su nariz.

Eventualmente cuando no había otra pulgada más por explorar, continuó su camino hacia abajo, presionó mi gran verga al lado de su cara y trazó el borde de su cabeza con la punta de su lengua. Cuando se sació, hundió mi verga en el fondo de su garganta.

No esperaba mucho en cuanto a esto. Otras habían tratado de tragármelo, pero yo era demasiado grande. Kuroi también lo intentó. Empujó en él hasta que se atragantó. Retrocediendo, lo intentó de nuevo hasta que su cuerpo se contrajo y lágrimas rodaron por sus mejillas.

“Soy grande” señalé permitiéndole rendirse. No lo hizo.

Enfocándose más en estimular mientras me chupaba, me tentó mi cabeza hasta que mis pies bailaron. Kuroi sabía lo que estaba haciendo. Cuando sentí que iba a explotar, se retiró caminando por el borde. Me torturó así por más tiempo del que pensé posible.

“Por favor” le rogué desesperadamente por un orgasmo.

Fue entonces que me miró con una sonrisa de gato de Cheshire. Sabía lo que había estado haciendo, esa cabrona. Y finalmente listo para liberarme, me apretó mis bolas con esa pequeña mano y estrujó.

Cuando vine fui un volcán. No podía dejar de venirme. Cuando todo el líquido en mí había surgido, no paró.

Todo mi cuerpo era tan sensible como una mierda. Al acariciar su mano y boca fuera de mí, el bastardo se rió mientras regresaba sus manos haciéndome dar brincos. Era como ser alcanzado por un rayo.

“Eres una maldita sádica” le dije, moviendo mi cabeza con divertimento.

“¿Qué? ¿No te gusta que toque tu verga?”

Lo tocó de nuevo haciendo que mi cuerpo se contorsionara.

“¡Ah!” grité antes de alcanzarla y sostenerla alejado. “¡Sube aquí ahora!” le dije regresándolo a mis brazos.

Reuniéndose con su cara a solo pulgadas de la mía, miré dentro de sus ojos. Por un momento fui feliz. Pero cuanto más miraba, más me di cuenta de que estaba jodido. De ninguna manera podría esconder lo que sentía por ella después de esto. Si alguien preguntara, no podría negarlo.

Nunca supe que podía sentirme así. Y aunque ella no lo supiera, me tenía envuelto alrededor de su delicado pequeño dedo.

¿Qué se supone que debía hacer ahora? ¿Qué diría mi padre cuando se enterara de que me estaba enamorando, no solo de una mujer negra, sino de la hija de su enemigo?

Capítulo 9

Kuroi

Desde los 14 años, cuando mi padre me entregó a un socio comercial como bono de firma, he tenido problemas para dormir. Al principio no podía mantenerme dormida. Nunca logré descubrir por qué, pero lo he reducido a dos razones. O era porque dormía en una cama nueva, o porque me despertaba cada noche un viejo empujando su verga en mí. Sigue siendo un misterio.

Sin embargo, el verdadero problema comenzó cuando, no solo no podía mantenerme dormido, sino que no podía quedarme dormido en primer lugar. Había días consecutivos en los que no dormía absolutamente nada.

Debo admitir que eso me volvía un poco loca. Después de tres días, nadie quería estar cerca de mí. ¿Alguna vez has intentado maquillarte estando borracha de agotamiento? No era una buena imagen.

Pero incluso después de que el socio de mi padre muriera repentinamente y yo regresara a casa, todavía no podía dormir. Iba a bares hasta el amanecer, bebía toda la noche y buscaba maratones de sexo tratando de cansarme. Nada funcionaba.

Al final, simplemente lo acepté. Era un mal dormilona cuyos amantes siempre acababan muertos. ¿Estaban esas dos cosas relacionadas? O sea, ¿cómo no estarlo, ¿verdad? No recuerdo haber matado a ninguno de ellos. Quizás lo pensé. Especialmente el primero. Pero, todo ese lío de hacer un plan y cumplirlo, es mucho trabajo. Y, afortunadamente, mis problemas siempre se han resuelto solos.

Desgraciadamente, mi nuevo problema rápidamente se convirtió en que incluso aquellos a quienes quería vivos, también morían. Y no es como si los apuñalara mientras dormía. Eso habría sido más fácil de aceptar. No, simplemente estaría con alguien el tiempo suficiente como para finalmente quedarme dormido en sus brazos y, en cuestión de semanas, acabaría enterrándolos.

Y no todos eran viejos. Uno de ellos tenía 25 años. Si todavía fuera capaz de amar a alguien, habría sido a él. Era todo lo que mi joven corazón deseaba. Y a pesar de su mejor juicio, él me amaba. ¡Qué se le va a hacer!

Digo esto porque nunca antes había dormido en los brazos de alguien con tanta facilidad como dormí en los de Dante. Una posible explicación podría ser que Dante me estuviera drogando, ese bastardo. Pero no me despierto con el mismo zumbido en los oídos que tenía cuando era niña. Así que, a menos que hayan inventado drogas mejores desde entonces, no puedo explicarlo.

En cualquier caso, he aprendido que poder quedarme dormido en los brazos de Dante venía con su propio conjunto de problemas. Por un lado, he desarrollado esta loca urgencia de sofocarlo mientras duerme. No me malinterpreten, no deseo matarlo. Solo quiero evitar que me diga que debemos dormir separados.

Puedo oírte ahora, “Oh Kuroi, eso es tan extremo. Oh Kuroi, si lo matas, tendrás que vivir el resto de tu vida sabiendo que no pudiste tragar su enorme, suspiro, enorme verga”. Y no estarías equivocado.

Pero imagina cómo se sentiría pasar 13 años sin una buena noche de sueño, finalmente obtenerla, y luego que te la quiten. Tú también sofocarías a alguien en sus sueños. Buscarías vegetales más gruesos para abrirte la garganta, demostrarle a su mástil quién manda, y luego lo asfixiarías en su sueño como todos haríamos.

Hasta entonces, sin embargo, tenía que prevenirme de hacer algo loco.

“Hola” dijo Dante, despertándose y encontrándose mirándolo a los ojos.

“Hola” casi murmuré sintiéndome más descansada que nunca en mi vida adulta.

Después de mirarme por un segundo, bajó la mirada y levantó mi brazo. Creo que solo intentaba levantar su propio brazo, pero considerando que había esposado su muñeca a la mía, era un paquete completo.

“¿Qué es esto?” preguntó todavía tratando de despertar.

“¿A qué te refieres?” contesté sabiendo que podía estar preguntando por muchas cosas.

“Las esposas. ¿Nos has esposado?”

“¿Por qué lo preguntas?”

“Porque estamos esposados” explicó.

“¡Oh!”

Me miró de manera extraña.

“Entonces, ¿lo hiciste?”

“He hecho tantas cosas. No puedes esperar que las recuerde todas” contesté haciendo mi mejor esfuerzo para no expresar lo tonta que era su pregunta.

Al verse confundido solo un momento más, rápidamente se relajó y volvió a mirarme a los ojos.

“Sabes que eventualmente tendré que irme, ¿verdad?”

“Por supuesto que sé que te irás. Y me llevarás contigo”.

“¿Ah, es de eso de lo que se trata esto? ¿Qué? ¿Piensas que porque estás casada conmigo tienes derecho a ayudar a dirigir el negocio de mi familia?” preguntó divertido.

Reí.

“No soy una trabajadora”.

“Entonces, ¿qué? ¿Estaremos esposados toda la vida como una especie de bola y...?”

“Si me llamas tu bola y cadena, tendré que matarte. Lo cual sería una pena, considerando lo que hicimos anoche”.

Dante sonrió y torció mi brazo esposado para rodearme con el suyo.

“¿Qué hicimos anoche, ¿eh?”

“¿Lo recuerdas, ¿no? Me hiciste elegir un látigo y luego me azotaste en el balcón con gente mirando”.

“¿Había gente mirando?” preguntó sorprendido.

Lo miré como si fuera un idiota.

“Estabas azotando a una mujer negra desnuda en el balcón de tu rascacielos en pleno Nueva York. Había prácticamente una multitud. La única razón por la que no apareció un policía fue porque probablemente pensaron que me habías atrapado intentando escapar”.

Dante retrocedió rápidamente.

“Eso no es divertido”.

“Estamos en América. Créeme, es un poco gracioso” lo aseguré.

Por alguna razón, eso fue lo que lo hizo intentar levantarse.

“Desesposame. Necesito alistarme para el trabajo”.

“¡No!” me negué, sorprendido de que lo pidiera.

“Te lo digo en serio, desesposame”.

“¿Cómo puedo? Son tus esposas. Ni siquiera tengo la llave”.

Dante me miró frustrado y luego se subió por encima de mí hacia la mesita de noche. Abrió el cajón y buscó.

“¿Dónde está la llave? La dejé aquí anoche cuando preparé todo”.

“Espera, ¿estás diciendo que no debía haberme tragado eso?”

Dante rodó hacia atrás y me miró fijamente.

“¿Tú qué eres, una niña de doce años?”

“Tenemos la edad que sentimos” le dije alegremente.

En lugar de acomodarse para un día relajante en la cama, mi esposo bruto me tiró, me volteó sobre su ego, y me levantó por el hombro como un saco de arroz.

“¿Qué estás haciendo?” protesté.

“Te dije. Tengo que prepararme para el trabajo. ¿Pensaste que tu broma infantil iba a

detenerme?”

“Bájame. ¿Quién te crees que eres?”

“Alguien que va a broncear esa piel si sigues jugando así”.

“Ahora estoy confundida. ¿Quieres que deje de jugar o que siga jugando?”

“Sigue así y lo descubrirás”.

A pesar de su muy clara promesa, no lo descubrí. Sí descubrí cómo era ducharse mientras me llevaban en hombros. Y también descubrí cómo era verlo afeitarse cabeza abajo. Pero cuando realmente quiso irse, hizo lo que había hecho la noche anterior y rompió las esposas de su muñeca.

“Rompibles” explicó.

“¡Ahh!” dije destrozada.

“No quiero verte en mi oficina hoy”.

“Como si decir eso me detuviera alguna vez”.

“Lo digo en serio. No puedo pensar cuando estás cerca. Y necesito resolver lo que voy a hacer con Matteo”.

Me animó.

“Te dije, organízanos una cena y averiguar si él fue quien te disparó”.

“No lo sé, Kuroi. Ambos pueden ser...”

“Escoge tus palabras con sabiduría, esposo” lo amenacé.

“Impulsivos”.

“¿De verdad crees que atravesaría la mesa y le cortaría el cuello en un lugar público por intentar matarte? Es decir, me divertí anoche, pero no fuiste tan bueno”.

“Estoy herido”.

“Y estoy mintiendo. Anoche fue genial. Totalmente le cortaría el cuello en un lugar público por intentar matarte” dije sonriendo.

“Ese es mi chico. Pero, aun así, es mi hermano. Hagas lo que hagas, no puedo dejar que lo lastimes así”.

“Está bien, no le cortaré el cuello”.

Dante me miró alegre.

“¿Lo prometes?”

“¿Y si lo hago con un cuchillo de mantequilla? ¿Sabes lo difícil que sería? Siento que eso no debería contar”.

“Ve, por eso no puedo juntarlos a los dos”.

“Estoy bromeando. Como mi esposo, deberías saber que soy muy graciosa”.

Dante se rió.

“Sí, lo eres”.

“Entonces, ¿vas a organizar la cena?”

“La prepararé para esta noche”.

“¡Yay!” exclamé realmente emocionada.

“Te veo luego” dijo a punto de irse.

“Uh, uh, uh” lo detuve en sus pasos.

“¿Qué?”

Puse mis labios en posición de beso y señalé con el dedo. No estaba segura de cómo respondería a esto. Anoche parecía completamente apasionado por besar. Pero muchos violadores de closet como él querían una cosa cuando el sol se ponía y otra cuando salía.

Para mi sorpresa, Dante exhaló frustrado, cruzó la habitación y me besó en los labios. Intentó hacerlo solo un piquito, pero estando tan cerca de él, apoyé mis antebrazos en sus hombros y me acomodé.

Dios, era buen besador. Cuando su lengua tocó la mía, me sentí borracho. Mi cerebro se derritió como caramelo caliente. Y después de haber perdido completamente la noción del tiempo, él

se alejó.

“No, no podemos hacer esto ahora. Realmente tengo que irme al trabajo”.

“¿Estás seguro?” le pregunté. “Mi culo está justo aquí” le dije inclinando mi pelvis hacia él. Mirándolo un segundo, no tardó mucho en romper mi hechizo y salir.

“No eres bueno para mí” dijo con una sonrisa al cerrarse las puertas del ascensor.

“Pero eres genial para mí” dije para mí misma preguntándome cómo respiraría sin él.

Con él fuera, caí en el sofá mirando el ascensor esperando verlo abrirse de nuevo. No fue así. Incluso después de saber que no sucedería, no podía salir pensando que podría hacerlo. Si no me hubiera tenido que ir al baño, habría podido quedarme allí para siempre.

Una vez aliviada y en el baño, me preparé para el día. ¿Qué haría con mi tiempo considerando que Dante no quería que fuera a su trabajo? Había mucho tiempo antes de nuestra cena con Matteo. Cómo me sentiría determinaría qué iba a ponerme.

Decidido a visitar a mi hermana, me puse un traje de satén azul medianoche con pantalones de campana de corte largo. Tenía los tacones perfectos para ellos. Y dado que iría a casa, el maquillaje sería mínimo.

Vestida y listo, pronto me di cuenta de que no tenía una forma de llegar. Tomé mi teléfono y llamé a mi esposo.

“¿Cómo conseguiste este número?” preguntó al contestar.

“¿Cómo supiste que era yo?”

“Me parece justo. ¿Qué pasa?”

“¿Cómo llamo a un helicóptero?”

“¿Qué?”

“Cuando estaba en casa, llamaba a la asistente de mi padre y el piloto me encontraba en el helipuerto. ¿Cómo lo haces tú? ¿Llamo a tu asistente?”

Dante se rió.

Si le pidieras a mi asistente que organizara el helicóptero de la familia, no sabría de qué demonios estás hablando.

“¿Llamo a tu piloto directamente?” pregunté confundida.

“¿Qué te hace pensar que tengo un helicóptero en espera?”

“¿Por qué no lo tendrías?”

“¿Por qué lo tendría?”

Viendo que esta conversación no iba a ninguna parte, fui directo al grano.

“Quiero ir a visitar a Yuki que está en casa hoy. ¿Cómo lo hago?”

“Podrías conducir”.

“No. Inténtalo de nuevo”.

“¿Qué quieres decir con no?”

“¿Tengo que explicarte lo que significa no? Inténtalo de nuevo”.

“Podría hacer que un conductor te recoja”.

“No nuevamente. Inténtalo otra vez.”

“¿Qué tal si organizo un helicóptero para llevarte a casa de Sato?”

Sonreí encantado.

“Eso es, esposo. Sabía que te saldría”.

Dante no pareció contento con eso, pero me informó que su asistente me llamaría con los detalles. En 20 minutos lo había hecho, y en el helipuerto 20 minutos después de eso, aterricé en el complejo de mi padre en menos de una hora.

Como toda buena japonesa, Yuki era una criatura de hábitos. Este era el momento para que estuviera en su jardín. Encontrándola allí, me arrepentí de haber usado tacones.

“No entiendo cómo puedes disfrutar estar aquí” dije furiosa de que ni siquiera esto tiñera su tez porcelana.

“Me relaja. Quizás deberías considerar la jardinería” dijo mientras continuaba podando sus rosales de invierno.

“Tengo mis propias formas de relajarme” le dije a mi gélida hermana.

“Imagino”.

“Claro que no”.

El silencio cayó entre nosotros dejando que la mirara sin nada mejor que hacer.

“Te compré un regalo”.

“¿De veras?” pregunté intrigada. “¿Será este mi regalo de bodas?”

“Puedes pensar en ello como quieras. ¿La vida matrimonial te ha tratado bien?”

¿La vida matrimonial me ha tratado bien? Veamos. Estaba durmiendo mejor que en años. Tuve el mejor polvo de mi vida. Y comencé a disfrutar de la compañía de mi esposo.

“Puedo pensar en cosas peores”.

Al escuchar mi declaración, Yuki casi colapsa de sorpresa... o al menos, su versión de eso, que consistía en una ligera mirada de soslayo con contacto visual. Prestando nuevamente atención a sus rosas, dijo: “Me alegra”.

Podando apenas un minuto más, reunió sus cosas y me llevó de regreso al interior. Mientras lo hacía, casi demostró una emoción. Nunca había visto a mi hermana tan alterada. ¿Quién era esta persona a mi lado?

“¿Té?” preguntó, su tono denotando su angustia.

“Por favor” respondí dispuesta a aceptar cualquier cosa para calmarla.

Al haber elegido el balcón donde me casé con Dante para nuestro té, comprendí la causa de la alborotada agitación de mi hermana. Era perderme.

Su delicado corazón luchaba por manejarlo. Su mirada inexpresiva hacia el bosque frente a nosotros era todo lo que podía hacer para no lanzarse por el balcón hacia su muerte. Mi corazón se quebró por ella. Era trágico.

“Dijiste que tenías un regalo para mí” pregunté esperando rescatarla de su desolación.

Volteándose hacia mí, me miró y luego se levantó.

“Iré a buscarlo”.

Mientras ella no estaba, permití que mi mente pasara al tiempo que había pasado en este complejo. Siempre había tratado estar aquí lo menos posible. Siempre lo había considerado una prisión. Vivir con mis amantes había sido mi escape.

Yuki nunca había tenido tales opciones. No estaba seguro de si alguna vez había tenido un novio.

Era posible que lo hubiera tenido. A lo largo de los años he estado fuera mucho tiempo. Siempre que se presentaba la oportunidad de una nueva vida, la tomaba. Y mientras me embarcaba en otro de mis amoríos torcidos, mi hermana permanecía aquí siendo la hija perfecta de mi padre.

Si Yuki alguna vez consideró este lugar su cárcel, ciertamente venía con privilegios. A diferencia de mí, tenía acceso completo al dinero de mi padre. Y un par de veces al año viajaba de regreso a Japón para pasar tiempo con los hermanos que apenas conocía.

Pero, incluso con esa libertad, siempre llegaría un momento en el que su correa la traería de regreso. Yuki era la constante de este complejo. Caminaba por los terrenos como un fantasma. Si alguna vez tuvo un amante, tendría que haber sido mientras viajaba. Pero era difícil imaginar eso.

Regresando a nuestro té, Yuki sostenía una caja elegantemente envuelta. De pie para aceptar su regalo, sostuve el otro extremo de la caja e hice una reverencia.

“Por tu felicidad” me deseó.

“Me honras” respondí sin poder ignorar mi programación. “Por favor, siéntate” dije esperando que regresara a su asiento.

Nuevamente sentadas con el regalo entre nosotros, lo miré con anticipación. Quitando la cinta mientras me aseguraba de admirar el envoltorio, eventualmente encontré una caja blanca.

Levantando la funda, dentro encontré lo que a menudo había encontrado: un vestido elegantemente confeccionado en negro.

Estaba encantada. Si nada más, Yuki tenía un gusto exquisito. Donde habría ella encontrado sus regalos, nunca lo sabría. La falta de etiqueta en ellos una vez me llevó a creer que ella los había diseñado ella misma. Pero a medida que se volvían más elaborados, que los hubiera diseñado ella se volvió menos probable.

“Esto es increíble” dije sosteniéndolo frente a mí.

La parte superior del vestido no tenía mangas y era ajustada con bordados de hilo negro. Era clásico chino. La parte inferior continuaba con la gruesa seda negra que se dividía en pantalones que caían juntos para parecerse a un vestido.

“Me alegra que te guste” dijo Yuki con la más leve insinuación de una sonrisa.

“Más que gustarme. Voy a usarlo esta noche”.

“¿Vas a salir?”

“Voy a cenar con Dante y su hermano” le dije orgullosa.

“Oh”.

“¿Conoces al hermano de Dante, Matteo?”

Yuki bajó la cabeza y giró ligeramente indicando que no.

“Alguien intentó atentar contra la vida de Dante”.

“¿Oh?”

“Fue por eso que chocó el auto el día de nuestra boda. No solo se estrelló tratando de alejarse de mí” dije tratando de ocultar el alivio que sentía al decirlo.

“Ah” soltó ignorando mi indiferente indulgencia. “¿Y tú cena con Matteo?”

“Él cree que hubo alguien esperándolo afuera de nuestro complejo quien le disparó”.

“¿Lo sabe padre?”

“Él no sabe nada de esto. Y debes guardar el secreto. Hasta que descubramos quién intentó matarlo, esto no puede salir”.

“Tus secretos siempre han estado seguros conmigo”.

“Lo sé” dije bajando la mirada hacia el vestido.

“¿Por qué es que tu esposo sospecha de su hermano?”

“Piensan que fue obligado por su padre”.

“¿Y se unirán a ellos para cenar esta noche?”

“Le dije a Dante que sería capaz de ver su culpabilidad”.

“¿Has ganado algún poder que desconozca?” preguntó bromeando.

“He ganado muchos” respondí juguetonamente. “Ahora puedo ver a través de las paredes”.

“Eso es una gran habilidad”.

“También puedo mover el platillo de debajo de la taza sin tocarlo” le dije sosteniendo las manos encima como si fuera a levantarlo. “Sólo que no quiero hacerlo ahora” dije relajándome en una negativa simulada.

Yuki puso la mano sobre su boca ocultando su risa. Siempre me hacía sentir bien hacer reír a mi hermana. Nunca había sido fácil. Pero cuando lo hacía, me sentía completo.

Disfrutando el resto del día con mi hermana, la dejé prometiéndole que la visitaría de nuevo. Y lo planeo a pesar de todos sus arrebatos emocionales.

Llamé a la asistente de Dante, el helicóptero estuvo allí con tiempo suficiente para regresar a casa, ducharme de nuevo y prepararme para la cena. Sabía qué me pondría, pero aún no había decidido el maquillaje. ¿Qué impresión quería causar a mi nuevo hermano?

Ciertamente, necesitaba saber que lo mataría si iba tras Dante. ¿Qué podría comunicar eso? Los ojos de gato estaban tan fuera de moda que alguien tendría que estar loco para usarlos. ¿Era yo de ese tipo de locura? ¿O eso sería ir demasiado lejos?

Decidiéndome por una base pálida que me daría un aspecto fantasmal, realcé mis cejas ya

gruesas y elegí un labial negro. Era muy Grace Jones de los 80. Decía, no me des la espalda porque soy lo suficientemente loco para acostarme con O.J. Simpson.

“¿Qué demonios?” dijo Dante al venir a cambiarse y llevarme. “¿Sabes que vamos a cenar con mi hermano, cierto? A él no le va a gustar ninguna de estas cosas que llevas puestas”.

Mientras Dante indicaba con una seña todo sobre mí, lo ignoré.

“Bueno, el propósito de esta noche no es que le guste, sino averiguar si intentó matarte”.

“Sí, pero si no lo hizo, tendrás que verlo regularmente. Matteo no es tan abierto como yo”.

“Entonces tendrá que aprender a serlo, ¿no?”

Dante se veía desconcertado. No creí posible que alguien con tantos tatuajes lo estuviese. Tomando mi mano, dijo: “Quiero que sepas que te ves increíblemente bien ahora. Lo digo en serio. Me encanta todo lo que llevas. Pero cuando se trata de mi familia...”

“Cuando se trata de tu familia, tendrán que acostumbrarse”.

“Kuroi...”

“¿Estás pidiéndome que te apuñale de nuevo?”

Dante soltó mi mano y saltó hacia atrás.

“¡No! Cuando vio que no lo haría, añadió”.

“Todavía estoy sanando de la última vez”.

Recordando lo que le había hecho, realmente me sentí un poco mal.

“Ah, mi pobre bebé” dije acercándome lentamente.

Directamente en frente de él, deslicé mi mano en su costado y, con el pulgar, rocé suavemente el lugar donde lo apuñalé. Podía sentir la piel cosida. El cuerpo de Dante estaba tenso debajo de mí, pero no se retiró.

“Nunca dejaré que nadie vuelva a hacerte esto” le dije mirándolo a los ojos.

“Tú fuiste quien lo hizo. ¿Lo harás de nuevo?”

“Espero que no” le dije honestamente. “Solo quiero protegerte”.

Dante parecía menos seguro con mi respuesta de lo que yo quería. Probablemente porque no quería mentirle. Seguía sin saber qué hacía cuando dormía. Debería estar preparado para defenderse si en un delirio exhausto yo intentaba algo.

De verdad que no quería hacerle daño otra vez. Pero no estaba segura de poder detenerme. Nunca podría confiar en mí.

“Deberías alistarte” le dije sin querer dejarlo ir.

Él me miró antes de moverse.

“Si te portas bien esta noche, tal vez tenga algo esperándote cuando lleguemos a casa”.

“No hagas una promesa que no puedas cumplir” le respondí coquetamente.

“Siempre puedes confiar en mi palabra” me dijo apretando mi trasero.

Sintiendo su gran mano consumir mi cuerpo, sentí un calor entre mis piernas. ¿Qué tenía en mente? Me había gustado todo lo que habíamos hecho la noche anterior. La única desventaja era que no podía sentir el látigo también.

“Seré buena” dije presionando donde lo apuñalé con mi pulgar.

Él se estremeció apretando más mi trasero. Sus dedos se clavaron casi rasgando mi carne. Dolía y me gustaba.

Con su mano libre lanzándose a mi muñeca para quitarla de su costado, di otro pequeño apretón y la solté. Una vez liberada mi mano de él, bajó la cabeza y me dio un beso. No fue lo suficientemente largo, pero me recordó los beneficios de ser buena.

Quizá no iba a saltar sobre la mesa y cortar el cuello de Matteo después de todo. Tenía demasiado que perder si lo hacía. ¿Ya sabía mi esposo cómo controlarme? No sabía cómo me sentía al respecto.

Cuando Dante me dejó para alistarse, permanecí en la sala esperándolo. Cuando regresó, había una sorpresa. Se veía diferente. Todo lo que llevaba era básicamente igual, sólo que su camisa a

rayas era roja, blanca y azul. ¿Era este mi esposo relajándose? Tal vez sí.

Dirigiéndome al ascensor, tomé su brazo. Cuando lo tomé, él no se resistió. Se enderezaba. Parecía disfrutar de tenerme a su lado. No podía creerlo porque nadie lo hacía. Incluso el chico que amaba se abstenía de permitirnos ser vistos juntos en público.

No era parte del mundo que Dante y yo compartíamos, así que temía por su vida. Resulta que tenía razón en temerla. Simplemente temió a las personas equivocadas. Debería haber temido a la única persona en la que confiaba. Hablemos de un mal juicio de carácter.

Al llegar al restaurante, esperé a que Dante abriera la puerta del auto. Le tomó un segundo darse cuenta de lo que estaba haciendo, pero lo entendió.

“No esperes que haga esto cada vez” me informó al salir.

Lo ignoré, esperé a que cerrara la puerta del auto y luego tomé su brazo. Nuevamente, enderezó su espalda y caminó más alto.

Al entrar el restaurante, escaneé el lugar. Se notó la diversidad de la clientela, ninguno de los cuales era asiático o negro.

Había una persona que nos miraba, sin embargo. Era difícil de perder. Parecía una versión más linda de Dante. Y si estuviera soltera y buscando una buena noche, sería con quien me iría.

“¿Tu hermano es guapo?” le pregunté a Dante, cuya atención se volcó hacia mí por sorpresa.

“Nunca en un millón de años” dijo con confianza.

Miré de nuevo al hombre que nos observaba acercarnos. Podía ver las ruedas en su cabeza girar. Estaba confundido sobre cómo responder. Vernos lo había desestabilizado. Eso era bueno. Ahora tenía que continuar con eso.

“¿Sabes quién soy?” le dije a Matteo antes de que Dante tuviera la oportunidad de hablar.

“He oído mucho sobre tí” dijo Matteo con una sonrisa.

“Todo bueno, espero” le dije.

“Depende. ¿Es cierto lo que dicen?”

“¿Y qué dicen?” dije mientras mi mandíbula se tensaba.

“¿Por qué no esperan hasta sentarse para montar una escena?” dijo Dante luciendo incómodo.

“¿Quién está haciendo una escena?” pregunté mientras Dante me sacaba la silla.

“Ustedes dos”. Y esa no es la forma en que esta maldita noche va a terminar.

Miré a Dante sonriendo.

“¿Y cómo va a salir esta noche?”

Dante se sentó.

“Va a comenzar con que los presente a los dos”.

“Entonces preséntanos” dije interrumpiéndolo.

Dante se sintió incómodo.

“Kuroi, este es mi hermano, Mateo. Mateo, esta es... ah”.

“Su esposa” dije cortándolo nuevamente. “Soy su esposa” dije alcanzando la mano de Matteo a través de la mesa.

Mientras lo miraba, observando cada uno de sus movimientos, él me devolvía la mirada.

“Así que eres la famosa Viuda Negra” dijo con una sonrisa.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó al escucharlo decirlo. Ya había matado a personas por menos.

“¿Toda persona con la que duermes muere?” preguntó Mateo divertido. “¿Debería estar preocupado por mi hermano?”

“¿Qué diablos estás preguntando?” intervino Dante.

“Estoy preguntando si ustedes dos están teniendo sexo” dijo directamente.

Respondí: “Soy su esposa. ¿Qué crees?”

Matteo se recostó en su silla y se rió.

“¿De qué te ríes? ¿Celoso?” desafié.

“Tal vez. ¿Qué hace que tu culo sea tan irresistible para que mi hermano tire a su familia por alguien como tú?”

“¡Cuida tu maldita boca, Mateo!”

“Solo estoy diciendo, tiene que haber algo muy bueno allí abajo. Tal vez deberías compartir el amor” Mateo dijo señalándome.

Fue entonces cuando Dante se levantó de un salto, cruzó la mesa, agarró un cuchillo y lo presionó contra la garganta de su hermano.

Te dije que cuidaras tu maldita boca. ¿Lo entiendes?

Al no comprender lo que estaba ocurriendo, Mateo se rió.

“Está bien. Lo haré. Vigilaré lo que digo.

Cuando Dante no retrocedió, agregué: “Creo que lo ha entendido”.

“Lo entiendo, Dante. Lo entiendo” dijo, levantando las manos.

Tardó un segundo, pero Dante se relajó. Eché un vistazo alrededor a las personas que se habían detenido para observarnos.

“Pensaron que estaba ahogándose” le dije a todos los que nos veían. “Falsa alarma. Pueden regresar a sus comidas”.

Finalmente, todos volvieron a sus comidas y todos en nuestra mesa se relajaron.

“Entonces, escuché que eres el responsable del matrimonio de Dante y el mío” pregunté reenfocándome en por qué habíamos venido.

“Y parece que deberían estar agradeciéndome” dijo orgulloso.

“¿Crees que lo que ocurrió entre Kuroi y yo te exime de la locura que hiciste?”

“Sabes por qué lo hice, Dante” dijo Mateo, a la defensiva.

“¿Por qué lo hiciste?” pregunté, curiosa.

Mateo se volvió hacia mí.

“Porque ese cabrón dañó a la hermanita de mi amigo,” Matteo explicó, inmediatamente enfadado.

“¿Dañó cómo?”

“Dañó de la manera que te lleva a la muerte,” explicó Matteo. “Deberías saber algo al respecto.”

“¿Estás diciendo que se lo merecía?”

“Prácticamente lo estaba pidiendo.”

“¿Es por eso que intentaste disparar a Dante? ¿Él lo estaba pidiendo también?”

“¿De qué estás hablando? ¿Quién intentó matarte?” preguntó Mateo a su hermano.

“No finjas ser estúpido. Sabemos que tú fuiste el que le disparó” continué.

“¿De qué diablos está hablando, Dante?”

Un reacio Dante se inclinó hacia adelante con los codos en la mesa y dijo:

“Creo que lo que Kuroi está tratando de preguntarte es, ¿dónde estabas cuando fui a lo de Sato? ¿Me seguiste hasta allá?”

“¿Seguirte hasta allá? ¿Por qué te seguiría hasta allá?”

“Para dispararme cuando me iba”.

“¿Para dispararte? ¿Por qué intentaría dispararte?” preguntó confundido.

“Quizás tengas que hacerlo” dijo Dante, sugiriendo.

Mateo miró a su hermano sin responder.

“Papá no me pidió matarte” respondió solemnemente.

Intuyendo que había algo más en su historia como yo, Dante preguntó: “¿Qué te pidió que hicieras?”

Mateo miró hacia abajo incapaz de mantener contacto visual conmigo.

“Ya sabes, no deberías haber dejado a Pa fuera como lo haces. No le gusta.

“¿Qué te pidió que hicieras, Mateo?”

“No me pidió que hiciera nada” dijo, todavía sin mirar.

“Maldita sea, dime, Mateo” exigió Dante. “¿Qué no me estás contando?”

“Solo que, Pa ha estado preguntando si yo trataría el negocio como tú”.

“¿Qué significa eso?”

“Conoces a tu Pa. No le gustan los cambios. Ha estado haciendo todo de la misma manera desde que nació. Tú llegaste, hiciste todos estos cambios y lo bloqueaste. Quiere volver.

“Quiere saber a quién respaldarías si me echara”.

“Más bien, si estuvieras fuera de juego. Me preguntó cómo dirigiría las cosas”.

“¿Crees que hará un movimiento contra mí?” aclaró, Dante.

Mateo miró a su hermano.

“Creo que ya lo ha hecho”.

“¿Cómo es eso?” pregunta Dante, enfocado.

“Tío Vinny está de regreso”.

Dante cayó lentamente en su silla oyendo la noticia. Miré entre los dos tratando de descubrir qué estaba ocurriendo.

“¿Quién es Tío Vinny?”

Mateo respondió.

Es el hermano de nuestro padre. Dice la historia que una vez hizo un movimiento contra nuestro padre por el negocio y mi padre lo exilió por eso. Ha estado pidiendo volver a los Estados Unidos durante treinta años y nuestro padre no lo permitió.

“¿Y crees que el hecho de que tu padre le dejara volver tiene que ver con que él hiciera una jugada contra Dante?” lo aclaré.

Mateo miró a Dante en busca de confirmación.

“¿Por qué cambiaría de opinión ahora después de treinta años?”

“¿Por qué me estás contando esto? Podrías haber mantenido esto oculto” preguntó Dante a Mateo.

“Te lo cuento porque eres mi hermano. Siempre me has respaldado. Quiero que sepas que tú tienes el mío. Somos familia. No hay nada que se interponga entre nosotros, no importa cuán atractivo sea su trasero”.

Dante giró su atención hacia mí en busca de mi respuesta. Por una vez, yo no supe qué decir.

Matteo le decía a Dante que yo no debía importar. ¿Dante creía eso? ¿Le importaba yo o sólo era una distracción? Tal vez todo mi maquillaje le había hecho creer que estaba con una mujer y sólo era cuestión de tiempo que se diera cuenta de lo que yo era.

Con un camarero asustado acercándose a la mesa poco después, Dante no abordó lo que Matteo había sugerido. En su lugar, pedimos pasta italiana y vino, y fingimos que Matteo no había dicho nada de lo que había dicho.

Matteo no paraba de hablar de un tatuador de Los Ángeles del que había oído hablar, y le costaba mirarme a los ojos. Después de cenar, cuando Dante se dirigió al baño, Matteo se volvió hacia mí.

“No sé qué tienes planeado con Sato. Pero si tocas un cabello en la cabeza de mi hermano, te desollaré como a una cabra”.

“¿Piensas que podrías detenerme si hubiéramos planeado algo?”

“¿Qué tal si te detengo ahora y no tengo que preocuparme por eso?”

Con su mano bajo la mesa, oí el clic cuando el seguro de su arma se desbloqueó.

Sabiendo que no tenía nada que hacer para alejarme desde esta distancia, le pregunté.

“¿Piensas que Dante te perdonaría alguna vez si hicieras eso?”

“Dante me ha perdonado por todo tipo de mierda ¿Qué sería una más?”

“Por mucho que no me guste, Mateo tenía razón. Atrapado al otro lado de la mesa, no había

manera de levantarme antes de que pudiera disparar dos veces”.

“No soy la asesina de mi padre. ¿Y tú?”

“Tal vez Sato sabe que no tiene que pedírtelo”.

“Por mucho que deteste hacerlo, Mateo tenía razón. Cada hombre con el que estuve más de una noche, ha muerto. Si mi padre quiere que alguien esté fuera de escena, todo lo que tiene que hacer es lograr que ame a alguien. Sin tener que pedirlo, estarán fuera”.

“Si crees eso, dispara” le dije, resignada a mi destino. “Vamos. Hazlo”.

“¿Qué está pasando?” preguntó Dante al regresar a la mesa con Mateo y yo mirándonos fijamente.

“Simplemente estaba dándole la bienvenida a mi nueva cuñada a la familia”.

“¿Fue eso?” me preguntó Dante.

“Nunca me había sentido más en casa” le dije sin quitarle la vista a Mateo.

Tanto como no quería admitirlo, Mateo había entrado en mi cabeza.

“No creo que él te haya disparado” le dije a Dante en el auto camino a casa.

“Yo tampoco lo creo. Y si lo que dijo sobre Tío Vinny es verdad y está de regreso, tenemos otro problema”.

“Parece que sí” estuve de acuerdo.

“¿Estás bien, Kuroi? Estás en silencio desde que regresé del baño” preguntó después de que continuara sin poder mirarlo a los ojos.

“Estoy bien”.

“No lo pareces”.

“Estoy cansada”.

“¿Estás tan cansada que no quieres cobrar tu recompensa por ser bueno esta noche?”

Me volví para ver la sonrisa en su hermoso rostro.

“Sí. Tal vez otra noche”.

“Oh. Sí, por supuesto” dijo retrocediendo rápidamente.

Quería explicarle que era una mala idea dejar que me acercara a él. No podía confiar mi misma. Tenía que saber eso. Si me permitía enamorarme de él, acabaría muerto. Soy la Viuda Negra. Eso es todo lo que siempre seré.

Estacionando, ascendimos el ascensor hasta nuestro lugar. No nos tocamos. Cuando se abrieron las puertas, me dirigí al cuarto de invitados.

“¿A dónde vas?” preguntó al cruzar la habitación.

“A la cama”.

“¿No me acompañarás?”

“Quizá no sea una buena idea”.

“Si Mateo te dijo algo, lo juro por Dios, le arrancaré el puto cuello”.

Lo miré tratando de calmarlo.

“No me dijo nada que no fuera verdad”.

“Lo mataré a golpes”.

“No, Dante. No se trata de él. Se trata de mí. No quiero herirte”.

“Has tenido la oportunidad y no lo hiciste. No me lastimarás”.

“No sabes eso. Y la razón por la que no lo sabes es porque yo no lo sé”.

“Kuroi” dijo Dante acercándose y rodeando mis bíceps con sus grandes manos.

“No, Dante. Mató a personas”.

“No me matarás”.

“Yo mato a las personas que amo. No quieres que te ame. Déjame ir, Dante” le dije en sobriedad.

Dante soltó mis brazos y me alejó. Cuando estuve solo en el cuarto de invitados con la puerta cerrada, me senté en la cama, bajé mi rostro en mis manos y lloré.

Capítulo 10

Dante

Voy a matar a Matteo por lo que le hubiera dicho a Kuroi. Hasta que salí al baño, todo había ido bien. Sí, me enteré de que mi padre había invitado a su traicionero hermano de vuelta a nuestras vidas para poder matarme. Pero Matteo y Kuroi se estaban llevando bien.

¿Qué podría haberle dicho Matteo? Nunca había visto a Kuroi así. Era como si fuera una persona diferente. Quería recuperar al Kuroi que conocía.

Con la esperanza de que todo lo que necesitara fuese una buena noche de sueño, me dirigí a mi habitación y a la cama. Recordando la sensación de Kuroi en mis brazos, no podía dormir. Para la mañana, habré dormido tres horas como mucho. Y cuando regresé al salón y vi que la puerta del dormitorio de invitados seguía cerrada, no estaba seguro de qué hacer.

“¿Estás despierta?” pregunté llamando a su puerta. “¿Kuroi?”

“¿Qué?” escuché que decía desde dentro.

“Necesito tu ayuda. ¿Puedo pasar?”

“Es tu casa” dijo sin sonar bien.

Al entrar, encontré lo que había llevado la noche anterior en el suelo mientras que sus almohadas estaban teñidas de maquillaje. No conocía a Kuroi desde hacía mucho tiempo, pero esto no parecía propio de ella. Mirándola mientras enterraba el rostro en su almohada, dije:

“Podría usar tu experiencia hoy”.

“¿Qué pasa?”

“Necesito encontrar a mi tío Vinny. Si está en la ciudad, necesitare refuerzos”.

“¿Por qué no le pides ayuda a Matteo?”

“No confío en Matteo para esto. Confío en ti”.

“No deberías”.

“Como dijiste, matas a personas. Y si llegara el momento, necesito a alguien que no vacile por lealtad familiar”.

Lo que había dicho era cierto, ¿no? El tío Vinny era familia. Tanto Matteo como Lorenzo podrían dudar si las cosas se complicaran. Kuroi no lo haría. Realmente era la única persona en la que podía confiar para que cubriera mi espalda.

“Vamos, Kuroi, te necesito”.

Kuroi se volteó para mirarme.

“Lo digo en serio. Eres la única en quien puedo confiar para esto” le dije sinceramente”.

Kuroi bajó la mirada, se limpió la cara con la almohada y luego se levantó.

“De acuerdo. Dame unos minutos para vestirme”.

Al regresar al salón, entendí lo que mi nueva esposa quería decir cuando pedía “unos minutos”. Cuarenta minutos después, surgió luciendo más como ella misma.

“Te tomaste tu tiempo” dije sin poder ocultar mi molestia.

“Querías mi ayuda, ¿no? Tenía que maquillarme”.

Hablaba como si la persona que conocía como Kuroi fuera solo una máscara que llevaba. ¿Lo era? ¿Cuánto sabía realmente sobre Kuroi? ¿Cuánto podría llegar a saber sobre él? No lo conocía desde hacía tanto tiempo.

“¿Café? Hice una jarra” le dije levantando mi taza.

Kuroi se sirvió café en un termo y nos dirigimos hacia afuera.

“¿Entonces, ¿cuál es el plan?” preguntó mientras conducíamos a la oficina.

“Nos reuniremos con Lorenzo”.

“¿Estás seguro de que puedes confiar en él?”

“Si no puedo, estamos bien jodidos. Porque él lo sabe todo”.

“¿Todo?” me preguntó Kuroi de manera insinuante.

“Bueno, hay unas cuantas cosas que él no sabe. Pero sabe mucho.

Kuroi no respondió a eso. No podía decir qué estaba pensando, pero cuanto más hablábamos, más emergía mi Kuroi. Espera, ¿cuándo comencé a pensar en él como ‘Mi Kuroi?’”

Eso era lo que ella era, mía. Y si alguien intentase interponerse entre nosotros como lo había hecho Matteo, tendría que enfrentarse a mí. Mi hermano tendría que aprender eso. Pero primero, tendríamos que lidiar con mi padre y su intento de deshacerse de mí.

Al llegar a mi despacho más tarde de lo habitual, me encontré con que Lorenzo ya estaba allí. Sentado en la silla frente a mi escritorio, se sorprendió cuando entré con Kuroi. Con los ojos fijos en Kuroi, me preguntó: “¿Cómo te fue anoche con Matteo?”

Mientras me acomodaba tras el escritorio, Kuroi tomó el sillón junto a la ventana. Aunque llevaba un traje, vi sus tacones cuando puso los pies sobre la mesa. Parecían botas hasta el muslo que lo hacían tres pulgadas más alta.

“Fue educativo” le dije a Lorenzo revisando mi calendario del día.

“No me dejes en suspenso. ¿Fue él quien intentó dispararte?”

“No lo creo”.

“Entonces, ¿quién?”

“¿Sabías que el tío Vinny estaba en la ciudad?” dije observando a Lorenzo atentamente en busca de engaño.

“¿El tío Vinny?” preguntó sorprendido Lorenzo. “¿Desde cuándo?”

“No lo sé. Pero si ha regresado, tiene que haber una razón. Ha sido persona non grata con papá toda nuestra vida. ¿Ahora papá está enfadado conmigo por casarme y el tío Vinny está de vuelta?”

“Esto es un movimiento de papá” dijo Lorenzo dándose cuenta.

“Eso es lo que piensa Matteo”.

“Entonces, ¿qué vas a hacer?”

“Tenemos que encontrarlo y averiguar por qué está aquí”.

“¿Y si está aquí para hacer el trabajo sucio de papá?”

“Lo eliminamos”.

“¿Lo eliminamos?” preguntó Lorenzo perdiendo algo de color en su rostro.

“Kuroi y yo” aclaré.

“¿Tú y Kuroi?” dijo mirando de nuevo a mi esposa.

“Sí. Esto es asunto de familia. Lo mantengo en la familia” dije enviando un mensaje a Lorenzo sobre quién era Kuroi para mí.

“Entendido. Entonces, ¿estás seguro de que está en la ciudad?”

“Todavía no hemos llegado tan lejos” expliqué.

“Puedo averiguarlo” dijo Kuroi para mi sorpresa.

“¿Tú? ¿Cómo? ¿No sabes nada sobre él?” le pregunté a mi esposa, mortalmente tranquila.

“No lo necesito. Solo necesito su nombre. ¿Cuál es?”

“Vincent Ricco”.

“Dame hasta el final del día” dijo Kuroi antes de levantarse y salir.

Cuando se fue, Lorenzo volvió hacia mí y bajó la voz.

“¿Estás seguro de que puedes confiar en ella, Dante?”

“¿Quién? ¿Kuroi?”

“¿De quién más crees que hablo?” espetó.

Lo miré con desagrado por la forma en que alzó la voz.

“Lo siento, Dante. Pero sí, Kuroi. Piénsalo. Le llaman la Viuda Negra. ¡Todos los que han estado con ella mueren! ¡Todos!”

“Eso es otra cosa. No quiero escuchar más sobre esa mierda de la Viuda Negra”.

“¿No quieres escuchar más sobre eso? Dante, te casaste con ella e inmediatamente casi

mueres. ¿Crees que fue una coincidencia?”

“¿Crees que casarme con Kuroi enfureció tanto a papá que intentó matarme?”

“Pero esa es la cuestión. Digamos que fue Matteo quien te disparó. ¿Cómo sucedió?”

“¿A qué te refieres?”

Lorenzo se levantó y caminó por la habitación mientras pensaba.

“De acuerdo, dices que cuando fuimos allí, tu plan era disuadir a Sato del acuerdo, ¿verdad?”

“Correcto”.

“Entonces, no había forma de que pudieras saber que planeaba casarse contigo en ese momento. Y si tú no lo sabías, papá definitivamente no lo sabía. Entonces, ¿por qué habría hecho que Matteo te siguiera con un rifle de precisión por si hacías algo para enfadarlo?”

“No lo sé. Nuestro padre está loco” expliqué.

“Está loco. Pero, ¿cuál es la razón por la que necesitabas tomar el control del negocio?”

“Porque no es estratégico” me di cuenta.

“Exactamente. Y requeriría algo de pensamiento estratégico estar tantos pasos por delante. Yo podría hacerlo. Tal vez tú podrías hacerlo. Pero, ¿papá y Matteo...”

“Tuve que admitir que Lorenzo tenía razón. Le estaba dando a papá más crédito del que merecía. Sí, Matteo podría ser el único capaz de hacer ese disparo. Pero, ¿por qué habría estado allí para hacerlo?”

“¿Estás sugiriendo que me inventé lo del disparo?”

“No estoy sugiriendo que hayas inventado nada. Pero, ¿y si la sensación en tu cuello no es lo que piensas que fue?”

“¿Qué más podría ser?”

“Podría ser un simple pellizco de nervio. Podría ser un dolor fantasma. Me pasa todo el tiempo. De repente, algo duele y luego desaparece”.

“Así que crees que todo fue psicológico”.

“Lo que digo es que la explicación más obvia suele ser la correcta. Sólo hay una persona capaz de hacer un disparo así, y no había razón para que él estuviera allí. Eso deja como causa más probable de tu accidente el beso de la Viuda Negra”.

“Te dije que dejaras de lado esa mierda de la Viuda Negra”.

“Entonces dame otra explicación. Estás allí. Ella te besa. Menos de cinco minutos después, te estrellas contra un árbol. ¿Qué más pudo haber pasado?”

Dirigí mi atención hacia la ventana, sabiendo que había otra posibilidad.

“¿Qué es?” preguntó Lorenzo, siempre tan perspicaz.

“Cuando estaba en el hospital, el médico, el de Sato, te diré, tenía esta loca idea de que podría ser otra cosa”.

Lorenzo inclinó la cabeza como un perro que oye algo que nunca antes había escuchado.

“El médico sugirió que no fue un atentado contra mi vida. Pensaba que fue...” hice una pausa, tratando de pensar en una razón para no decirlo. No pude encontrar ninguna...” un ataque de pánico”.

Lorenzo me miró sin palabras. Podía ver su mente trabajando.

“No” concluyó tan confiado como en cualquier otra ocasión.

“Y eso mismo fue lo que dije. Por supuesto que no fue un ataque de pánico. No sufro ataques de pánico”.

“No los tienes”.

Miré la seguridad inquebrantable de Lorenzo en mí.

“Cierto. Pero, ¿cómo lo sabes?” pregunté, curioso.

“¿A qué te refieres con cómo? Te conozco”.

“No lo sabes todo sobre mí”.

“¿Te refieres a cómo te gusta el café de la manera en que te gustan las mujeres?”

“Cuida tu puta boca” dije, volviendo a mi antigua respuesta pre-Kuroi.

“Te casaste con una mujer negra, Dante. Creo que puedes admitir que tienes una preferencia. ¿Crees que eres el único? ¿Crees que las gilipolleces racistas de papá no tuvieron el mismo efecto en mí y en Matteo?”

“¿Qué?” pregunté atónito.

“Todo lo que digo es que te conozco. Incluso cuando pensabas que no, te conocía. Y te estoy diciendo, no fue un ataque de pánico”.

Me dejé caer en mi silla, atónito. Durante años había ocultado lo que hacía. ¿Cuánto tiempo había sabido? ¿Quién más lo sabía?

“¿A quién más se lo has contado?” pregunté, avergonzado.

“¿Qué? Sobre lo que haces en la privacidad de tu habitación, que no tiene nada que ver con la familia ni con nada más”.

“Sí. Pareces no tener problema en contarme sobre Matteo”.

“También te hablé de mí. ¿No me vas a preguntar sobre eso?”

“La mujer en el pasillo esa noche que vine. Ella venía de tu apartamento. Por eso tenías suficiente comida para dos personas”.

Lorenzo asintió con la cabeza en reconocimiento.

“¿Cuánto tiempo has estado con él?”

“No mucho. No lo llamaría nada serio. Nuestro mundo es mucho para imponerle a alguien que no tiene ni idea de en lo que se está metiendo”.

“Entonces lo entiendes”.

“¿Quieres decir, por qué estás ciego a que Kuroi está intentando matarte?”

“No. Quiero decir, por qué no es Kuroi. Piensa. Lo que sientes es lo que él siente. No es un maldito monstruo. Entiendo su mundo. Carajos, soy parte de él. ¿Por qué querría matar al único hombre que lo entiende?”

“Porque está en su naturaleza. Las viudas negras no matan porque quieren. Lo hacen para sobrevivir. Quién sabe, tal vez te ame. Pero eso no la detendrá de comerte después de que le hayas dado lo que necesita”.

Capítulo 11

Kuroi

Cuando no puedas dejar de pensar, entierra la cabeza en tu trabajo. No sé quién lo dijo, así que lo reivindico como original de Kuroi.

No esperaba que Dante me despertara esta mañana. No esperaba que Dante me despertara esta mañana. Pensé que le estaba cumpliendo lo que quería al salir de su habitación. ¿No era ese el trato que habíamos hecho, que solo estaría en su cuarto unas pocas veces a la semana?

Había dormido allí un par de noches seguidas. ¿No quería que le diera algo de espacio? Si lo quería, ¿por qué no había salido simplemente a trabajar esta mañana?

Además, prácticamente me había prohibido entrar en su oficina. ¿Y ahora me invitaba a unirme a él esta mañana? Esto tenía que ser su manera de desafiar a la muerte. Así que, si ahora terminaba muerto, ¿no se lo habría buscado?

En lugar de permitir que mi cerebro privado de sueño se descontrolara, hice lo que se me daba mejor. Había alguien que necesitaba encontrar. Había encontrado personas antes. La organización de mi padre estaba especialmente equipada para eso y tenía acceso completo a ella.

Mi primera parada fue a la mujer a quien la Yakuza había hecho rica por sus servicios. El punto de apoyo que la organización de mi padre había podido asegurar en Nueva York era la importación de heroína. Suena peligroso y emocionante, pero en realidad es bastante aburrido. No éramos responsables de cultivarla o refinarla. Ni siquiera la transportábamos desde Afganistán al aeropuerto afgano. Solo la subíamos a aviones de carga y la despejábamos a través de la aduana en los Estados Unidos. Una vez allí, la canalizábamos a distribuidores locales que estaban encantados de tener nuestros servicios.

Los cultivadores y transportadores nos consideraban sus mayoristas. Los distribuidores nos consideraban su banco. Extendíamos líneas de crédito para aquellos que no podían pagar de inmediato y obtenían un tiempo fijo para el reembolso. ¿En qué se diferenciaba esto de importar alfombras?

Lo que esto significaba era que la organización de mi padre tenía dos especialidades, el movimiento de dinero y el paso por aduanas. Teníamos docenas de personas en las que podíamos confiar para cada uno. La persona con la información que necesitaría hoy era nuestra jefa especialista en aduanas.

Ya fuera producto o personas, ella podía hacer que pasaran por la aduana de Estados Unidos. No era la única persona en su posición a la que teníamos acceso, pero era la mejor. No solo podía despejar el camino a través de los puntos de control para cualquier cosa que necesitáramos, tenía acceso a la base de datos nacional de todo y todos que entraban o salían del país.

“Vincent Ricci” le dije sentado frente a ella en su oficina en el aeropuerto.

Me gustaba tratar con ella. A diferencia de muchos otros, no tenía miedo. Me dijeron que creció en las líneas de metro abandonadas bajo la ciudad de Nueva York. Era una persona topo.

Solo podía imaginar lo que vio de niña. Pero fue suficiente motivación para salir adelante y no tener que volver a vivir así. Hasta donde mi padre puede decir, ni siquiera gasta lo que le pagamos. Probablemente solo duerme sobre ello por seguridad.

Eso está bien para nosotros. Las compras grandes son como las personas en su posición son atrapadas. Que haga una manta de seguridad con el efectivo para lo que nos importa. Solo necesitábamos resultados y ella nos los daba.

“¿Llegando o partiendo?” preguntó mirándome con sus ojos de topo.

“Llegando. Creemos que ya está aquí”.

“¿Por cuánto tiempo?”

“No lo sabemos. Quizás desde hace unos días”.

Ella asintió con la cabeza y se perdió en los datos que resplandecían en la pantalla.

“La búsqueda llevará un tiempo”.

“¿Debería esperar?”

“Preferiría que no lo hicieras. Me sorprende que tu padre haya autorizado que estés aquí. Tu presencia podría levantar interrogantes.

“Solo haz la búsqueda” exigí sabiendo que tenía razón.

Llamaba la atención a propósito. También era fácil de recordar. Lo último que mi padre necesitaba era que alguien me reconociera como su hijo y se preguntara por qué estaba aquí hablando con quien estaba.

Una hora más tarde, ella preguntó:

“¿Vincent Ricci llegando de Roma, Italia hace dos días?”

“Eso suena bien. ¿Dice dónde se alojará mientras esté en Nueva York?”

Con unos pocos toques más, tuvo una respuesta.

“¿Me lo puedes escribir?” le pedí al recibirlo en un papel. “Gracias”.

Cuando me levanté, ella me detuvo.

“Mi hermano no merecía lo que le hicieron”.

Pausando, la miré confundido. “¿Tu hermano?”

“Ricci” dijo refiriéndose al nombre que había escrito. “Matteo Ricci mató a mi hermano. No lo merecía”.

No había hecho la conexión. Su hermano fue el que Matteo había matado arrastrándolo detrás de su auto en territorio Yakuza.

“No lo merecía” coincidí.

“Dicen que se volvió loco con esa chica italiana, pero no fue idea suya”.

“¿Qué quieres decir?”

“Alguien le dijo que lo hiciera. O al menos le metieron la idea en la cabeza”.

“¿Cómo sabes eso?” pregunté de repente intrigado.

“Me lo dijo antes de...” se detuvo incapaz de admitir que su hermano se había ido. “No dijo quién, pero alguien le dijo que a ella le gustaba duro”.

“Tendría que haberle gustado muy duro según lo que escuché”.

“Mi hermano podría dejarse llevar. Pero te digo que no fue idea suya. Ni siquiera sabía quién era ella hasta que alguien le susurró al oído. Ahora está muerto. Ricci tiene que pagar por lo que hizo”.

¿Sabía ella que mi padre había saldado la deuda con los Ricci casándome con Dante? Tenía que saberlo. ¿Quién de la organización no lo sabía? Eso significaba que estaba cuestionando el juicio de mi padre respecto a que mi matrimonio fuera suficiente.

“De verdad que no tienes miedo”.

“¿Qué queda para tener miedo?”

“A mí” le dije antes de salir de su oficina y cerrar la puerta detrás de mí.

Tomé un taxi hasta el aeropuerto, tomé otro de vuelta al centro de la ciudad. Al mirar la dirección mientras conducíamos, me preguntaba qué debería hacer con ella.

Matteo creía que Vincent Ricci estaba en la ciudad para matar a Dante. Si eso era cierto, necesitaba que se le diera una lección. Pero, ¿era cierto? No conocía a Matteo, así que no sabía si se podía confiar en lo que decía.

Me había apuntado con una pistola. Si estaba dispuesto a matarme para salvar a su hermano, definitivamente era una buena señal para mí. Yo habría hecho lo mismo, solo que Matteo no lo habría visto venir.

Redirigiendo el taxi a la dirección en el papel, nos detuvimos en un barrio italiano en el Bronx. Era el tipo de lugar en el que imaginé a Dante cuando era niño. Las calles estaban bordeadas de modestas casas de dos pisos con patios del tamaño de una postal. Y había más de una entrada con tipos que llevaban camisetas de tirantes blancas y cadenas de oro.

La casa en la dirección que Vincent Ricci había puesto en su formulario de inmigración parecía como cualquier otra casa en la manzana. No había incluido con quién se quedaría. Pero si estaba aquí, la persona había vivido aquí por un tiempo.

¿Podría ser la hermana de Vincent? ¿Dante había mencionado algo sobre tener una tía? No estaba seguro, pero los italianos eran conocidos por tener familias numerosas. Su padre tenía que tener más hermanos. Dante era uno de unos cinco hijos. Lo mismo debía ser cierto sobre su padre.

¿Cómo debió haber sido crecer en una familia como la de Dante? No sabía mucho sobre él antes de nuestro matrimonio, pero los Ricci eran una prominente familia de la mafia en Nueva York. Todo el mundo conocía lo básico. Dante era el respetado hijo mayor. Matteo era el psicópata. Y el resto se mantenía fuera del foco.

Si tenía que escoger a alguno de ellos, siempre había imaginado acabar con Matteo. Pero Dante tenía razón. Diez minutos a solas y nos habríamos matado el uno al otro. Casi ya lo habíamos hecho.

Pero mirar a los ojos de Matteo, siempre veía a un loco bisexual mirándome. Sería el tipo que te inmovilizaría en la cama y te follaría hasta que perdieras la sensación en las piernas. Por supuesto, también podría matarte por reírte mientras alcanzas el orgasmo. Así que...

¿Podría ser eso lo que pasó con el hermano de nuestra especialista en aduanas? No dudo que comenzara con Matteo enfrentándolo sobre lo que pasó con la hermana de su amigo. Pero nadie lleva tan lejos las cosas con un hombre hecho.

Y él podía haberlo matado. En cambio, lo arrastró detrás de su auto hasta que murió. Luego se lo restregó a mi padre. ¿Qué pudo haber desencadenado ese nivel de locura sino el pánico gay?

¿Qué había dicho ella sobre que alguien le susurró al oído de su hermano? ¿Qué significaba eso? Si eso era cierto, ¿quién podría haber sugerido algo así? ¿Y por qué? ¿Podrían saber la tormenta de fuego que desencadenarían?

Mientras estaba sentada pensando en eso, un hombre italiano mayor descendió las escaleras del edificio de piedra marrón que estaba observando. Era más frágil de lo que imaginaba que sería el tío de Dante. Se parecía a Lorenzo si acaso. Y vestido con un traje beige que no llamaría la atención de nadie, se acercó al borde de la acera con una sonrisa en el rostro y un aire de ligereza.

Este era Vincent Ricci. No tenía duda.

Sintiéndome bien conmigo misma, le mandé un mensaje a Dante de regreso a casa.

“He sido buena. Creo que merezco una recompensa esta noche”, le escribí con la piel erizándose mientras esperaba una respuesta.

“¿De verdad? Jaja. ¿Descubriste algo sobre el tío Vinny?”

“Trato primero. Respuestas después”.

Hubo una pausa antes de que él contestara,

“¿Qué quieres?”

“Sabes lo que quiero”.

Consideré responder con un emoji de guiño, pero no estaba en sexto grado, así que no lo hice. Sin embargo, él respondió con dos emojis, una palmeta de cuero y una mano abierta. El texto que siguió decía, “Elige uno”.

Un calor me recorrió el cuerpo y mi corazón latió con fuerza.

“Ambos”, respondí.

“Elige uno”.

Le envié un emoji de una sola lágrima.

“Oh, sí lo harás. Elige uno”.

Mi clitoris latía tan fuerte que dolía. ¿Cómo se suponía que debía elegir entre los dos? Quería todo lo que tenía para darme.

“Dijiste que, si era buena, podía tener ambos”, protesté.

“ELIGE UNO”, respondió enviándome escalofríos.

“Sí, señor”, escribí saliendo de mi modo rebelde y cayendo en el de sumisa obediente.

Todavía no sabía cuál quería. La idea de su mano grande y desnuda picándome el trasero me debilitaba las piernas. Pero imaginarme el sonido de la palmeta golpeando mi trasero...

Respondí con el emoji de la palmeta.

“Llegaré a casa a las 6:30. Estarás preparada y harás lo que se te diga”.

Mi mente giraba con la anticipación de lo que sucedería a continuación. Llegaría una hora antes que él a casa. Tenía tiempo de prepararme. ¿Cómo, sin embargo?

Apresurándome al armario en la habitación de invitados donde guardaba mi ropa, rebusqué entre todo hasta que algo destacó. Era una capa hasta el suelo que había comprado cuando me sentía especialmente dramática. Diseñada para envolver completamente a quien la llevaba, ¿qué decía mejor sumisa obediente que vestirse como un sacerdote católico?

Decidiendo usarla sin nada debajo y darle la vuelta para que se abriera por la espalda, eso solo dejaba mi cabello y maquillaje. Mirándome en el espejo a lo que tenía para trabajar, solo podía ver al diablo. Pero eso estaba fuera de tema. Necesitaba parecer una colegiala católica o algo cercano a eso.

Con solo cuarenta minutos antes de que comenzara la noche, me duché y me lavé el pelo. Entonces se me ocurrió. Dante nunca me había visto con mi pelo rizado hacia atrás. Con él, pasaba por lo que era, japonés. ¿Qué podría ser más obediente y sumisa que eso?

Usando mi gel espeso, lo pasé por mi pelo hasta que cada rizo desapareció. Luego, apliqué rímel hasta que mis ojos grandes parecieron alargarse y las arrugas en mis párpados desaparecieron. No estaba preparada para ver quién reflejaba el espejo cuando terminé.

Kuroi se había ido. Frente a mí estaba la chica que mi padre habría tenido si no fuera por la negritud de mi madre. ¿Habría querido este padre a esta versión de mí? ¿Habría dado a esta hija a sus socios comerciales para ser usada y descartada?

Nunca lo sabría porque esto nunca sería yo. Pero esta noche podía fingir. Y la chica que me veía desde el espejo estaba avergonzado de todas las cosas malas que ha hecho. Quería ser castigado. Necesitaba desesperadamente limpiar su alma para poder ser buena otra vez. Deseaba tanto ser buena.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, dejé de pensar y me volví hacia la puerta de la habitación, sintiendo que se me apretaba el pecho. No era yo quien iba a salir a encontrarse con Dante. Era Shiro. Sabía cómo pensaba y se comportaba Shiro porque era lo contrario de cómo lo haría yo.

Dejé el espejo de maquillaje, me ajusté la capa a mi alrededor y me acerqué a la puerta cerrada del dormitorio.

“¿Kuroi?” llamó Dante con voz grave.

Respiré hondo y abrí la puerta.

“Kuroi no está aquí”. Me envió a recibir su castigo.

Los ojos de Dante se abrieron sorprendidos al verme. Se mostró confundido, pero solo por un momento.

“¿Estás dispuesto a esto, porque Kuroi tiene mucho que recibir?” preguntó levantando la paleta que sostenía a su lado.

Más allá del mango, tenía un pie de largo y tres pulgadas de ancho. Todo cubierto de cuero. Viéndola, mis testículos se erizaron. Mi respiración se detuvo.

“Sí, señor”.

“¿Vas a recibir su castigo por ella?”

“Recibiré todo lo que le corresponde” dijo Shiro inclinando la cabeza.

Con la cabeza agachada, no podía ver lo que Dante estaba haciendo.

“¿Te dijo Kuroi que hicieras lo que te dijera?”

“Sí, señor. Debo hacer cualquier cosa que me mandes hacer”.

“¿Cuál es nuestra palabra de seguridad?”

“Cerezas”.

“Ponte de pie” ordenó.

Lo hice. Al encontrarme con sus ojos, encontré un brillo en ellos que nunca había visto antes. No estaba seguro de qué pensar. Solo sabía que quería más de ello.

“¿Dónde está tu teléfono?”

“¿Mi teléfono?” pregunté desconcertada.

“O el teléfono de Kuroi. ¿Dónde está?”

“Está...” miré hacia el dormitorio de invitados preguntándome si lo había dejado en el bolsillo de mis pantalones... “Allí dentro”.

“Ve por él”.

Confundida por lo que estaba diciendo, hice lo que me dijo. Dando pequeños pasos como hacían los curas en las viejas películas de kung fu, recogí mi teléfono y regresé. Dante observó la habitación.

“Apóyalo en la isla de la cocina. Verticalmente” me dijo.

Siguiendo sus instrucciones, lo apoyé contra la cesta de fruta emocionándome de que quisiera grabar esto.

“Ahora agáchate para que tu cara llene la pantalla”.

“¿Qué?”

“¿Cómo?” preguntó Dante enfadado.

“¿Qué, señor?”

Se calmó.

“Me escuchaste” lo repitió lentamente. “Agáchate para que tu cara llene la pantalla”.

Miré a Dante sin saber qué estaba pasando. Mi corazón martillaba en mi pecho. El terror se infiltró en mis pensamientos, pero hice lo que me dijo.

Con mis antebrazos planos sobre la encimera y mi estómago presionando el borde, mi capa se abrió revelando mi trasero. Dándose la vuelta detrás de mí, rozó ligeramente el cuero contra mi piel desnuda. Pensé que iba a desatarse cuando dijo,

“Ahora llama a tu hermana por videollamada” dijo en un tono bajo y oscuro.

Me quedé impresionada. No podía estar hablando en serio. Yo no era Kuroi. Era Shiro. Y Yuki no sabía nada sobre este lado de mí. Era ingenua e inocente. No podía llamarla así.

“Dije que llamaras a la hermana de Kuroi. Sabes el número, ¿verdad?”

“Sí, señor” respondí avergonzada por Shiro.

“¿Kuroi te dijo que hicieras lo que te dijera, no es así?”

“Sí, señor”.

“Entonces haz lo que te digo y llama a Yuki ahora”.

No sabía qué estaba pasando, pero lo hice. Extendí la mano, llamé a Yuki y recé para que no contestara.

“¿Hola?” dijo antes de retroceder al ver a Shiro llenando la pantalla.

“Hola, me llamo Shiro y me dijeron que te llamara”.

Tan pronto como lo dije, sentí la paleta conectarse con mi trasero desnudo más fuerte de lo que nunca podría haber imaginado. El sonido fue ensordecedor. Al escucharlo, Yuki reaccionó horrorizada.

Estaba conmocionada por lo que estaba pasando. Estaba avergonzada. En todos los años que había jugado a este tipo de juegos, nunca había experimentado algo así. Pero antes de poder reaccionar, sentí la paleta nuevamente.

Escuchando el segundo golpe, esta vez Yuki mantuvo la calma. Su estoicismo regresó.

“¿Estás siendo disciplinada, Shiro?” preguntó como si me preguntara qué había desayunado.

“Sí, señora. Lo estoy”.

Dante soltó de nuevo. El pinchazo fue tan intenso que me bailaron las piernas. Aun así, mi cara no se despegó de la pantalla.

“¿Estás aprendiendo a someterte a tus superiores?” preguntó con un tono más riguroso.

“Sí, señora. Lo estoy”.

Dante golpeó de nuevo. Cerré los ojos tratando de absorber la sensación.

“No cierres los ojos. Mírame” ordenó como si fuera parte de esto.

Hice lo que me dijo.

“Bien. Ahora, serás obediente...”

Otro golpe.

“Serás sumisa...”

Otro golpe.

“Y harás lo que se te diga”.

Otro golpe.

“Sí, señora”.

“No dejes que esto tenga que volver a pasar” dijo terminando la llamada.

Tan pronto como lo hizo, Dante se inclinó sobre mí presionando su cuerpo vestido contra el mío. Sintiendo su gran y duro miembro presionado contra mi cadera, y la paleta descansando en la parte trasera de mi pierna, susurró en mi oído.

“Vas a ser mi buena chica, ¿verdad?”

El retumbar de su voz baja me provocó escalofríos. Debería haber estado enojada con él. Me había humillado frente a mi hermana. Pero lo único que podía hacer era anhelar su verga dentro de mí.

“¡Sí, señor!” gemí.

“Dilo más fuerte”.

“¡Sí, señor! ¡Seré una buena chica de ahora en adelante!”

Podía escuchar sus dientes moverse sobre su labio inferior.

“Ese es mi chica” respondió antes de golpear el muslo trasero con el cuero. Mientras mi cabeza se echaba hacia atrás en agonía, desabrochó sus pantalones, sacó su monstruosa verga, encontró mi coño y me penetró.

Al igual que con su elección de a quién llamar, fue despiadado. Golpeándome contra el mostrador mientras me empalaba, me susurró al oído.

“Eres tan hermosa. Eres lo más caliente que he visto. Te quiero a ti. Quiero cada parte de ti. Eres perfecta. Nunca podría encontrar a alguien mejor que tú”.

Esto fue demasiado. Era todo demasiado. Arrancada de este mundo, me sumergí en uno nuevo. En él solo estábamos él y yo. Humillación, dolor, amor, eran objetos físicos que me atravesaban. Azotada de una emoción a otra, mi cuerpo se contrajo una última vez antes de que gritara y me corriera.

Al escucharme, Dante agarró mi pelo. Forzando mis piernas a separarse, se agachó y realmente desató toda su fuerza. Era un muñeco de trapo en sus manos. Presionado en la encimera, no iba a ninguna parte. Y cuando había desgastado un agujero a mi medida, y ya no podía aguantar, bromeó y me llenó de sus jugos.

Su agarre en mi cabello fue lo único que me mantuvo en pie. Al soltarme y caer en un estupor exhausto, Dante se desplomó sobre mí. Ya no sostenido, me derrumbé sobre la encimera. Las fuertes respiraciones de Dante me envolvieron. Olía como su beso.

No estuvo allí mucho tiempo, Dante metió su mano bajo mi pecho queriendo envolverse en mí. Yo también lo quería, pero no tenía nada más dentro de mí. Estaba demasiado follada para moverme.

Contenta de sentirlo encima de mí, no tenía que conformarme. Tan pronto como recuperó el aliento, se levantó, me levantó en sus brazos y me llevó a su cama. Apoyando mi cabeza sobre su

hombro, observé cómo mi capa se arrastraba detrás de nosotros. Colocada sobre el colchón, me desvistieron rápidamente.

Todavía demasiado follada para moverme, lo observé mientras Dante se desnudaba. Su pecho tatuado ondulaba al moverse. Su estómago era un lavadero.

Bajándose los pantalones desabrochados, luego se quitó la ropa interior. Aunque no estaba duro, su miembro todavía era bastante grande. Sería el tamaño perfecto para chupar. Eso podría meterlo por mi garganta. No tendría la oportunidad de hacerlo, sin embargo, porque una vez que estuvo desnudo, se subió a la cama a mi lado y me envolvió en sus brazos.

No sé por qué, pero fue entonces cuando todo lo que había pasado liberó algo dentro de mí. Mientras me acunaba suavemente, de repente comencé a llorar. No era yo quien lloraba, por supuesto. Era Shiro. No sentía nada de eso. Usualmente no sentía nada en absoluto.

Pero, aparentemente Shiro era un llorón. Era todo lo que yo no era. Y mientras lloraba patéticamente, Dante la abrazó con fuerza. Con su gran mano apoyada en mi cabeza, me enterró en él.

¿Por qué era Shiro la única versión de mí que mi padre podía querer? ¿Qué había en Kuroi que era tan fácil de pasar de mano en mano? Estos eran preguntas para mí, pero Shiro sollozaba por esto. Qué patético. Gracias a Dios yo no era así. ¿Qué tan embarazoso sería si lo fuera?

Dante continuó sosteniendo a Shiro hasta que no pudo llorar más. Fue solo cuando su infernal berrinche terminó que pude relajarme. Escuchando los poderosos latidos de mi marido, me sentí segura. Y enterrada en sus fuertes brazos, me quedé lentamente dormida.

Capítulo 12

Dante

¿Qué demonios había hecho? ¿Había hecho llorar a Kuroi? La mujer con la que me había casado no lloraba. Apenas mostraba emociones. Era como si fuera una persona distinta. Se había llamado a sí misma Shiro. Pensé que estaba jugando a ser otra. Por eso seguí adelante.

Y ella conocía la palabra de seguridad. Me había asegurado de eso. Podría haber detenido lo que hacía en cualquier momento. Entonces, ¿por qué no lo hizo? Justo cuando pensaba que lo entendía y podía predecir sus respuestas, hacía esto.

Por supuesto, en cien años no habría imaginado que lo haría hacer lo que hice anoche. Pero lo hice. No sé qué me pasó. Solo iba a hacerlo inclinarse sobre mis rodillas y azotarlo. ...De acuerdo, eso no es del todo cierto. Desde el momento en que lo pidió, había decidido improvisar. Y luego recordé que Yuki me decía que Kuroi necesitaba una mano firme.

Tengo que ser honesto, que me dijera eso me molestó. No puedo explicar por qué me molestó. Fui a ella por consejo. Me lo dio. Pero fue la forma en que lo dijo. Era como si fuera la gran emperatriz y yo no supiera nada. Me hizo sentir como si no mereciera a Kuroi o algo así.

Así que, con Kuroi parado frente a mí como lo hacía, simplemente se me ocurrió. Y no había considerado cómo respondería Yuki al ver a Kuroi vestida como estaba, pero definitivamente no habría predicho que respondería como lo hizo.

Era como si los dos estuviéramos trabajando juntos. Pero no podía apoyar nada de lo que decía sobre que Kuroi debía saber su lugar. Kuroi sabía su lugar. A mi lado siendo la reina que era.

Sin embargo, al oírla decir esas cosas, todavía seguí adelante con ello. Estaba demasiado excitado por todo como para detenerme. Tenía que haber lastimado a Kuroi, ¿verdad? Por eso, después de llevarla a mi cama, se hundió en lágrimas. Entonces, ¿por qué no usó la palabra de seguridad? ¿La había olvidado?

“Buenos días” dijo Kuroi con una sonrisa.

“Buenos días” respondí, sin haber dormido ni un segundo.

“¿Tendré que esposarte hoy?” preguntó, luciendo fresco y relajado.

“No necesitas esposas porque nunca te voy a dejar ir”.

Kuroi me miró por un segundo y luego se inclinó para besarme. Relajándose sobre la almohada, me miró a los ojos.

“Sobre lo de anoche” comencé.

“No hablemos de lo de anoche” dijo, aun sonriendo contenta.

Pero teníamos que hacerlo, ¿verdad? Nunca había sido de hablar sobre estas cosas, pero si alguna vez necesitábamos hablar, sería sobre lo que sucedió anoche.

“Solo quiero estar seguro. ¿Recordaste nuestra palabra de seguridad, ¿verdad?”

La sonrisa de Kuroi se amplió de forma divertida. Extendiendo la mano y colocándola en mi mejilla, me tranquilizó.

“Sí, recuerdo nuestra palabra de seguridad”.

“Solo estaba comprobando” dije, sin sentirme mejor respecto a las cosas, pero sabiendo que no había cruzado una línea.

Tranquilizado, los músculos de mis hombros se relajaron. Todo mi cuerpo lo hizo. Con ello vino la ola de agotamiento tras estar despierto toda la noche. Me cerró los ojos. Y justo cuando iba a dejarme caer en el sueño, Kuroi dijo:

“Oh, nunca tuve la oportunidad de contarte por qué merecía un premio anoche”.

“No lo hiciste” dije sin fuerzas para volver a abrir los ojos.

“Encontré a tu tío”.

“Me lo imaginé. ¿Dónde está?”

“Atado en un almacén en el Bronx”.

Mis ojos se abrieron de golpe.

“¿Qué?”

“Pensé que querías hablar con él y pensé que te facilitaría las cosas” dijo Kuroi, complacida consigo misma.

“Eso es... No sé...” balbuceé luchando por encontrar palabras. “¿Por qué harías eso?”

“Porque podría estar aquí para matarte. No puede matarte si está atado en un almacén”.

“¿Ha estado allí toda la noche?” dije, completamente despierto y sentándome.

“No quería dejarlo allí. Algo me distrajo. ¿Qué era? Eso es... tu verga en mi culo” dijo divertida.

Saltando de la cama para prepararme, le dije a Kuroi: “Tienes que llevarme a él”.

Se dio la vuelta para mirarme y respondió: “Ha estado allí toda la noche. Si necesitaba orinar, ya se habrá meado. ¿Qué es otra hora en la cama?”

“Esto no es una broma, Kuroi. Tienes que llevarme a él ahora”.

“No tienes sentido del humor” dijo mi esposa, cumpliendo de mala gana.

Ya vestido, no dejé que Kuroi siguiera su rutina habitual de elegir un atuendo y maquillarse. Aun así, logró verse elegante y sexy a más no poder.

“¿Qué estás esperando? Vámonos” me dijo entrando al salón, como si yo no fuera el que lo estuviera esperando.

Nos subimos al auto, salimos de la ciudad y nos dirigimos al Bronx.

“Mi padre tiene almacenes en todos los distritos” explicó.

“¿Para almacenar su producto?”

“Son más bien centros de distribución. Tiene unos cuantos y va rotando entre ellos antes de venderlos. Este está vacío”.

Eso me dijo mucho sobre la organización de Sato. Si alguna vez íbamos a la guerra, ahora sabría cómo paralizarlo. No estaba seguro de si Kuroi había querido contarme lo que me contó, pero no había manera de que usara la información de una manera que pudiera lastimarlo.

Al acercarnos al almacén, entendí cómo Sato podía usarlo para distribución. La única forma de entrar era a través de un callejón. Y detrás de una cerca y un pequeño patio, el lugar era muy fácil de asegurar.

“¿Qué le dijiste cuando lo atrapaste?”

“¿Parece que tengo secuaces? No lo capturé. Lo convencí de que me siguiera”.

“¿Cómo hiciste eso?”

“Resulta que tú y tu tío comparten el gusto por las mujeres”.

“¿Te acostaste con él?” dije con mi temperamento alcanzando su punto de ebullición.

“¿Estás loco?”

“¿Cómo se supone que debo saber qué quisiste decir con eso?”

“Se supone que debes saber que no me voy a coger a tu tío, el hombre que podría estar aquí para matarte”.

“Qué bueno que lo sepas”.

“¿Qué diablos, Dante? Hice algo amable por ti”.

Me calmé un poco.

“Tienes razón. Lo que hiciste fue bueno. Es solo que... solo que no puedo pensar en ti con nadie más. Te juro que, si algo de lo que Yuki me dijo sobre lo que te pasó de niño fuera cierto, mataría a todo el que te hubiera puesto una mano encima”.

Kuroi me miró sorprendida.

“¿Por qué estás mirándome así?”

“¿Qué te dijo Yuki sobre mi infancia?”

“No me contó nada sobre tu infancia. Lo que me contó fue una historia de mierda sobre que eras una especie de aprendiz japonés o alguna tontería”.

“Una oiran” dijo Kuroi bajando la mirada. “¿Y no le creíste?”

“Vamos, no había manera de que hablara en serio sobre eso. Quiero decir, Sato es un imbécil, pero eres su hija”.

Kuroi miraba el suelo evitando mi mirada. Iba manejando, pero la visión me capturó por completo.

“Espera, ¿es por eso que estabas llorando anoche?”

“Dije que no quería hablar de lo que pasó anoche”.

Podía sentirme a punto de explotar. Tenía que detenerme.

“Está justo allí” dijo Kuroi señalando.

“Me importa un bledo dónde esté”. Con el auto apagado, me giré para enfrentarla. “Mira, lamento lo que hice anoche. La verdad es que, después de nuestras primeras noches juntos, fui a tu hermana para conseguir consejo sobre cómo manejarte”.

“¿Cómo manejarme? ¿Acaso soy un perro?”

“¡No! ¿Te has olvidado de lo que me hiciste? Me apuñalaste la noche que te mudaste. La siguiente noche me lanzaste una maldita cacerola. Lorenzo tuvo que coserme. Casi me desangro yendo a él. Así que sí, necesitaba ayuda sobre cómo manejarte para no acabar muerto”.

Eso dejó a Kuroi en silencio.

Sintiéndome demasiado entusiasmado al hacerle saber mi punto de vista, tomé su mano.

“Ese no era eso lo que quería decir. Fui a ver a Yuki porque te conocía mejor que yo. Pero, lo que ella me dijo, estaba más allá de lo creíble. Dijo que Sato te había hecho...”

“Oiran” dijo todavía sin poder mirarme.

“Eso es. Y dijo que Sato te dio a alguien como, ya sabes, un juguete sexual”.

“¿Juguete sexual? No, es diferente a eso” respondió Kuroi.

“No debería ser nada parecido a eso. Dime que esto es una de tus fantasías retorcidas. O, dime cualquier cosa. Pero si me dices que es verdad...”

“Es verdad” dijo enfrentando mi mirada.

El fuego estalló dentro de mí mientras mi piel se incineraba. Era un caldero listo para derramarse. Mataría a cada hombre que la hubiera tocado. Luego mataría a Sato. Le cortaría los dedos uno por uno y se los haría comer.

“Déjame que te lleve a él” le exigí.

“¿A quién? ¿Tu tío?”

“Al diablo con mi tío. Al hombre al que Sato te dio”.

“Está muerto”.

Luché por respirar.

“Entonces llévame al siguiente”.

“También está muerto. Todos están muertos”.

“¿Los mataste? Deberías haberlo hecho”.

“No recuerdo haberlo hecho. No recuerdo haber matado a ninguno de ellos”.

“¿Qué quieres decir con que no recuerdas?”

“Murieron de ataques al corazón. Todos ellos. Soy veneno”.

El dolor en la voz de Kuroi me devolvió a la realidad.

“¿De qué estás hablando?”

“Soy el veneno que los mató. Cualquiera que duerma conmigo muere. Tú vas a morir”.

“¿Cómo voy a morir?”

“No lo sé” dijo derritiéndose en arrepentimiento.

Tomé la mano de Kuroi.

“Escúchame, Kuroi. No vas a lastimarme”.

“Tú no sabes eso”.

“Sí lo sé. No eres veneno. Eres todo lo que he soñado. Haré todo para protegerte y tú harás

todo para protegerme a mí”.

“¿Y si no puedo protegerte de mí misma?”

“No quiero que me protejas de quien eres. Quiero todo lo que tienes. Quiero todo. No puedes asustarme. Estoy aquí y soy tu esposo. Y la forma en que sé que estaré aquí siempre es porque sé que te asegurarás de ello. Puedes contar con que te cubra las espaldas y yo sé que puedo contar con que tú me cubras las mías”.

Kuroi no respondió. No tenía que hacerlo. Sabía que lo que había dicho era verdad y no había nada que pudiera decir para convencerme de lo contrario.

Pero, por mucho que me hubiera calmado, todavía estaba enfurecido. Sato iba a morir por lo que le había hecho a Kuroi. Iba a arrancarle la cabeza con mis propias manos. Haría lo mismo con cualquiera que se interpusiera en mi camino. Pero primero,

“¿Dónde está mi tío?”

“Esa es la puerta allí” dijo señalando hacia la cerca y la puerta del almacén.

“Muéstramelo” le dije antes de salir del auto, y él me guió.

Al abrir la puerta del almacén, estaba completamente vacío excepto por una cosa. En el centro había una silla. Sobre ella había un hombre que no reconocí. Al oír la puerta abrirse, levantó la cabeza y gimió. No solo estaba atado a la silla y amordazado, sino que también estaba con una venda en los ojos.

Miré a Kuroi que me devolvió la mirada en blanco. Le hice un gesto para que consiguiera un vaso de agua. Pensó por un segundo y luego salió del edificio. Antes de que llegara a la silla, Kuroi estaba de regreso con una copa. Cayendo detrás de mí, me acerqué a la silla y miré al hombre.

Aunque nunca lo había visto antes, parecía un Ricci. Se parecía más a Lorenzo que a Matteo o a mí. Pero la semejanza de familia era clara.

Al sentirme frente a él, sus gemidos ahogados se convirtieron en un discurso confuso.

“Voy a quitarte la mordaza. ¿Me estás dando razones para arrepentirme?”

Se calmó y luego sacudió la cabeza, “no”.

Lentamente acercándome, aflojé su mordaza y la retiré de su boca.

“Grazie. Grazie. Gracias” dijo con acento italiano.

“Ahora, tengo un poco de agua para ti. Pero primero vas a necesitar responder algunas de mis preguntas. ¿Me entiendes?”

“Entiendo. Sí”.

“¿Y vas a ser honesto conmigo?”

“Te diré la verdad. Lo que necesites que diga”.

Miré a Kuroi que sostenía la copa sin expresión.

“¿Cuál es tu nombre?”

“Nadie. Solo estoy aquí visitando familia. Tienes al tipo equivocado”.

“¿Eres Vincent Ricci?”

Se congeló al oír el nombre.

“Dije, ¿tu nombre es Vincent Ricci?”

“No sé por qué querías algo de mí. Nunca he lastimado a nadie. Solo estoy aquí visitando familia”.

Tomé eso como un sí.

“¿Estás aquí para hacer un trabajo?”

“No estoy aquí por nada. Te he dicho. Solo estoy aquí visitando familia”.

Acercándome a él, cerré el puño y lo golpeé tan fuerte como pude en la mandíbula. El viejo hombre se balanceó en silencio. Tenía que tener cuidado de cómo hacía esto. Todavía estaba enojado por lo que me había contado Kuroi. Y casi lo había dejado inconsciente.

Le toqué la otra mejilla para despertarlo.

“Te lo dije. Tienes que ser honesto conmigo. ¿Vas a ser honesto conmigo?”

“Sí. Sí, seré honesto”.

“Ahora, ¿te permitieron volver al país a cambio de hacer un trabajo?”

“Sí. Mi hermano necesitaba que hiciera un trabajo”.

“Tu hermano dijo que podías volver al país si te encargabas del hijo. ¿Es correcto? ¿Dante Ricci?”

Él nuevamente se congeló, esta vez intentando averiguar quién era yo.

“Eso es lo que quería que hiciera. Pero no iba a hacerlo”.

“¿Qué ibas a hacer, ¿eh? ¿Ibas a advertirle?”

“Sí, iba a advertirle”.

“¿Ibas a encontrarlo y hacerle saber que su padre te había enviado a matarlo?”

“Nunca podría lastimarlo. Es mi sobrino”.

“Entonces, ¿qué ibas a hacer en su lugar? ¿Ibas a ofrecer ayudarte a matar a su padre?”

Él se congeló, esta vez confundido.

“No. No iba a hacer eso”.

“Entonces, ¿qué ibas a hacer, ¿eh?”

“¿Quién eres? ¿Dante? ¿Matteo? ¿Eres Matteo?”

Miré a Kuroi.

“Sí, soy Matteo. E ibas a traicionar a Pa, ¿verdad? Después de que te dejara volver, ¿ibas a decirle a mi hermano por qué estabas aquí, no es así?” dije aumentando a un grito.

“Te juro que no iba a hacerlo”.

“¿Entonces por qué no has completado el trabajo?”

“Se suponía que tenías que darme la pistola. Estuve donde me dijeron que estuviera. No viniste. Esperé una hora. Pensé que no vendrías. Si me das la pistola, haré el trabajo”.

“¿Y podrías hacer esto a la familia?” Dije sintiendo el pulso de la ira en mi interior.

“Tu padre me dijo que se está follando a la negra hija de su enemigo. Eso no es familia. La familia no hace eso. Es una desgracia. ¡Una desgracia!” gritó. “Dame la pistola y me encargaré de él como tu padre pidió. Desátame y dame la pistola” dijo con una mezcla de ira y miedo.

Miré a Kuroi una vez más. Sus ojos reflejaban lo que sentía. Sabía lo que haría a continuación.

Quizás debería haber estado nervioso conduciendo hacia la cena de domingo en casa de mis padres. Después de todo, mi padre había enviado a su hermano a matarme. Sin embargo, no lo estaba. Ni siquiera importaba que esta fuera la primera vez que mi padre conocía a mi nueva esposa.

No sabía cómo mi padre reaccionaría ante ella. Considerando quién y qué era Kuroi, no podía imaginar que fuera bien. Pero, comparado con lo que solía vestir, iba vestida bastante conservadora. Era como si estuviera esforzándose por encajar.

Llevaba una especie de mono como el que llevaba al cenar con Matteo. No era el mismo porque éste era azul oscuro sin los adornos elegantes. Y este tenía mangas.

Tampoco llevaba mucho maquillaje. Al menos no parecía que lo hiciera. Le tomó una eternidad vestirse, así que tal vez iba por un aspecto invisible, o como quiera que se llame. De cualquier manera, apenas podía dejar de mirar a mi esposa mientras conducíamos.

“¿Te dije lo hermosa que estás?” dije alcanzando su mano.

“No lo has hecho” contestó con una sonrisa pícaro.

“Te ves hermosa” dije besando su mano.

“Gracias” respondió con una sonrisa. “Estoy nerviosa”.

La miré dudando. “¿Por qué estarías nerviosa?”

“Quiero que a tu madre le guste”.

“No te preocupes. Le gustarás”.

“¿Sabe de mí?”

“Todo el mundo sabe de ti. Todo el mundo sabe que me casé contigo”.

“Pero, me refiero a, ¿sabe sobre tú y yo?” preguntó apretando mi mano.

Estaba preguntando si mi madre sabía que me estaba enamorando de la mujer negra con la que me vi forzado a casarme.

“No sabe cómo me siento por ti” admití.

“¿Y cómo es eso?”

“¿Qué? ¿Vas a hacer que lo diga?”

“No voy a hacerte hacer nada” dijo mirando hacia otro lado.

No quería que pensara que era cualquier cosa menos locamente enamorado de ella. No sabía que era posible ser tan feliz como lo era con Kuroi. Me sentía despierto y vivo cuando estaba con ella. Estar con Kuroi le daba un propósito a mi vida.

Fui puesto en esta tierra para protegerla. No es que necesitara mucha protección. Podía cuidar de sí misma. Pero a pesar de lo mortal que era, parecía no tener defensa cuando se trataba de su familia.

No me gustaban las cosas que Yuki le había dicho durante esa videollamada. Es extraño, sin embargo. Desde entonces, ha estado caminando con menos peso sobre sus hombros. No puedo explicarlo. Pero si tuviera que hacerlo de nuevo, no lo haría.

Luego estaba Sato. Kuroi me contó desde entonces cuántas veces Sato lo había entregado a alguien a cambio de un mejor trato. Fueron tres veces. Yo fui la cuarta.

La primera vez que Kuroi era una niña. No tenía elección. Las siguientes dos veces, Kuroi no era tan joven. Podría haberlo rechazado. Definitivamente tenía suficiente edad para negarse a casarse conmigo. Pero no lo hizo. Lo hizo sin pelear.

Sato tenía algún tipo de control sobre ella. ¿Qué más haría si Sato se lo pidiera? ¿Podría rechazar los deseos de su padre incluso si quisiera?

Mi nuevo propósito en la vida era protegerlo de eso. Sato moriría por lo que le había hecho a él.

“Te amo” le dije mirándola fijamente a través del parabrisas con mi mano envolviendo la suya.

Como no me respondió, lo miré. Eso estaba bien. Amarle no requería que él lo hiciera también.

“Siempre estaré ahí para ti. ¿Puedes escucharlo? De ahora en adelante, tú eres lo primero. Eres mi familia. Quiero que lo sepas”.

Me relajé en mi asiento después de decírselo. Era suficiente que ella lo supiera. Encontrando un lugar en la calle de mis padres, me detuve.

“¿Estás preparada para esto?” le pregunté a Kuroi apretando su mano una última vez.

“Si tú lo estás” respondió devolviendo el apretón.

Al salir del auto, esperé a que Kuroi recogiera nuestra contribución para la cena del maletero. Con ello en mano, lo guíé hacia los escalones del edificio de piedra marrón en el que crecí y subimos.

Al llamar y entrar, la primera persona que vi fue Lorenzo.

“Llegas tarde” me dijo, claramente en su segundo vaso de bourbon.

“No se puede apresurar a la perfección” le dije levantando las cejas insinuando mi propia frustración.

“No quería estar aquí” me recordó Lorenzo.

“Lo sé. Gracias por venir. Es una ocasión importantísima para nuestra familia y era importante que estuvieras aquí para ello”.

Agarré a Lorenzo por la nuca, lo miré a los ojos y lo besé en la mejilla.

“Gracias” le dije soltándolo.

Cuando Kuroi entró detrás de mí sosteniendo la caja, Lorenzo lo saludó con un gesto de cabeza. Kuroi asintió de vuelta con frialdad. Seguí la mirada cambiada de Kuroi y encontré a Matteo mirándola fijamente.

Todavía había tensión entre los dos y tenía que ponerme del lado de mi esposa en lo que fuera que estuviera ocurriendo. Pero Matteo había dejado clara su lealtad al no mostrarse para darle el arma al Tío Vinny.

“Matteo” dije agarrándolo por el cuello, acercándolo a mí. Quiero que resuelvas cualquier problema que tengas con Kuroi. ¿Me oyes? Es mi esposa. Tú eres mi hermano. No me hagas tener que elegir. Porque él también es familia”.

“Te escucho” dijo Matteo antes que lo besara y lo soltara.

Mirándolo mientras se acercaba a Kuroi, me mantuve listo para reaccionar.

“Kuroi” dijo Matteo acercándose a él.

“Matteo” dijo Kuroi mirándolo como si mi hermano fuera una serpiente a punto de atacar.

“¿Puedo tomar eso?” ofreció Matteo refiriéndose a la caja de Kuroi.

“Ella lo lleva” intervine queriendo presentarlo personalmente.

Después de Matteo, le presenté a Kuroi a Giovanni y Marco y luego entré en la cocina para encontrar a mamá. Con su delantal blanco y azul con el estampado de aves, la observé mientras rellenaba los platos de servir. Sin darse la vuelta, dijo:

“Oí que eres responsable de que Lorenzo se una a nosotros hoy”.

“Le pedí que estuviera aquí. Mamá, ¿puedo presentarte a alguien?”

Se volvió al encontrar a Kuroi en el marco de la puerta detrás de mí. La miró.

“Quiero que conozcas a mi esposa, Kuroi”.

Sus ojos rebotaron hacia mí. No sabía qué decir. Tuve que añadir algo de contexto.

“Fue un matrimonio arreglado para vincular a nuestras dos familias después de lo que Matteo hizo...” Me detuve. Mamá no sabía nada de lo que hacíamos en el negocio familiar. Así que definitivamente no necesitaba escuchar sobre lo que Matteo había hecho. “Pero no importa. Kuroi es mi esposa ahora” dije tirando de ella hacia mí y envolviendo mi brazo alrededor de ella. “Y soy feliz”.

Fue entonces cuando Mamá sonrió y se acercó a ella. Elevando sus brazos en celebración, intentó abrazar a Kuroi, y fue impedida por la caja.

“¿Qué es esto?” preguntó Mamá sobre la caja.

“Es una sorpresa, Mamá”.

“Bueno, ¿quieres ayudarle con eso?” dijo Mamá intentando liberar a Kuroi de la caja.

“Yo la tomo” dije tomándola de él. Cuando lo hice, Mamá la abrazó.

“Siempre es una bendición tener otra hija”.

Se volvió hacia mí. “Ahora puedes comenzar tu verdadero deber con esta familia, darme un nieto”.

Kuroi me miró a los ojos.

“Un paso a la vez, Mamá”.

“Sí, un paso” estuvo de acuerdo. “Siéntense, siéntense. Tu padre bajará pronto. Pondré otro plato”.

Con todos reunidos en el comedor, tomé mi asiento en el extremo opuesto de la mesa y coloqué la caja sobre la mesita detrás de mí. Cuando todos estábamos sentados, Papá descendió las escaleras como un emperador. No sabía si estaba sorprendido o decepcionado al verme. De cualquier manera, lo miré fríamente.

Sus ojos se posaron momentáneamente en Kuroi antes de apartarse. Papá no le gustaba Kuroi. Considerando su raza y quién era su padre, no sabía si alguna vez lo haría.

Eso estaba bien. No tenía que gustarle Kuroi. Pero seguro que iba a respetarla como la mujer casada con el jefe de la familia.

Papá se sentó sin decir palabra y Mamá terminó de servir la comida en la mesa. Después de que ella se sentó y antes de dirigir la oración, me levanté.

“Si a nadie le importa, quiero decir algo antes de que empecemos porque tenemos una

invitada especial hoy”.

Todos se volvieron para mirar a Kuroi.

“Sé que solo algunos de ustedes la han conocido. El resto ha oído hablar de ella. Pero todos podemos agradecerle a Papá por estar aquí hoy. Así es. Fue Papá quien la invitó”.

Todos se volvieron hacia Papá.

“Yo nunca invité a tu desgracia a mi casa” replicó.

Me volví hacia él.

“Primero que todo, mejor cuida tu puta boca antes que te arranque la lengua.

¡Dante!” dijo Mamá sorprendida.

“Dante, no puedes hablarle a Papá así” intervino Matteo.

“¿No puedo hablarle a Papá así, ¿eh?” “¿Tú piensas que puedes hablarme así a mí? ¿Quieres ver qué pasa si sigues hablando?” dije preparando para estallar.

Matteo retrocedió. Continuó.

“Todos ustedes podrían estar pensando que me refiero a Kuroi. Aunque es una ocasión especial tener a mi esposa aquí con la familia por primera vez, no es eso a lo que me refiero. Me refiero a...”

Me giré detrás de mí y recuperé la caja. Forzándola sobre la mesa frente a mí, desaté el lazo que la mantenía atada y quité la tapa.

“... es el Tío Vinny”.

Papá miró a los ojos de la cabeza de su hermano y jadeó. Se lanzó hacia atrás en su silla, impactado. Todos lo hicieron, excepto Kuroi. Mi esposa, en cambio, metió un bollo en su boca, lo cual era un poco tabú porque en esta mesa, no comíamos hasta después de la oración. Pero ella era nueva aquí así que no la corregí.

“¿Qué diablos, Dante?” dijo Lorenzo después de alejarse de la mesa.

“Oh, no me agradezcan por que el Tío Vinny esté aquí. Tienen que agradecerse a Papá. ¿No es así? Porque después de años de destierro, Papá le ofreció un trato a nuestro Tío Vinny. Podía volver siempre y cuando hiciera una cosa por Papá, matarme”.

Todos se quedaron boquiabiertos.

“No finjas tu sorpresa, Matteo. Sé que estabas involucrado”.

“Te juro, Dante, ¡nunca podría hacerlo! ¡Nunca podría traicionarte así!” proclamó ahora temiendo por su vida.

“No sé si es cierto. Pero no lo hiciste y eso es lo importante. Es por eso que tu cabeza no está en la caja junto a la suya. ¿Me entiendes, Matteo?”

Cuando no respondió, lo repetí más fuerte.

“Dije, ¿lo entiendes?”

“Sí, Dante. Lo entiendo”.

“Bien”.

Me volví hacia Papá y rodeé la mesa hacia donde él aún estaba sentado, sus ojos oscilando entre la cabeza de su hermano y yo.

Ahora la pregunta es, ¿qué hago con Papá? Contrataste a alguien para matarme. Un miembro de la familia, nada menos. ¿Y por qué? Porque me casé con alguien que probablemente termine siendo el amor de mi vida.

Me acerqué, mirándolo a los ojos.

“Ya sabes, si no puedes aceptar eso, probablemente debería sacarte de tu miseria ahora. Porque ni él ni yo vamos a ningún lado. ¿Preferirías eso, Papá? ¿Quieres que te saque de tu miseria?”

La boca de Papá se movía sin palabras.

“¿Qué fue eso? Necesitas hablar un poco más alto. Todos aquí necesitan escuchar lo que dices”.

“Puedo aceptarlo” dijo prácticamente haciéndose en los pantalones.

“Y no solo estás diciéndolo, ¿verdad? Porque recuerdo lo que nos enseñaste sobre cómo lidiar con los mentirosos”.

“Te estoy diciendo la verdad” dijo todavía sorprendido.

Asentí con satisfacción.

“Bien. Bien. Entonces eso está resuelto. Vamos todos, tomen sus asientos. Vamos a disfrutar de la deliciosa cena de domingo de Mamá”.

Todos me miraban sin moverse. Una vez que me senté, Lorenzo dijo:

“Dante, no puedes esperar que comamos con eso ahí” dijo refiriéndose a la cabeza.

“Lorenzo, ese es tu Tío Vinny. ¡Siéntate y demuestra un poco de respeto!” dije lentamente perdiendo la calma.

“Dante, mamá” dijo Matteo señalando a nuestra madre que estaba blanca como un fantasma.

“Yo no fui el que lo invitó aquí. Si tienes un problema con esto, díselo a Papá”. Ahora todo el mundo, siéntense y coman.

Cuando todos estuvieron nuevamente sentados, dirigí a la familia en la oración. No dije nada inteligente o ingenioso. Solo hice el trabajo y serví.

“El asado está muy bueno, Mamá. Te has superado” le dije.

“Sí, mis felicitaciones al chef” añadió Kuroi con una sonrisa.

No terminó siendo la cena más relajada que nuestra familia haya tenido, pero tampoco la menos. Qué tan relajadas eran nuestras cenas siempre era una cuestión de perspectiva. Al crecer, hubo momentos en que papá nos azotaba tan fuerte que la piel se desprendía de nuestra carne. Cuando la cena seguía, Papá nos hacía sentarnos y comer tan relajados como sea posible.

Hoy, el zapato estaba en el otro pie. Papá comió el asado de Mamá sin poder apartar los ojos de lo que pudo haber sido su destino. Yo, por otro lado, había asegurado la supervivencia de Kuroi y la mía, al menos a manos de mi familia.

La única cosa que quedaba por hacer después de esto tenía que ver con Sato. No estaba seguro de poder simplemente matarlo. Era uno de los hombres más protegidos de la ciudad de Nueva York. Llegar a él podría tomar algo de tiempo. Llevándonos la cabeza con nosotros al salir, unimos nuestras tres cabezas para idear un plan.

Estoy bromeando, por supuesto, nos deshicimos de la cabeza del Tío Vinny como lo hicimos con su cuerpo, con la ayuda de las instalaciones de Sato. Tengo que reconocerlo, los Yakuza eran un grupo organizado. Podría aprender un par de cosas de ellos. No era de extrañar que Sato pudiera capturar el mercado de heroína en Nueva York tan rápidamente.

En cierta manera, lo admiraba. Eso no cambiaba lo que le iba a hacer. Había ganado su lugar en el infierno el minuto que vendió a Kuroi como esclava sexual. Y no le negaría sus recompensas.

La única pregunta era, ¿cómo lo haría? ¿Y cómo respondería Kuroi si se lo dijera?

Capítulo 13

Kuroi

Estaba conmocionada mientras conducía de regreso a casa después de la cena con la familia de Dante. No podía creerlo. ¿Cómo hacía la madre de Dante para que el asado supiera tan bien? He comido en los mejores restaurantes del mundo. Ninguno de ellos podía compararse con lo que su madre cocinó.

Nunca conocí a mi madre. Por lo que podía saber, estaba muerta. ¿De qué otra forma mi padre me habría acogido?

Y nunca he conocido a la madre de Yuki. La he visto desde lejos. Pero cuando mi padre fue asignado a Nueva York, fui con él y un chef preparaba todas nuestras comidas.

Sentada alrededor de la mesa Ricci, no podía dejar de preguntarme cómo habría sido crecer en una familia como la de Dante. Tener una madre que se esmeraba en la cocina para su familia y hermanos que se reunían los domingos para disfrutarlo.

La parte de las cabezas cortadas, la conocía bien. No puedes estar mucho tiempo cerca de mi padre sin ver una cabeza cercenada. Pero las otras cosas... Sí, había tensión entre Dante y sus hermanos, pero todos se querían claramente.

A pesar de las órdenes de su padre, Matteo se negó a traicionar a Dante. Desafió a su padre por su hermano. No podía imaginar cómo se sentía ese tipo de amor. Lo más cercano que había experimentado fue cuando el tío de Dante dijo eso sobre Dante y sobre mí, y Dante lo mató por ello.

Aparte de Yuki, nadie se había preocupado nunca por mí. Crecí desesperada por alguien que me reconociera. Pero mi padre nunca me miró ni una sola vez.

Eventualmente aprendí a hacer que me mirara. Hice que no pudiera ignorarme. Exigí su atención y él respondió vendiéndome.

Si no hubiera sido por Yuki, podría haber perdido la cabeza creciendo como lo hice. Sin ella, no habría sabido lo que era el amor. Ella fue la única que alguna vez me amó. Y maté a cualquiera más que intentara

“¿Qué pasa?” preguntó Dante mientras nos estacionábamos en su lugar.

“¿Qué quieres decir?” le respondí.

“Estás llorando”.

“No seas ridículo” dije, ofendida.

“Sí, lo estás” insistió antes de extender la mano hacia el otro lado del auto y pasar el dedo por mi mejilla. Al mostrármelo, su dedo estaba mojado.

Sobresaltado, rápidamente me limpié el rostro y salí del auto.

“No estaba llorando”.

Uniéndose a mí mientras caminábamos hacia el ascensor, Dante me miró, preocupado.

“¿Te asustó lo que pasó?”

“¿Qué?”

“La cosa de la cabeza y la cena”.

“Lo miré y me reí”.

“Eres tonto, pero eres lindo”.

Él se detuvo.

“Mira, Kuroi, te amo. Te he dicho que te amo. Y haré cualquier cosa para protegerte. Pero tienes que ponerte de mi parte. No puedes simplemente romper a llorar y no decirme qué está pasando. ¿Cómo crees que eso me hace sentir?”

Me detuve y lo miré frustrada.

“Dije que no estaba llorando”.

“Entonces, ¿qué fue, alergias?” preguntó sarcásticamente. “¿Era fluido robot saliendo de tu cara? Odio decírtelo, pero no eres un robot. Sientes cosas, aunque no puedas admitirlo”.

“Escúchame, Dante, ¡no estaba llorando!” insistí.

“¿Y qué hay de la otra noche?”

Me congelé.

“¿Qué otra noche?”

“La noche cuando... hicimos eso y tú... ya sabes... te descontrolaste”.

“Eso no era yo”.

“Bueno, espero que haya sido tú. Apenas nos casamos. Es demasiado pronto para invitar a otra mujer a nuestra cama” bromeó.

“Dante” dije, abrumado.

Me agarró por los hombros y miró a mis ojos.

“No tienes que hacer esto. Sé que no soy muy bueno comunicándome. Quiero decir, ¿por qué demonios lo sería? Pero sé que es importante, así que estoy intentando aquí. Si te hago daño, tienes que decírmelo. Para eso es la palabra de seguridad, ¿verdad? Para que no te haga daño. No puedes dejar que siga haciendo cosas que te lastimen”.

“No has hecho nada para herirme” insistí.

“Entonces, ¿por qué estabas llorando?”

“Porque mi vida está jodida, Dante. No sé si sabes esto sobre mí, pero todos me llaman la Viuda Negra. Y tienen razón en hacerlo”.

“Nadie merece hablarte así”.

“Sí lo hacen. Porque soy la Viuda Negra. Te mataré, Dante. No quiero hacerlo. Y ni siquiera sabré que lo estoy haciendo. Pero un día me despertaré y te encontraré muerto a mi lado. No puedo soportarlo, Dante. No quiero perderte. No puedo perderte. Te amo”.

“¿Espera, me amas?”

“Sí... O, no lo sé. ¿Cómo demonios alguien como yo se supone que debe saber lo que es el amor?”

Caí en los brazos de Dante y sí, lloré. No era Shiro, era Kuroi. O quizás no lo era. Ya no sabía quién diablos era.

“No quiero matarte, Dante”.

“Escúchame. No vas a matarme”.

“Lo haré. Te mataré y luego me mataré a mí misma justo después. Porque no quiero vivir sin ti”.

“Kuroi, no vas a matarme. Te conozco. ¿Me oyes? Sé quién eres y nunca me harías daño”.

“Lo siento, Dante” dije entre lágrimas.

“No tienes nada de qué sentirte culpable. Nunca podrías hacerme daño”.

“¿Te refieres, otra vez?”

Dante se rió.

Eso es. Nunca podrías hacerme daño, otra vez. Me agarraste bastante bien cuando me apuñalaste. Y las puntadas en mi cabeza aún están sanando. Pero nos conocemos ahora. Y la mujer que conozco como Kuroi no me lastimará... otra vez”.

Me reí y olfateé. Alejándome de él, me limpié las lágrimas de los ojos. Mirando hacia abajo a la camisa de Dante, estaba cubierta de maquillaje.

“Si no te voy a matar, tendré que invertir en maquillaje resistente al agua”.

Dante miró su camisa blanca manchada de base.

“¿Cómo demonios estabas usando maquillaje? Te juro que no llevabas nada cuando salimos esta mañana”.

Lo miré y negué con la cabeza.

“Qué bueno que eres lindo”.

Recuperándome, continuamos hacia el ascensor y subimos a nuestro apartamento. Cuando las puertas del ascensor se abrieron a nuestro piso, mi cuerpo reaccionó. Poniendo mi mano sobre

él, detuve a Dante.

“¿Qué?” susurró al verme preparándome para una pelea.

Le hice un gesto para que se quedara dónde estaba. Respondiendo con una mirada que decía que no había manera de que simplemente se quedara allí, insistí enfáticamente y obedeció.

Asomándome desde el ascensor y sin encontrar a nadie detrás de la puerta, agaché el cuerpo y me moví con cautela. Conocía ese olor. Era tenue y no estaba seguro de quién era.

Pero estaba seguro de que no debería haber estado aquí.

Escaneé el espacio abierto y no vi a nadie. Eso no significaba nada. Había al menos tres habitaciones que no podía ver y...

“Yuki” dije de repente al darme cuenta de quién era.

Momentos después de decirlo, mi hermana salió del dormitorio de Dante. No vestía como de costumbre con sus elegantes ropas de inspiración japonesa. Vestía de negro, como si intentara mezclarse con la noche.

“Yuki?” preguntó Dante al salir del ascensor y verla. “¿Qué haces aquí?”

“Visito a mi hermana” dijo con calma como siempre.

Dante miró a mi hermana y luego a mí. No se lo creía. Yo tampoco.

“¿Puedes cerrar la puerta?” le pregunté a Dante.

No sabía si realmente podía. Sabía que se necesitaba una llave para llegar a nuestro piso. Pero eso no significaba que pudiera detener a alguien al salir.

“Puedo cerrarla” dijo insertando una llave en el panel del ascensor.

“Eso no es necesario” dijo Yuki con indiferencia.

“Ni venir aquí cuando yo no estoy” le señalé.

Yuki se relajó y se dirigió al sofá.

“¿No vas a ofrecerle algo de beber a tu hermana?”

No sabía qué estaba haciendo, pero decidí seguirle el juego.

“Por supuesto. ¿Dónde están mis modales?”

“Son deplorables” proclamó Yuki.

No estaba seguro de si lo decía en broma o no. Conociéndola, no lo hacía.

“¿Té?” le pregunté.

“Si es lo que tienes” dijo, desaprobando.

“Si tengo” le confirmé antes de dirigirme a la cocina para prepararlo.

“Espera, ¿vamos a fingir que no es extrañamente raro que estuviera en nuestro lugar cuando llegamos?”

Yuki respondió antes de que pudiera hacerlo.

“Considerando la videollamada que recibí de Shiro, pensé que habíamos superado lo raro”.

Eso dejó a Dante callado por un momento.

“Escucha, que él te llamase fue un error”.

“Quizás este sea mi error. ¿Cuántos se nos permiten a cada uno?”

De nuevo, Dante se quedó callado. Sin respuesta, apretó las mandíbulas y se dirigió a su habitación, dejándome a solas con mi hermana.

“Solo tenemos bolsitas de té” le informé a Yuki.

No tenía que verla para saber que estaba disgustada. Seleccioné la única de las existencias de Dante que merecía la pena beber, añadí agua a la cafetera y la puse a hervir. Sin decir una palabra en todo el rato, cogí una taza del armario y nos serví tazas.

Yuki no esperó para dejar claras sus impresiones. La dejó al instante cuando la recibió, mirándome con desafío como si me retara a desafiar mi crianza bebiendo té de una taza. La llevé hasta mis labios antes de dejarla también. Podía intentar resistirme, pero como mi padre, Yuki tenía un poder sobre mí. Tan difícil como era desafiar los deseos de mi padre, todavía me costaba más desafiar a Yuki.

“Entonces, ¿por qué estás aquí?” le pregunté tras haber esperado lo suficiente.

Enderezando su espalda, dijo: “Para traerte a casa”.

“Estoy en casa” le dije confundida.

“No. Estás donde padre te puso”.

No podía negarlo. Padre declaró que me casaría con Dante y esa era la razón de que estuviera aquí.

“Puede que así haya comenzado, pero Dante es mi esposo ahora. Estoy donde se supone que debería estar.

“Donde se supone que debes estar es en casa”.

“Eso es lo que intento decirte, Yuki. Estoy en casa”.

“¿Estabas en casa cuando Papá te regaló la primera vez?”

“No” dije repugnado ante la idea.

“Pero, en ese momento pensabas que estabas en casa”.

Abrí la boca para negarlo y luego me callé al recordar lo que había pasado. No se refería al primer año con el socio de negocios de mi padre. Fue durante el segundo. O, quizás fue el tercero. Pero, después de un tiempo, dejé de luchar contra mis circunstancias y me rendí ante ellas.

Más allá de lo que sucedía por la noche, tenía libertad. No podía ir a ningún lado sin su permiso ni tener amigos. Pero mientras estuviera acompañada por uno de sus hombres, podía hacer lo que quisiera. Podía beber. Podía desobedecer a mi tutor. Claro, podía seducir a mi tutor si así lo deseaba.

En esa nebulosa ilusión, comencé a verme a mí mismo como realeza. Piénsalo. Estaba enjaulada, mi cuerpo no era mío, pero podía comprar cualquier cosa que quisiera y tratar a las personas como me placiera. Era una princesa de Disney.

“Era joven y estúpida en aquel entonces. Ahora no”.

“Pero de nuevo, crees estar en casa. La nueva jaula que papá ha creado para ti es de nuevo tu hogar. ¿Te habrías marchado de tu primer hogar si alguien no te hubiera liberado?”

“¿Liberado? Yo me liberé sola” dije sabiendo que mi amo había sido la primera víctima de la Viuda Negra.

“¿Y el segundo hombre al que padre te entregó?”

“También, entonces” dije con menos seguridad.

“¿Y el tercero?”

“Sí” dije sacudido por las preguntas de Yuki.

“Umm” murmuró antes de tomar la taza y darle un sorbo.

Un escalofrío me recorrió los brazos. Mi corazón se aceleró mientras intentaba parecer calmado. Ella sabía algo y quería que yo supiera que lo sabía. ¿Pero qué? ¿Sabía cómo los había matado? ¿Cómo podía saber eso?

“No me voy de aquí” le dije.

“Lo harás” dijo con confianza.

“No voy a hacer lo que hice antes”.

“¿Qué hiciste? Dime, ¿cómo te liberaste?”

“Los... maté” admití como un intento débil de amenaza.

“¿A quién has matado? Dime. ¿A quién tienes la fuerza para matar?”

No necesitaba decírselo. Todos sabían cómo me llamaban. Maté a mis amantes. Incluso aquellos que me gustaron. Ella sabía esto. ¿Por qué me obligaba a decirlo?

Y entonces se me ocurrió. Me estaba obligando a decirlo porque... Yo no lo había hecho. ¿Qué no había hecho? Los había matado. Pero todos estaban muertos. Me desperté junto a todos ellos. Cada uno estaba muerto.

Me levanté, abrumada por el recuerdo. ¿Por qué me obligaba a revivir esto? Cada vez que me dormía junto a ellos y me despertaba frente a un cadáver frío y al olor a mierda o pis donde sus

vísceras se habían relajado y habían evacuado.

Yo era la Viuda Negra. Mataba a todos los que se atrevían a amarme. Y recordaba una cosa más. Quizás no la primera vez que sucedió o incluso la segunda, pero las otras veces recordaba haber percibido un olor en la habitación la noche anterior a que murieran.

Era tenue. Siempre era tenue. Era más un instinto que otra cosa. Un registro que persistía justo debajo de mi conciencia. Era el mismo olor que percibía... esta noche.

“¡Tú!” dije, me golpeó como un mazo. “Nunca fui yo. ¡Eras tú!”

Ella me miró impasible, inmutable.

“Pero, ¿cómo? ¿Por qué?”

“Eres mía” dijo Yuki con indiferencia. Padre te entregó a mí”.

“Yo... ¿Qué?”

“Volverás a casa porque padre te entregó a mí y perteneces al hogar”.

“¿Como... tu muñeca?”

Mi mente giró tratando de comprender todo lo que estaba diciendo. ¿Había matado a todos mis amantes por celos? ¿O era posesión? ¿Creía ella que me poseía? ¿Que no se permitía que nadie más me tuviera?

Miré a Yuki, quien me devolvió la mirada sin pestañear y calmada. Ella creía esto. Pensaba que me pertenecía. Y cuando padre me entregó...

“Le susurraste al oído” dije recordando lo que el oficial de aduanas dijo sobre su hermano.

Ella había dicho que había alguien que le metía la idea en la cabeza de que la chica italiana estaba metida en esas movidas. Sería alguien que tuviera acceso a él y a quien él confiaría.

El hermano había trabajado directamente con mi padre. Eso significaba que estaba frecuentemente en el complejo. Y si Yuki le decía algo, al menos lo consideraría.

“¿Por qué le dirías a ese hombre algo así? ¿No viste a dónde conduciría?”

Yuki parpadeó. Fue lento e helado. Me lo dijo todo.

“Lo sabías. Este era tu plan. Querías guerra. ¿Pero por qué?”

Su semblante apacible no podía enmascarar el grito feroz con el que lo pensó. Incapaz de contenerse un segundo más, me lo dijo.

“Si él puede quitarme algo que es mío, entonces yo puedo quitarle algo que es suyo”.

Caí de espaldas en el sofá aturdida. Durante tanto tiempo había pensado que era un monstruo. No, era peor que un monstruo porque los monstruos no mataban lo que amaban.

Lo peor era que nunca podía recordar haber hecho nada. Eso significaba que nunca podría confiar en mí misma. Nunca podría permitirme amar nada, y no podría confiar en mí misma si lo hacía.

Pero ahora lo entendía. Era la única persona que pensaba que me amaba la que no podía confiar. Nunca fui realmente una persona para ella. Siempre fui solo su muñeca. Su posesión. Y cuando su padre se lo quitó...

“¿Cómo has podido?” pregunté mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. “Pensé que me amabas”.

No dijo nada. Su silencio me arrancó el corazón del pecho. No era nada para nadie. Nadie se había preocupado jamás por mí, y nadie jamás lo haría.

Fue entonces cuando Dante salió del dormitorio de un golpe. Como un toro cargó hacia Yuki. Al verla venir, ella intentó retroceder, pero no pudo evitar su agarre. Su mano grande rodeó su delicado cuello y apretó.

“¡Dante!” grité.

“¿Esto qué es?” gritó sosteniendo su cepillo de dientes frente ella.

El terror cubrió el rostro de Yuki al enfocar su mirada en el cepillo de dientes.

“¿Qué es?” insistió él.

“¿Qué está pasando?” respondí aterrada.

“Hay algo en él”.

“¿Qué es?”

“No sé. Pero ella lo sabe”.

“No sé nada de eso” protestó Yuki luchando contra la mano de Dante alrededor de su cuello mientras no apartaba los ojos del cepillo de dientes.

“No sabes, ¿eh? Entonces supongo que no es nada. Ven aquí” dijo Dante empujándola de vuelta al sofá y deslizándola su mano desde el cuello hasta la mandíbula.

Yuki lo golpeó y arañó luchando por su vida. Apenas resistió. En lugar de eso, se enfocó en pellizcar su boca para abrirla.

“¡Ahhh!” chilló ella.

Dante fue implacable. Con sus labios separados, él empujó su cepillo de dientes en su boca. Ella retorció la cabeza rogándole que parara. No lo hizo. Y con una determinación encendida, cepilló su lengua y dientes.

Cuando terminó, lo sacó. Aflojando su agarre sobre su mandíbula, Yuki lloró. Nunca la había visto expresar tanta emoción. Me rompió el corazón.

“No, no” clamó ya sin luchar contra la presión de sus manos en su boca.

“¿Qué hiciste?” le pregunté a Dante.

“Solo ella lo sabe” respondió él apartándose de ella y observando cómo se retorció en agonía.

“Yuki, ¿qué hiciste?” le grité a ella.

“No, no” continuó rodando de un lado a otro en el sofá.

“No lo entiendo, Dante. ¿Qué está pasando?”

“Sabía que había una razón por la que estaba aquí, así que lo busqué” comenzó mientras veíamos reponerse. “Había algo en mi cepillo de dientes. Era como un gel y no tenía olor. Fue entonces cuando recordé qué más pasó durante nuestra boda. Yuki me dio una bebida”.

Miré a Dante, desconcertado al recordar.

“Pero yo también la bebí”.

“No, tú bebiste la tuya y controlaba quién recibía qué”.

“Te envenenó”.

“Y lo hizo parecer un ataque al corazón”.

Mientras hablábamos, el cuerpo de Yuki convulsionó.

“Creo que lo que puso en mi bebida, lo puso en el cepillo de dientes. No creo que tú fuiste la que mató a esas personas. Creo que fue ella. Nadie comparte cepillo de dientes.

Yuki, entre convulsiones, rodó del sofá y peleó por arrodillarse. Sentí lastima por ella. Sabía que no debía. Pero ella era mi hermana. Había sido la única que amé. Ella fue la única que me había amado.

“¿Hay un antídoto?” le pregunté.

Sus ojos se posaron en mí. Estaba poseída de rabia. Finalmente veía a la verdadera Yuki. Su fachada educada se había ido.

Ese era el demonio vengativo que había escondido por tanto tiempo. No conocía a mi hermana en absoluto. Toda mi vida había sido una mentira.

Luchando por ponerse de pie, fue tambaleándose, sin buscar nada en particular. Si tuviera algo para contrarrestar su veneno, ya lo habría tomado. Si hubiera algo que la ayudaría, lo habría pedido.

En su lugar, rondó el espacio como un espectro roto. Su piel pálida la convirtió en el Yuki-Onna que siempre había sido.

Refunfuñando y temblando, se arrastró hacia Dante y yo y se lanzó sobre nosotros. No sabía lo que quería. Quizás no era nada. Pero mirando a los ojos de Dante con una mirada más helada que el infierno, echó la cabeza hacia atrás, se deslizó por su cuerpo y murió a nuestros pies.

Había tenido un ataque al corazón. Podía decirlo por la expresión congelada en su rostro. Lo había visto muchas veces antes. Era la expresión con la que me desperté más veces de las que quería

recordar.

“Ella había venido aquí para matarte” dije en voz alta tratando de entenderlo todo.

“Sí, lo había hecho”.

“Quería que volviera a casa”.

“Estás en casa” dijo Dante rodeándome con sus brazos, apretándome fuerte.

Mientras las lágrimas nuevamente rodaban por mi rostro, me dejé caer en el cuerpo musculoso de mi esposo. Estaba construido como un roble, fuerte, sólido y firme. Era confiable e incansable. Lo mejor que me había pasado fue casarme con él. Y dondequiera que nos llevara nuestra vida juntos, lo seguiría.

A diferencia de cualquiera más, él me protegería. Me sostendría cuando llorara y en sus brazos finalmente dormiría.

“¿Estás bien?” preguntó mirándome con ternura.

Mirando sus ojos suaves, lo único que se me ocurrió decir fue: “Cerezas”.

Epílogo Dante

No fue un ataque de pánico. Sabía que no lo era. Quiero decir, tuve mis dudas por un tiempo cuando nada más tenía sentido. Pero la única cosa que nunca dudé fue de la inocencia de Kuroi.

Al llegar al límite, acosté a Kuroi y me deshice del cuerpo de su hermana. Kuroi no quería saber qué hice con él. Ella le había traicionado toda su vida. Necesitaba tiempo para lidiar con eso. Y lo que mi chica necesitara, yo se lo iba a dar.

En lugar de quemar el cuerpo de Yuki como hicimos con el tío Vinny, eliminé todas las huellas de que había estado en nuestro lugar, asegurándome incluso de que no hubiera sobornado al recepcionista para entrar.

No lo había hecho. Era un misterio cómo había entrado sin ser detectada. No me gustaba nada esa posibilidad, considerando que otros podrían hacer lo mismo.

Otra cosa que hice esa noche fue salvar mi cepillo de dientes. Tenía que saber con qué había intentado matarme.

“Aconito” le dije a Kuroi días después, cuando mi gente terminó su análisis.

“El Aconito viene de una flor. la tenía un jardín en el recinto. Siempre estaba cuidándolo”.

“Su veneno actúa en minutos y los síntomas pueden confundirse con un ataque al corazón. Supongo que subestimó mi tamaño cuando lo puso en mi copa de boda. El veneno es letal. No debería haber sobrevivido. Lo que hace que la aconitina sea el veneno perfecto es que la cantidad necesaria para matar a alguien suele pasar desapercibida durante una autopsia. Pero la cantidad que encontraron en mi cepillo de dientes podría matar a una vaca”.

“Por eso no intentó salvarse” concluyó Kuroi. “Sabía que no podría”.

“Probablemente”.

“Entiendo por qué mató a toda esa gente. Al menos a algunos de ellos. Creo que podría haber pensado que me estaba rescatando. Pero, ¿por qué le susurró al oído a ese tipo sobre el amigo de tu hermano? Eso fue lo que me llevó a dejarla. Ella había matado para recuperarme. ¿Por qué iniciar algo que me alejaría?

“Ella no podía haber adivinado que yo sugeriría fusionar nuestras dos familias.

“¿Tú lo sugeriste?” preguntó Kuroi sorprendida.

“Sí. ¿Pensabas que había sido Sato?”

“Me había entregado tan fácilmente antes que asumí que lo había hecho de nuevo”.

“No. Esta vez no”.

“Entonces está muerta porque te subestimó” dijo Kuroi con un atisbo de sonrisa orgullosa.

“No es la primera” le dije pensando en el tío Vinny y todos los anteriores.

Respecto a la reacción de mi padre sobre lo que había hecho, todavía la esperaba. Pero ya no había duda de quién de los dos estaba al mando. Y con el tío Vinny muerto, se había quedado sin aliados sorpresa.

Estaba bastante seguro de que no se limitaría a aceptar lo que había hecho, porque no era su estilo. Pero sus opciones eran limitadas. Mientras me mantuviera atento, estaría un paso adelante.

Iba a necesitar la ayuda de Kuroi para eso. Sí, Matteo había dejado claras sus lealtades. Pero la influencia de mi padre sobre él siempre había sido fuerte. Mientras Pa estuviera vivo, Matteo sería una amenaza. Mi hermano necesitaba demasiado la aprobación de nuestro padre como para no serlo. Kuroi y yo también tendríamos que vigilar a Matteo.

La última persona que me faltaba resolver en todo esto era qué hacer con Sato. Iba a morir por mis manos. No había otra forma de que esto terminara. Pero sus capas de seguridad significaban que llevaría tiempo. Estaba dispuesto a esperar.

Lo que no había tenido que esperar mucho era por las ganas de Kuroi por mi polla.

“¿No me he portado bien últimamente?” me preguntó una noche después de cenar. Acabábamos de terminar un filete que él insinuó había cocinado, pero que yo estaba casi seguro que venía de Alberto’s, mi lugar de bistec favorito.

“Te has portado bien. Me has impresionado” le dije, esperando saber a dónde quería llegar. Echaba de menos sentir su culo apretado alrededor de mi verga. Incluso había comenzado a imaginarme las marcas que varios objetos domésticos dejarían en su perfecta piel.

“¿No me dijiste alguna vez que, si me portaba bien, me recompensarías?”

“¿Crees que has sido lo suficientemente bueno como para merecer una recompensa?” le pregunté, incapaz de reprimir la sonrisa que se extendía por mi rostro.

“No sé. ¿Lo he sido?” preguntó, inclinando la cabeza y mirándome de una forma que hizo que mi verga se pusiera como una piedra.

“Creo que sí lo has sido” confirmé antes de levantarme y cruzar la habitación hacia un armario.

Mientras me miraba, metí la mano y saqué algo que había comprado para esta ocasión. Cuando lo saqué y me volví, sus ojos se iluminaron.

“¿Recuerdas la palabra de seguridad?” le pregunté al hombre al que amaría hasta el día de mi muerte.

La recordaba. Así que comencé.

Sitio Web Oficial: www.AlexAndersBooks.com

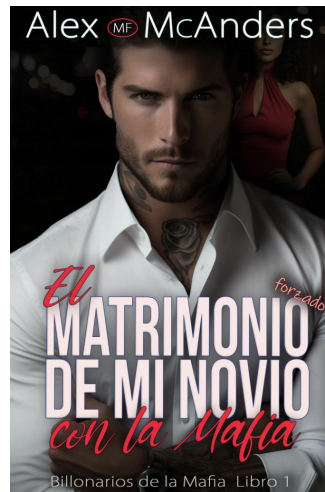
Podcast: [BisexualRealTalk](#)

Visite el autor en Facebook en: Facebook.com/AlexAndersBooks

Consigue 5 libros gratis al inscribirse para la lista de correo del autor en: AlexAndersBooks.com

Avance:

Disfrute de esta vista previa de 'El Matrimonio Forzado de mi Novio con la Mafia':



[El Matrimonio Forzado de mi Novio con la Mafia](#)

(Romance masculino / femenino)

Por

Alex (MF) McAnders

Derechos de autor 2023 McAnders Publishing

All Rights Reserved

Remy Lyon, un heredero billonario de un imperio mafioso, siempre ha anhelado a Dillon, la mejor amiga de su hermana. Vio en Dillon una belleza que ella misma no podía ver, pero debido a su estatus de príncipe, nunca se atrevía a actuar en consecuencia.

En el funeral de su padre, Remy tiene una última oportunidad para reclamar a Dillon como suya. Sus planes se arruinan cuando Armand Clement, el despiadado señor del crimen que tiene control sobre la vida de su familia, rompe su trato.

Remy había aceptado ceder los negocios ilegales de su padre a cambio de mantener los legales y asegurarse la seguridad de su familia y su libertad. Pero ahora Armand lo quiere todo, y eso incluye la mano de Remy en matrimonio para su mimada hija.

Desesperado por proteger a su familia y mantenerse cerca de Dillon, Remy la contrata para que le ayude a navegar por el lujoso, pero peligroso mundo de la mafia que ha heredado. Pero su atracción pronto se desata en un tórrido romance que los pone a ambos en peligro.

¿Renunciará Remy a Dillon, la única chica que puede satisfacerlo, o desafiará a Armand y arriesgará

una guerra que podría revelar oscuros secretos familiares y cambiar sus vidas para siempre?

El Matrimonio Forzado de mi Novio con la Mafia

"Dillon, llevo tanto tiempo enamorado de ti. Desde el momento en que te conocí, nunca fue suficiente. Cada vez que venías a pasar el rato con Hil, me preguntaba si me veías. Por eso, cuando te tuve tan cerca, cuando tuve todo lo que siempre quise en mis brazos, fue el momento más feliz de mi vida.

"Cuando me dejaste, intenté vivir sin ti. Sabía que al hacerlo mantendría a salvo a todos los que están aquí. Pero la petición era demasiado. No puedo mantenerme alejado de ti, Dillon. Te necesito. Estoy aquí para decirte que, si me aceptas, nunca más te abandonaré".

Reuní mis emociones, intentando contener la abrumadora ola que amenazaba con estallar.

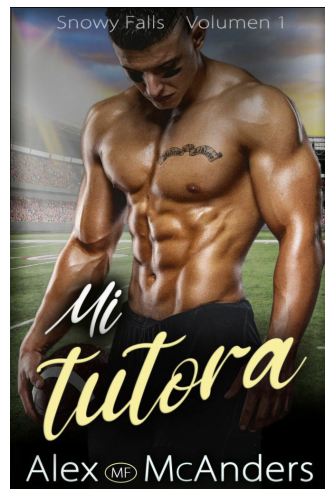
"Remy," comencé suavemente, "te dejé por una razón. Debes estar con Eris. La vida de todos depende de ello. Y aunque no fuera así, no puedo ser la otra mujer. Si pudiera, lo haría por ti. Pero no puedo. ¡Lo siento!"

"Pero esa es la razón por la que estoy aquí," explicó Remy. "Sé que no puedo simplemente alejarme de Eris. Pero tampoco puedo vivir sin ti," declaró Remy abriendo su corazón. "Así que estoy aquí para pedirte ayuda una vez más. No tengo todas las respuestas como las tenía mi padre. Y yo no soy él, no puedo hacer esto solo. Necesito la ayuda de las personas que amo. Y te amo a ti."

[Leer más ahora](#)

Avance:

Disfrute de esta vista previa de 'Mi tutora':



[Mi tutora](#)

(Romance masculino / femenino)

Por

Alex (MF) McAnders

Derechos de autor 2021 McAnders Publishing

All Rights Reserved

EL PROBLEMA DE CAGE: necesita aprobar esa clase o no podrá jugar al fútbol, no será seleccionado y no se convertirá en la estrella de la Liga Nacional de Fútbol Americano que está destinado a ser.

EL PROBLEMA DE HARLEQUIN: la gente.

Por suerte, a Cage le va muy bien con la gente. Apenas lo conocen, todos se enamoran de él, incluida Harlequin. Y Quin es la chica más inteligente de la clase.

Entonces, ¿cuál es el problema? Cage, el hermoso mariscal de campo, tiene novia. Y Quin, que entiende cómo funciona todo en el mundo, no comprende a los chicos, no sabe de relaciones ni tampoco entiende a las personas.

Pero, cuando se ponen de acuerdo para ayudarse el uno al otro con lo que a cada uno se le da bien, la temperatura subirá más que unos pocos grados. Eso los llevará a Snowy Falls, un pequeño pueblo que les causará aún más problemas a los protagonistas de este caliente romance deportivo.

Hombres para desmayarse. Una historia con giros y sorpresas. Una tensión sexual ardiente. Ideal para los amantes de los romances universitarios y deportivos de Ilsa Madden-Mills.

Nota: Este libro es parte de la colección Amor es Amor, del mismo autor, y está disponible como un romance picante en Mi tutora, como un romance tierno en Hasta el final y como un romance entre dos hombres en Serios problemas.

Mi tutora

Nos envolvía un silencio ensordecedor. No podía soportarlo más. Cage estaba tan cerca que era una tortura no tocarlo. Tenía que al menos ver el hermoso cuerpo cuyo calor me consumía. Así que, como si fuera lo más natural del mundo, rodé y me acosté de lado.

Oculto en las sombras, abrí los ojos. Él también estaba de lado, frente a mí. Tenía los ojos cerrados. Tal vez estuviera dormido. Si lo estaba, podía mirarlo sin que nada me lo impidiera. Podía examinar el contorno de su rostro anguloso y masculino.

Cage era el hombre más hermoso que hubiera visto en mi vida. El cabello ondulado caía sobre su frente; los anchos hombros estaban descubiertos; el pecho tenía algo de vello. Sentía el deseo desesperado de tocarlo. El calor de su piel junto a la mía era suficiente para abrigarme por el resto de mi vida.

Necesitaba estar más cerca de él, así que moví una mano hacia el espacio de la cama que quedaba entre nosotros. Estaba a unos centímetros de su cuerpo dormido, pero no me atrevía a acercarme más. Aunque lo deseaba. Lo deseaba muchísimo, pero sabía que no podía... Hasta que, como si hubiera sentido mi acercamiento, Cage movió su mano a menos de dos centímetros de la mía.

Podía sentir su calor en mí. Apenas podía respirar. El corazón me latía muy fuerte. Abrí la boca. No podía soportarlo más. Necesitaba estar más cerca. Estar lejos de él me dolía demasiado.

Lentamente, estiré los dedos. No eran lo suficientemente largos. Él estaba ahí. Podía sentirlo. Tendría que mover toda la mano si quería tocarlo. Sin embargo, ¿podía hacerlo? ¿Debía hacerlo?

Al final, esa vacilación no importó porque, como si él también lo necesitara, acercó su fuerte mano a la mía y la colocó encima. Fue él quien lo hizo. Podían ser los reflejos de alguien dormido, pero me

pareció que no lo eran. Él quería tomar mi mano y yo quería tomar la suya.

Así que moví los dedos con delicadeza y dejé que los suyos cayeran entre los míos. Cuando lo hicieron, los volví a mover, para que estuvieran en contacto. Era todo lo que había soñado. Intentaba respirar sin hacer ruido, pero era el momento más erótico de mi vida. El contacto con su piel se sentía como un viento que se arremolinaba sobre mi cálido cuerpo desnudo.

Estaba enamorada de Cage. Ya no podía negarlo. Estábamos tomados de las manos bajo la luz de la luna. No había otro lugar del mundo en el que hubiera preferido estar.

[Leer más ahora](#)

Libros de Alex (MF) McAnders

Romance masculino / femenino

[Mi tutora](#); Libro 2; [Libro 3](#); [Libro 4](#); [Libro 5](#); [Libro 6](#)

[El Matrimonio Forzado de mi Novio con la Mafia](#); [Libro 2](#)

Mi tutora - Día de la graduación; Libro 3; Libro 4; Mi debilidad - Día del Draft de la NFL

Atada a la Viuda Negra

Los personajes y sucesos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y sin intención por parte del autor. La persona o personas retratadas en la cubierta son modelos y de ninguna forma están asociadas con la creación, el contenido o el tema principal de este libro.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de forma alguna y por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento de información o de recuperación, sin el permiso escrito de la editorial, excepto por un revisor que pueda citar pasajes breves en una revisión. Para obtener información, póngase en contacto con la editorial en:

Alex@AlexAndersBooks.com